

Suscripción a 4 números corrientes .... U.S.A. \$ 1.00  
 Precio de este cuaderno ₡ 2.00 ..... \$ 0.30  
 (Franco de porte)

El precio de las suscripciones puede remitirse a la Administración del Boletín de la Academia Costarricense de la Lengua.—Sala España, Biblioteca Nacional, San José, Costa Rica.

Editor responsable:

Sr. D. ARTURO AGÜERO CHAVES

## SUMARIO

	Pág.
Dedicatoria .....	2
"Curriculum vitae" de Dámaso Alonso .....	3
Sobre la poesía de Dámaso Alonso .....	8
El español, lengua de cientos de millones de hombres .....	11
Homenaje a Dante .....	33
Dámaso Alonso, Doctor "Honoris Causa de la Universidad de Costa Rica .....	41
Palabras de agradecimiento para el Doctorado "Honoris Causa" por la Universidad de Costa Rica .....	41
Caminos hacia una amistad .....	43
Primera lección de Dámaso Alonso en el Departamento de Filología de la Facultad de Ciencias y Letras .....	69
Algunos Poemas de Dámaso Alonso .....	82
Duelo Académico .....	89
Informe del Secretario .....	90

*Revista de la Academia*

*de la Lengua*

---

---

*Noviembre de 1965 - Setiembre de 1966* / *Nos. 16/17*

---

---







## **“Curriculum vitae” de D. Dámaso Alonso**

D. Dámaso Alonso nació en Madrid el 22 de octubre de 1898.

### **Grados científicos:**

Bachillerato en el Colegio de Nuestra Señora del Buen Recuerdo, Chamartín de la Rosa.

Licenciado en Derecho, 1919, Universidad de Madrid.

Licenciado en Filosofía y Letras, 1921, Universidad de Madrid.

Doctor en Filosofía y Letras, 1928, Universidad de Madrid.

### **Recompensas y títulos honoríficos:**

Premio Nacional de Literatura, 1927.

Premio Fastenrath, de la Real Academia Española, 1943.

Premio de Ensayo, de la Fundación March, 1960.

Doctor *honoris causa* de las siguientes Universidades: San Marcos de Lima (Perú), 1948; Burdeos (Francia), 1950; Hamburgo (Alemania), 1952; Freiburg (Alemania), 1958; Roma (Italia), 1961; Oxford (Inglaterra), 1963; Costa Rica, 1965.

### **Academias y sociedades científicas a que pertenece:**

Académico de la Real Española de la Lengua, 1948.

Académico de la Real de la Historia, 1959.

Consejero del C. Superior de Investigaciones Científicas.

Director honorario del Instituto “Miguel de Cervantes” de Filología Hispánica del mismo C. S. I. C.

Presidente de la Asociación Internacional de Hispanistas, 1962.

Miembro de número de la Hispanic Society of America, 1945.

Miembro de honor de la Modern Language Association of America, 1949.

Miembro de honor de la American Association of Teachers of Spanish and Portuguese, 1949.

Miembro correspondiente de la Bayerische Akademie der Wissenschaften, de Munich, 1952.

Miembro correspondiente de la Real Academia Gallega y de las de Sevilla, Córdoba, Málaga y Burgos.

Presidente (para 1960) de la Modern Humanities Research Association.



Miembro de la Accademia letteraria italiana Arcadia, 1961.  
 Miembro de la Accademia Nazionale dei Lincei, 1962.  
 Miembro de la American Philosophical Society, 1962.  
 Presidente (para 1962-1965) de la Asociación Internacional de Hispanistas.  
 Presidente de la Comisión Permanente de la Asociación de Academias de la Lengua Española.  
 Y otros cargos más, como el haber sido Presidente de Congresos, etc.

#### **Docencia en el extranjero:**

Spanischer Lektor, Universidad de Berlín, 1921-1923.  
 "Teacher", Universidad de Cambridge, Inglaterra, 1923-1925 y 1928-1929.  
 Lecturer, Stanford University, California, EE.UU., verano de 1929.  
 Visiting Professor, Hunter College, Nueva York, 1929-1930.  
 Official Lecturer, Institute of International Education, Nueva York, 1929-1930.  
 Lecturer (extension), Universidad de Columbia, Nueva York, 1929-1930.  
 University Lecturer, Universidad de Oxford, Inglaterra, 1931-1933.  
 Gastprofessor, Universidad de Leipzig, Alemania, 1935-1936.  
 Visiting Professor, Universidad de Yale, Connecticut, EE.UU. 1948 y 1951.  
 Visiting Professor, Universidad de Johns Hopkins, Baltimore, EE.UU., 1953.  
 Visiting Lecturer, Universidad de Harvard, Cambridge, Mass., EE.UU., 1954.  
 Visiting Fellow, Merton College, Oxford (Inglaterra), 1963.

Ha dado, además, conferencias en las Universidades de Hamburgo (Alemania), Sorbona y Burdeos (Francia), Bruselas (Bélgica), Lisboa y Coimbra (Portugal), King's College, Londres, Liverpool, Leeds, Sheffield y Nottingham (Inglaterra), Roma y Nápoles (Italia) y en numerosas Universidades y centros culturales de Estados Unidos, República Argentina, Chile, Perú, Colombia, Méjico y Costa Rica.

#### **Docencia en España:**

Colaborador y Profesor del Centro de Estudios Históricos, 1923-1936.  
 Director de los Cursos para Extranjeros del Centro de Estudios Históricos, 1932-1936.  
 Catedrático de lengua y literatura españolas de la Universidad de Valencia, 1933-1939.

#### **Cargos actuales:**

Catedrático de Filología Románica de la Universidad de Madrid.  
 Director de la Revista de Filología Española.



## Obra Poética:

- Poemas puros, Poemillas de la Ciudad*, Madrid, 1921, 111 págs.  
*Oscura Noticia*, Madrid, 1944, 123 págs. 2ª edición 1944.  
*Oscura Noticia y Hombre de Dios* (3ª ed. de *Oscura Noticia* y 2ª de *Hombre de Dios*), Espasa-Calpe, "Colección Austral", 1959, 159 págs.  
*Hijos de la Ira*, Madrid, 1944, 163 págs., 2ª ed. Buenos Aires, 1946. 3ª ed. Espasa-Calpe, "Colección Austral", 1958. Traducción al alemán, Suhrkamp Verlag, Berlin und Frankfurt a. M., 1954.  
*Hombre y Dios* Málaga, 1955, 83 págs. Traducción al italiano, por Oreste Macrí, ed. Scheiwiller, "All'Insegna del Pesce d'Oro", Milán, 1962.  
*Gozos de la vista* (en prensa).  
*Antología: Creación*, Selección de V. Gaos, Ed. Escelicer, 1956, 153 págs.

## PUBLICACIONES CIENTIFICAS

## Ediciones:

- Soledades de Góngora*, Madrid, 1927, 239 págs. 2ª ed. ampliada, Madrid 1936, 432 págs. ed. Sociedad de Estudios y publicaciones, Madrid, 1956.  
*El Enquiridion y la Paráclisis*, de Erasmo (en colaboración con Marcel Bataillon), M. 1932, 539 págs.  
*Poesías de Gil Vicente*, Ed. Séneca, Méjico, 1940, 92 págs.  
*Tragicomedia de don Duardos*, de Gil Vicente, 1942, 329 págs.  
*Cancionero Antequerano* (en colaboración con Rafael Ferreres), Madrid, 1950, 537 págs.  
*Poesía de la Edad Media y Poesía de tipo tradicional*. Madrid, 1936, 2ª ed. Editorial Losada, Buenos Aires, 1942, 590 págs.  
*Antología de la poesía española: poesía de tipo tradicional* (en colaboración con José M. Blecua, Ed. Gredos, Bibl. Rom. Hisp. Madrid, 1956, 263 págs. 2ª ed. 1963.  
*Romance de Angélica y Medoro*, de Góngora, Madrid, 1962, 86 págs.  
*Obras en verso del Homero español* (edición facsímil de la primera de Góngora, Madrid, 1927), prólogo e índices, Madrid, 1963, LXXIX págs. y 560 fols.

## Documentos:

- Para la biografía de Góngora: Documentos desconocidos* (en colaboración con Eulalia Galvarriato de Alonso), Ed. Gredos, Bibl. Rom. Hisp., Madrid, 1962, 631 págs.



## BIBLIOGRAFIA SUMARIA

## Obra Poética:

- Poemas puros, Poemillas de la Ciudad*, Madrid, 1921, 111 págs.  
*Oscura Noticia*, Madrid, 1944, 123 págs. 2ª edición 1944.  
*Oscura Noticia y Hombre de Dios* (3ª ed. de *Oscura Noticia* y 2ª de *Hombre de Dios*), Espasa-Calpe, "Colección Austral", 1959, 159 págs.  
*Hijos de la Ira*, Madrid, 1944, 163 págs., 2ª ed. Buenos Aires. 1946. 3ª ed. Espasa-Calpe, "Colección Austral", 1958. Traducción al alemán, Suhrkamp Verlag, Berlin und Frankfurt a. M., 1954.  
*Hombre y Dios* Málaga, 1955, 83 págs. Traducción al italiano, por Oreste Macrí, ed. Scheiwiller, "All'Insegna del Pesce d'Oro", Milán, 1962.  
*Gozos de la vista* (en prensa).  
*Antología: Creación, Selección* de V. Gaos, Ed. Escelicer, 1956, 153 págs.

## PUBLICACIONES CIENTIFICAS

## Ediciones:

- Soledades de Góngora*, Madrid, 1927, 239 págs. 2ª ed. ampliada, Madrid 1936, 432 págs. ed. Sociedad de Estudios y publicaciones, Madrid, 1956.  
*El Enquiridion y la Paráclisis*, de Erasmo (en colaboración con Marcel Bataillon), M. 1932, 539 págs.  
*Poesías de Gil Vicente*, Ed. Séneca, Méjico, 1940, 92 págs.  
*Tragicomedia de don Duardos*, de Gil Vicente, 1942, 329 págs.  
*Cancionero Antequerano* (en colaboración con Rafael Ferreres), Madrid, 1950, 537 págs.  
*Poesía de la Edad Media y Poesía de tipo tradicional*. Madrid, 1936, 2ª ed. Editorial Losada, Buenos Aires, 1942, 590 págs.  
*Antología de la poesía española: poesía de tipo tradicional* (en colaboración con José M. Blecua, Ed. Gredos, Bibl. Rom. Hisp. Madrid, 1956, 263 págs. 2ª ed. 1963.  
*Romance de Angélica y Medoro*, de Góngora, Madrid, 1962, 86 págs.  
*Obras en verso del Homero español* (edición facsímil de la primera de Góngora, Madrid, 1927), prólogo e índices, Madrid, 1963, LXXIX págs. y 560 fols.

## Documentos:

- Para la biografía de Góngora: Documentos desconocidos* (en colaboración con Eulalia Galvarriato de Alonso), Ed. Gredos, Bibl. Rom. Hisp., Madrid, 1962, 631 págs.



## Estudios:

- Temas gongorinos*, M., 1927, 78 págs.
- La lengua poética de Góngora*, M. 1935, 232 págs. 2ª ed. 1952, 3ª 1961, ed. C. S. I. C.
- La poesía de San Juan de la Cruz*, M., 1942, 299 págs. 2ª ed. 1946, 3ª ed. (Aguilar), 1958. Trad. italiana por Cammarano, edit. Abete, Roma, 1965.
- Ensayos sobre poesía española*, M. 1944, 405 págs. 2ª ed. Revista de Occidente, Argentina, Buenos Aires, 1946.
- Vida y obra de Medrano*, I. M., 1948, 331 págs. *Vida y obra de Medrano*, II (en colaboración con S. Reckert), M., 1958, 432 págs. Ed. C. S. I. C.
- Poesía Española. Ensayo de métodos y límites estilísticos*, M., 1950, 676 págs. 2ª ed. 1953, 3ª ed. 1957, 4ª ed. 1962. Ed. Gredos, Bibl. Rom. Hisp. Traducción al portugués por Darcy Damasceno, Instituto Nacional do Livro, Brasil, 1960. Traducción al alemán por Shristoph Eich e Ina Reiss, Ed. Francke, Berna, 1962. Traducción al italiano por Cerboni Baiardi, Ed. Il Mulino, Bolonia, 1965.
- Seis calas en la expresión literaria española* (en colaboración con Carlos Bousoño), M., 1951, 290 págs. 2ª ed. 1956, 3ª ed. ampliada 1962, 439 págs. Ed. Gredos, Bibl. Rom. Hisp.
- Poetas españoles contemporáneos*, M., 1952, 447 págs. 2ª ed. 1958. Ed. Gredos, Bibl. Rom. Hisp.
- La primitiva épica francesa a la luz de una "Nota Emilianense"*. C. S. I. C., M., 1954, 98 págs.
- Estudios y Ensayos gongorinos*, Ed. Gredos, Bibl. Rom. Hisp., M. 1955, 619 págs., 2ª ed. 1960.
- Menéndez Pelayo, crítico literario*, Ed. Gredos, Bibl. Rom. Hisp., M., 1956, 118 págs.
- Primavera temprana de la literatura europea*, M., 1960, 259 págs. Antología: Crítica, Selección de V. Caos, Ed. Escelicer, M., 1958, 275 págs.
- Dos españoles del siglo de Oro*. Ed. Gredos, Bibl. Rom. Hisp., M., 1960, 259 págs.
- Góngora y el Polifemo*, M., 1960, 519 págs., 4ª ed. (muy aumentada), M., 1961, 2 vols.: I 459 págs.; II, 323 págs. Ed. Gredos, Bibl. Rom. Hisp.
- Cuatro poetas españoles (Garcilaso, Góngora, Maragall, Antonio Machado)*, Ed. Gredos, "Campo abierto", M., 1962, 188 págs.
- Del siglo de Oro a este siglo de siglas*, Ed. Gredos, "Campo abierto", M., 1962, 295 págs.
- La fragmentación fonética peninsular* (volumen suplemento al tomo I de la Enciclopedia Lingüística Hispánica), C. S. I. C., M., 1962, 215 págs.



**Traducciones:**

*Problemas y Métodos de la Lingüística*, de W. von Wartburg. Traducida en colaboración con E. Lorenzo. Con notas para estudiantes hispánicos, por D. Alonso, M., 1951, C. S. I. C.

James Joyce. *El artista adolescente* (traducción de *The Portrait of Artist as a Young Man*, publicada con el seudónimo de "Alfonso Donado"), ed. Biblioteca Nueva, M., 1962. Existen varias ediciones posteriores, publicadas sin conocimiento ni autorización del traductor.

**En preparación o en prensa:**

*Tragicomedia de D. Duardos*, 2ª parte (en colaboración con S. Reckert).

*España y la novela.*

*En busca del hombre Góngora.*

*Epistolario de Góngora.*

*Epistolario del Abad de Rute.*



## *Sobre la poesía de Dámaso Alonso*

- ALARCOS LLORACH, EMILIO. "Hijos de la Ira" en 1944, en *Insula*, XIII, 1958, nums. 138-139, pág. 7.
- ALEIXANDRE, VICENTE. "D. A. sobre un paisaje de juventud", en *Los encuentros*, Guadarrama, Madrid, 1958, págs. 1-2.
- ALEIXANDRE, VICENTE. "Cuatro retratos con nombre: ... En verdad: D. A." en *Papeles de Son Armadans*, febrero 1965, tomo XXXVI, núm. 107, págs. 201-204.
- ALVARADO DE RICORD, ELSIE. *La obra poética de D. A.*, Madrid, 1963 [impreso en Panamá], 44 págs.
- ANDERSEN, PAULA, "D. A. Söhne des Zorns", en *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 8 enero, 1965.
- AUB, MAX. *La poesía española contemporánea*, Méjico, 1954, passim, y págs. 110-111 y 199-203.
- AUB, MAX. *Una nueva poesía española, 1950-1955*, Méjico 1957, págs. 12-15, y passim.
- BELCHIOR, MARIA DE LOURDES, "Podredumbre y Esperanza en 'Hijos de La Ira'", en *Insula*, XIII, 1958, núms. 138-139, pág. 8.
- BLAJOT, S. I., JORGE. "Valores religiosos de la poesía española contemporánea: ... El desarraigo "sui generis" de D. A.", en *Orbis Catholicus, Rev. Iberoamericana Internacional*. 1962, págs. 278-280, Ed. Herder, Barcelona.
- BOUSOÑO, CARLOS. "La poesía de D. A." en *Papeles de Son Armadans*, año III, tomo XI, núms. XXXII-XXXIII, 1958, págs. 256-300.
- BOUSOÑO, CARLOS. *Teoría de la expresión poética*, Madrid, 1952, págs. 163-166.
- BOUSOÑO, Carlos. "La correlación en la poesía española moderna", en el volumen: *Dámaso Alonso y Carlos Bousoño, Seis calas en la expresión literaria española*, Madrid, 1951, págs. 256-264 (= 3ª edición, Madrid, 1962, págs. 182-184).
- CANO, JOSE LUIS, "Poesía y fervor de D. A.", en *Poesía española del siglo XX: de Unamuno a Blas de Otero*, Madrid, 1960, págs. 243-263.
- CANO, JOSE LUIS. "Poetry in Spain", en *World Review*, noviembre, 1952, núm. 45, págs. 26-30.
- CASTELLET, JOSE Ma. *Veinte años de poesía española. Antología 1939-1959*, Barcelona, 1960, págs. 65-70, y 89-90. (Pertenece al estudio que precede a la antología).
- CELA, CAMILO JOSE. "Hijos de la Ira", en *Ya*, 4 julio, 1944, pág. 3.
- CELA, CAMILO JOSE. "Divagaciones Literarias: VIII, un alto en el camino para dejar una señal", en *Juventud*, 12 de mayo 1944.
- DAVI, H. L. "Spanische Lyrik der Gegenwart", en *National Zeitung*, núm. 370, 13 agosto, 1961.



- DIEGO, GERARDO. "Presentación de D. A. en la tertulia de la Asociación cultural iberoamericana", en *Insula*, año XIII, núms. 138-139, págs. 1 y 5.
- DEBICKI, ANDREW P. "D. A. 's Views on Poetry", en *Hispanic Review*, XXXIV, 1964, diciembre, págs. 722-733.
- DEBICKI, ANDREW P. "D. A. 's 'Hombre y Dios'", en *Hispania*, XLIX, 1966, Marzo, págs. 44-53.
- DEBICKI, ANDREW P. "D. A. 's Views on Poetry", en *Hispanic Review*, XXXIV, 1966, págs. 111-120.
- DE GENNARO, GIUSEPPE. "L'itinerario poetico di D. A.", en *Lecture*, XVIII, 2 Febrero, 1963, págs. 83-98.
- DIEZ CANEDO, ENRIQUE. "Escritores jóvenes de España: D. A. en *La Nación* (de Buenos Aires), 18 de Septiembre de 1927, pág. 15.
- FORRADELLAS FIGUERAS, JOAQUIN. "Madrid, cementerio (Larra y D. A.)" en *Strenae* (Estudios dedicados al Prof. García Blanco), Salamanca, 1962, págs. 193-199.
- GAOS, VICENTE, "Diálogo con Dios", en *Revista Hispánica Moderna*, XXII, 1956, págs. 306-307.
- GAOS, VICENTE. "Itinerario poético de D. A., I. La ventana, abierta: Poemas Puros. Poemillas de la Ciudad" (1921) en *Indice de artes y Letras*, diciembre 1958, XII, núm. 120, págs. 13-14 (Reproducido en el libro de Gaos, *Temas y problemas de literatura española*, ed. Guadarrama, Madrid, 1959, págs. 321-337).
- GAOS, VICENTE. Prólogo al libro: *D. A., Antología: Creación*, Madrid, ed. Escelicer (Colección 21, núm. 8), Madrid 1956, págs. 9-19.
- GAOS, VICENTE. Prólogo al libro: *D. A., Antología: Crítica*, Madrid, ed. Escelicer (Colección 21, núm. 9), Madrid, 1956, págs. 15-25.
- GARCIA MOREJON, JULIO. *Limites de la Estilística: el ideario crítico de D. A.*, Assis [Brasil], 1961, págs. 55-57.
- GARCIASOL, RAMON DE. "Poesía de D. A.", en *El Nacional* (de Caracas), 3 de Noviembre, 1955.
- GULLON, RICARDO, "El otro D. A.", en *Papeles de Son Armadans*, XXXVI, 1955, núm. 107, págs. 167-196.
- HERRERO-VELARDE, RICARDO. "D. A. y el diálogo de la angustia" en *Ensayos* (Facultad de Filosofía, Loyola), nº 19, Junio (1959).
- HORST, AUGUST, NACHWORT, en *D. A. Söbne des Zours*, Ed. Suhrkamp, Berlin y Frankfurt, (1954). págs. 99-124.
- MACRI, ORESTE. "La poesia di D. A.", en *Il Verri*, 3, Milán, octubre 1958.
- MACRI, ORESTE, "Estructura y significado de 'Hombre y Dios'", en *Insula*, XIII, 1958, núms. 138-139, págs. 9 y 11.
- MACRI, ORESTE, Introducción al libro: *D. A. Uomo e Dio*, Milán 1962, ed. Scheiwiller.
- MACRI, ORESTE. reseña de la traducción alemana de "Hijos de la Ira", en *Quaderni Ibero-Americani*, II, 1954, núm. 16, pág. 554.
- MALMBERG, BERTIL. *Boletín de Filología* (de la Univ. de Chile), XV, 1963, pág. 251 [Una idea Humboldtiana en un soneto de D. A.].



- MAÑACH, JORGE. D. A., en *Visitas Españolas*, Madrid, 1960, págs. 238-254.
- MARIAS, JULIAN. Artículo "Alonso, Dámaso", en *Diccionario de Literatura Española*, ed. Rev. de Occidente.
- MORRIS, C. B. "'Visión' and 'mirada' in the Poetry of Salinas, Guillén and D. A.", en *Bulletin of Hispanic Studies*, XXXVIII, núm. 1, Enero, 1961, págs. 103-112.
- NIEDERMAYER, FRANZ. *Spanische Literatur des 20. Jahrhunderts*, Delp-Taschenbücher, Berna, 1964, págs. 82-84.
- OLIVIO JIMENEZ, JOSE. "Diez años en la poesía de D. A. (de 'Hijos de la Ira' a 'Hombre y Dios')", tirada aparte del *Boletín de la Academia Cubana de la Lengua*, tomo VII, Enero-Junio, núm. 1-2, 1958, 25 págs.
- PANERO, LEOPOLDO. "El último libro de D. A. 'Hijos de la Ira'", en *Estafeta Literaria*, 5 julio, 1944.
- PANERO, LEOPOLDO. "D. A. en su montaña", en *Papeles de Son Armadans*, XI, 1958, XXXII-XXXIII, págs. 364-369.
- PLA Y BELTRAN, PASCUAL. "Poesía y Hombre (César Vallejo, Dámaso Alonso, etc.)" en *Asomante* [de Puerto Rico], XV, 1959, núm. 1, págs. 27-36.
- RUIZ PEÑA, JUAN. "La idea de Dios en la poesía de D. A.", en *Insula*, XIII, 1958, núms. 138-139, pág. 11.
- TORRE, GUILLERMO DE. "Contemporary Spanish Poetry", en *The Texas Quarterly Special Issue: Image of Spain*, Primavera 1961, págs. 55-78, *passim*, y en especial, págs. 70-71.
- TORRENTE BALLESTER, GONZALO. "Epístola casi crítica sobre un libro de poemas" [sobre *Hijos de la Ira*], en *Arriba*, 19 de Mayo de 1944.
- TORRENTE BALLESTER, GONZALO. *Panorama de la literatura española contemporánea*, Madrid, 1961, tomo I, págs. 304-308.
- TORRES Y CASTRO, SANTIAGO. "Un caso de dicroismo intelectual", en *Duquesne Hispanic Review*, Pittsburg, Pennsylvania, III, Otoño, 1964, págs. 89-93.
- TOVAR, ANTONIO. "La revolución poética de D. A.", en *La Nación* (de Buenos Aires) 8 Noviembre, 1964.
- TRAVERSO, LEONE. "Poesía di D. A.: Uomo e Dio", en *La Nazione* ( ), 1 de Mayo, 1963.
- VALBUENA PRAT, ANGEL. *La poesía española contemporánea*, Madrid, C.I.A.P., 1930, págs. 105-109.
- VARELA, JOSE LUIS. "Ante la poesía de D. A.", en *Arbor*, núm. 172, Abril 1960, págs. 488-500.
- VIVANCO, LUIS FELIPE. "La poesía existencial de D. A.", en *Introducción a la poesía española contemporánea*, ed. Guadarrama, Madrid, 1957, págs. 261-294.
- ZARDOYA, CONCHA. "D. A. y sus 'Hijos de la Ira'", en *Revista Hispánica Moderna*, Nueva York, XXV, 1959, págs. 281-290.
- ZARDOYA, CONCHA. "La técnica metafórica en la poesía española contemporánea", en *Cuadernos Americanos*, núm. 3, 1961, págs. 274-275.
- ZARDOYA, CONCHA. "Juan Ramón Jiménez y D. A.: Dos sonetos contemporáneos", en *Revista Hispánica Moderna*, Nueva York, XXIX, 1963, págs. 55-59.



## ***El español, lengua de cientos de millones de hombres***

**(Sus problemas entre el Siglo XX y el XXI)**

Conferencia dictada por D. Dámaso Alonso en la Universidad de Costa Rica, primero, y en el Teatro Nacional, después, en noviembre de 1965. Quizá no sea esta la redacción que finalmente le dé el ilustre Académico, pero él estuvo de acuerdo en que la publicásemos aún en borrador. Nosotros nos hemos permitido dividirla en capítulos, y subtitularlos.

### **Destino supranacional de nuestra lengua**

Los españoles salieron del trance del 98 consolados, hasta cierto punto, con la idea de que, entre nuestros magníficos legados a las tierras americanas, uno de los más importantes, si no el más, era el lenguaje. En lo cual, ciertamente, tenían razón. No ya tanto en la consecuencia que se solía sacar: El lenguaje, la lengua española, "como su nombre lo dice", era cosa nuestra, propiedad nuestra; y no sólo podíamos disponer de ella según nuestro criterio, sino más aún: imponer nuestro criterio a esos otros países de nuestra misma habla. Así lo pensaban hombres como Clarín, quien escribía, sin ambages, brutalmente: "Los españoles somos los amos de la lengua". Hay que observar, en seguida, que no era muy diferente el pensar de los mejores espíritus de Hispanoamérica. Don Rufino José Cuervo, el máximo tratadista de lengua española de la segunda mitad del siglo XIX, publica sus admirables *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, con vencido —afirma— de lo necesario que era "conformar nuestro lenguaje [es decir, el de los hispanoamericanos] con el de Castilla". Así se lee en el prólogo a la edición de 1867-72. Más tarde ya puntualiza, con más precisión, que el modelo que se deb'a seguir en nuestra lengua era el "tipo tradicional". "Cuando los españoles conservan fielmente el tipo tradicional —dice—, su autoridad es la razón; cuando los americanos lo conservamos y



# *El español, lengua de cientos de millones de hombres*

(Sus problemas entre el Siglo XX y el XXI)

Conferencia dictada por D. Dámaso Alonso en la Universidad de Costa Rica, primero, y en el Teatro Nacional, después, en noviembre de 1965. Quizá no sea esta la redacción que finalmente le dé el ilustre Académico, pero él estuvo de acuerdo en que la publicásemos aún en borrador. Nosotros nos hemos permitido dividirla en capítulos, y subtitularlos.

## **Destino supranacional de nuestra lengua**

Los españoles salieron del trance del 98 consolados, hasta cierto punto, con la idea de que, entre nuestros magníficos legados a las tierras americanas, uno de los más importantes, si no el más, era el lenguaje. En lo cual, ciertamente, tenían razón. No ya tanto en la consecuencia que se solía sacar: El lenguaje, la lengua española, “como su nombre lo dice”, era cosa nuestra, propiedad nuestra; y no sólo podíamos disponer de ella según nuestro criterio, sino más aún: imponer nuestro criterio a esos otros países de nuestra misma habla. Así lo pensaban hombres como Clarín, quien escribía, sin ambages, brutalmente: “Los españoles somos los amos de la lengua”. Hay que observar, en seguida, que no era muy diferente el pensar de los mejores espíritus de Hispanoamérica. Don Rufino José Cuervo, el máximo tratadista de lengua española de la segunda mitad del siglo XIX, publica sus admirables *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, con vencido —afirme— de lo necesario que era “conformar nuestro lenguaje [es decir, el de los hispanoamericanos] con el de Castilla”. Así se lee en el prólogo a la edición de 1867-72. Más tarde ya puntualiza, con más precisión, que el modelo que se debía seguir en nuestra lengua era el “tipo tradicional”. “Cuando los españoles conservan fielmente el tipo tradicional —dice—, su autoridad es la razón; cuando los americanos lo conservamos y



## *El español, lengua de cientos de millones de hombres*

(Sus problemas entre el Siglo XX y el XXI)

Conferencia dictada por D. Dámaso Alonso en la Universidad de Costa Rica, primero, y en el Teatro Nacional, después, en noviembre de 1965. Quizá no sea esta la redacción que finalmente le dé el ilustre Académico, pero él estuvo de acuerdo en que la publicásemos aún en borrador. Nosotros nos hemos permitido dividirla en capítulos, y subtitularlos.

### **Destino supranacional de nuestra lengua**

Los españoles salieron del trance del 98 consolados, hasta cierto punto, con la idea de que, entre nuestros magníficos legados a las tierras americanas, uno de los más importantes, si no el más, era el lenguaje. En lo cual, ciertamente, tenían razón. No ya tanto en la consecuencia que se solía sacar: El lenguaje, la lengua española, "como su nombre lo dice", era cosa nuestra, propiedad nuestra; y no sólo podíamos disponer de ella según nuestro criterio, sino más aún: imponer nuestro criterio a esos otros países de nuestra misma habla. Así lo pensaban hombres como Clarín, quien escribía, sin ambages, brutalmente: "Los españoles somos los amos de la lengua". Hay que observar, en seguida, que no era muy diferente el pensar de los mejores espíritus de Hispanoamérica. Don Rufino José Cuervo, el máximo tratadista de lengua española de la segunda mitad del siglo XIX, publica sus admirables *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, con vencido —afirma— de lo necesario que era "conformar nuestro lenguaje [es decir, el de los hispanoamericanos] con el de Castilla". Así se lee en el prólogo a la edición de 1867-72. Más tarde ya puntualiza, con más precisión, que el modelo que se debía seguir en nuestra lengua era el "tipo tradicional". "Cuando los españoles conservan fielmente el tipo tradicional —dice—, su autoridad es la razón; cuando los americanos lo conservamos y



los españoles se apartan de él, bien podemos llamarlos al orden y no mudar nuestros usos”.

Va a ser un siglo de haberse publicado esa obra de don Rufino José Cuervo; hace más de medio siglo de enunciada esa segunda regla de conductata para los hablantes hispánicos. En este tiempo los datos han cambiado grandemente. Han surgido nuevos factores que, entonces, no eran tenidos, o apenas, en cuenta. Son factores crecientes; crecientes con una velocidad constantemente acelerada. Esta aceleración obliga, a quien de veras esté interesado por los problemas de nuestra lengua, a pensar, no en términos de hoy, sino en los previsibles para dentro de cincuenta años.

El primer cambio que debemos tener en cuenta (por su enorme influjo sobre todo fenómeno de lenguaje) es el del gran conocimiento cultural de los países hispanoamericanos. Su índice inmediato nos lo da la literatura. Treinta años después de la primera edición de las *Apuntaciones críticas*, está en su magnífico apogeo el modernismo. Tras él, en el dominio de la prosa, la novela hispanoamericana, entre 1920 y 1930, comienza a producir en zonas muy distintas una serie de obras. Prescindo de las nuevas generaciones que en poesía, en novela, en ensayo, han sucedido a esas. La literatura hispanoamericana es una gran realidad de nuestros días, una fuerza siempre en aumento; detrás de ella está, evidentemente, el hecho indudable del gran crecimiento de toda la cultura de esos pueblos.

Todavía más cercano y más visible es el aumento en hombres que en América hablan nuestra lengua. Yo había hecho ya algunos cálculos a base de los censos de 1950 y 1960. Después me ha sido posible comprobar las cifras que así había obtenido, con las de la última publicación (impresa en 1954) de las Naciones Unidas, calculadas por todo un equipo de especialistas, y empleando los métodos más modernos. Las cantidades que yo había obtenido con poco esfuerzo y gasto nulo, diferían muy poco de las alcanzadas por las Naciones Unidas, con máquinas, con equipo de científicos (y prescindo de todo intento de adivinar el coste). Tomo, naturalmente, estos cálculos hechos con mejor técnica. No olvidemos, sin embargo, que todos los datos estadísticos son inseguros: lo son ya cuando estiman la población europea; lo son más aún, cuando se refieren a pueblos iberoamericanos en el pormenor; relativamente seguras en su conjunto, y en las tendencias que revelan, son las cifras que valoran la población actual y pasada. Mucho más inseguras aún son las presiones de los años futuros.



En lo que toca al futuro no he pasado del año 2.000. Querer ir más allá sería vesania. Pero aun así, y aun prescindiendo de hechos desconocidos, que pueden surgir, y cambiar totalmente las tendencias de estos últimos decenios, ¡cuántas sorpresas nos pueden dar los cambios en la fertilidad, o tanto por ciento de nacimientos, y sobre todo en los movimientos súbitos de inmigración y emigración, éstos últimos casi en absoluto impredecibles!

Leer las estadísticas de los países hispanoamericanos, de estos últimos decenios, produce estupor, casi vértigo: es un crecimiento portentoso. En especial Centroamérica y Méjico son un hervidero, un manantial, impetuosamente surgente, de vidas humanas, que hoy la muerte ya no siega en la infancia o la juventud. Guatemala, Panamá y Méjico han crecido un 35% (es decir en más de la tercera parte de su población) desde 1950 a 1960. Nicaragua está muy cerca de lo mismo. Pero Costa Rica excede de modo extraordinario a todas sus hermanas: en esos diez años aumentó más de un 46%, es decir, un agrupamiento de 100 hombres de 1950 se ha convertido en uno de 146 hombres en 1960. El Caribe da un promedio de crecimiento más moderado: si en Santo Domingo el aumento es también de un 35%, el de Cuba es mucho menor, siendo aún grande: un 23,5%. Puerto Rico, el estado asociado a los Estados Unidos, nos extraña, a primera vista, con un crecimiento de sólo el 6,5%; nos lo explicamos en cuanto recordamos que las leyes de inmigración no han puesto trabas a la entrada de puertorriqueños en los Estados Unidos: la emigración es aventura que atrae a hombres jóvenes, y cuando es considerable como lo ha sido en Puerto Rico, disminuye la fertilidad de un país (por la sencilla razón de que en él, por la ausencia de los emigrantes, el porcentaje de viejos resulta mayor).

El Norte de la América del Sur —es decir la tropical— da unas cifras ligeramente más moderadas que la América Central: el Norte de Sudamérica, la tropical, tiene en Colombia y Ecuador entre un 32 y un 33% de incremento en esos diez años de 1950 a 1960. Perú sólo un 26%, y Bolivia un 23%; pero Venezuela es una prodigiosa excepción, con un 48%: éste es el máximo porcentaje de aumento de toda Hispanoamérica durante esos diez años. Se puede explicar en parte por la gran corriente inmigratoria que hubo en el país en los primeros años de ese decenio, y que luego disminuyó con bastante rapidez.

El Sur de Sudamérica tiene incrementos más pequeños para esos años de 1950 a 1960: alto aún el de Chile (26%), va siendo menos el de Paraguay (23%), y el de Argentina (22%), y es el más bajo el de Uruguay (13%).



En lo que toca al futuro no he pasado del año 2.000. Querer ir más allá sería vesania. Pero aun así, y aun prescindiendo de hechos desconocidos, que pueden surgir, y cambiar totalmente las tendencias de estos últimos decenios, ¡cuántas sorpresas nos pueden dar los cambios en la fertilidad, o tanto por ciento de nacimientos, y sobre todo en los movimientos súbitos de inmigración y emigración, éstos últimos casi en absoluto impredecibles!

Leer las estadísticas de los países hispanoamericanos, de estos últimos decenios, produce estupor, casi vértigo: es un crecimiento portentoso. En especial Centroamérica y Méjico son un hervidero, un manantial, impetuosamente surgente, de vidas humanas, que hoy la muerte ya no siega en la infancia o la juventud. Guatemala, Panamá y Méjico han crecido un 35% (es decir en más de la tercera parte de su población) desde 1950 a 1960. Nicaragua está muy cerca de lo mismo. Pero Costa Rica excede de modo extraordinario a todas sus hermanas: en esos diez años aumentó más de un 46%, es decir, un agrupamiento de 100 hombres de 1950 se ha convertido en uno de 146 hombres en 1960. El Caribe da un promedio de crecimiento más moderado: si en Santo Domingo el aumento es también de un 35%, el de Cuba es mucho menor, siendo aún grande: un 23,5%. Puerto Rico, el estado asociado a los Estados Unidos, nos extraña, a primera vista, con un crecimiento de sólo el 6,5%; nos lo explicamos en cuanto recordamos que las leyes de inmigración no han puesto trabas a la entrada de puertorriqueños en los Estados Unidos: la emigración es aventura que atrae a hombres jóvenes, y cuando es considerable como lo ha sido en Puerto Rico, disminuye la fertilidad de un país (por la sencilla razón de que en él, por la ausencia de los emigrantes, el porcentaje de viejos resulta mayor).

El Norte de la América del Sur —es decir la tropical— da unas cifras ligeramente más moderadas que la América Central: el Norte de Sudamérica, la tropical, tiene en Colombia y Ecuador entre un 32 y un 33% de incremento en esos diez años de 1950 a 1960. Perú sólo un 26%, y Bolivia un 23%; pero Venezuela es una prodigiosa excepción, con un 48%: éste es el máximo porcentaje de aumento de toda Hispanoamérica durante esos diez años. Se puede explicar en parte por la gran corriente inmigratoria que hubo en el país en los primeros años de ese decenio, y que luego disminuyó con bastante rapidez.

El Sur de Sudamérica tiene incrementos más pequeños para esos años de 1950 a 1960: alto aún el de Chile (26%), va siendo menos el de Paraguay (23%), y el de Argentina (22%), y es el más bajo el de Uruguay (13%).



¿Y España? España, mientras tanto, aumenta en proporción mucho menor que cualquiera de los países hispanoamericanos (con excepción de Puerto Rico, ya explicada). El tanto por ciento de crecimiento de España, entre 1950 y 1960, es sólo de un 8%. Es decir, el crecimiento de Venezuela en esos años ha sido cinco veces mayor. El de Méjico, cuatro veces mayor. Aun un país de crecimiento muy moderado, durante esos años, como es la Argentina, ha tenido un incremento dos veces y media mayor que el de España. Veamos sólo un ejemplar del efecto que tal diferencia de incrementos porcentuales tienen en número absoluto de habitantes: España, en 1950, con sus 28 millones de habitantes, era algo mayor que Méjico, que tenía sólo 26 millones. Pasan diez años, y Méjico alcanza los 35 millones, mientras que España sólo ha rebasado los 30 millones.

Pensemos ahora las consecuencias de esta explosión demográfica hispanoamericana en los años que van a venir. He hecho cálculos hasta el año 2.000, que está ahí, como si dijéramos, al alcance de la mano; año 2.000 que seguramente la mayoría de los que me escucháis habréis de ver (y yo muy de corazón os lo deseo); año que, desde luego, la inmensa mayoría de los que en este auditorio tienen menos de treinta años, han de vivir. Hablamos, pues, de un futuro inmediato, bien previsible.

La población del mundo hispánico (incluida España) en 1950 era de unos 131 millones; de ellos 28 correspondían a España: los españoles representaban, pues, entre una cuarta y una quinta parte. Pasan diez años: en 1960, los hispanohablantes de España y América sumaban ya unos 163,5 millones; de ellos, españoles, unos 30 millones y medio. Los hispanohablantes de España están en ese año de 1960 exactamente entre ser una quinta y una sexta parte del conjunto. En este año de 1965 somos los hispanohablantes 185 millones; en 1970 seremos unos 207 millones; los españoles somos ya casi sólo una sexta parte (una quinta parte con ocho décimas). Ese decrecimiento no hará sino acelerarse. Porque en el año 1980, el número de hispanohablantes habrá saltado a unos 265 millones, y el de españoles a unos 36; los españoles seremos menos de una séptima parte de los hombres que hablen español. En el año 2.000, los que viváis, que, repito, seréis todavía muchos de los que me escucháis, formaréis parte de una masa humana de unos 420 millones de seres que hablarán español, pero los españoles seremos sólo menos de una décima parte del conjunto. Y si pasáramos al año 2.020, en el que todavía bastantes viviréis, mucho menos de una décima parte del inmenso mundo humano que hablará en español.



Naturalmente que como un crecimiento semejante de población está ocurriendo por todas partes, el español seguirá siendo superado en número de hablantes por el chino, el inglés, el ruso (y quizá algún otro grupo lingüístico). Será, sí una de las mayores lenguas del mundo, probablemente la cuarta o quinta parte, y con bastante territorio aún para una mayor expansión a lo largo del siglo XXI y hacia el XXII.

Ocurre, pues, que no sólo no podemos considerarnos los hispanohablantes de ninguna nación como dueños de nuestro idioma (puesto que vamos a ser en el futuro sólo una partecita del inmenso conjunto de hombres que lo hablarán), sino que asimismo esa grandeza pluriestatal de la lengua española futura y su importancia en el mundo nos tienen que hacer aproximarnos a nuestra propia lengua, no con criterio de miope nacionalismo, sino con una visión de su destino supranacional. ¡Qué triste, qué pobre impresión, qué provinciana impresión la de esos artículos o polémicas que a veces leemos en la prensa española, o en la de países hispanoamericanos, en que un dómine gramático o un aficionado de primera intención, sale defendiendo o contradiciendo cómo se ha de expresar tal cosa o pronunciar tal palabra, sacándose de la manga la respuesta, sin saber que en ese terreno toda labor es muy difícil y complicada y que ha de hacerse con gran cautela y mirando a lo que los tales por pura ignorancia nunca tienen presente: mirando a enormes extensiones, lejanías de miles y miles de leguas, a millones y millones de seres que participan en nuestra habla! Todos los que hablamos español, los que nos dedicamos a estudiarlo y los hombres cultos en general, tenemos que estar dispuestos a ver en nuestro idioma una criatura supranacional, de enorme realidad e inmensos destinos, a cuidarla como los tutores de un niño, cuando saben que se trata de una criatura excepcionalísima, sobre la que pende un destino universal.

Hace ahora casi justamente un año asistí en Buenos Aires a un Congreso de las Academias de la Lengua Española, y puedo decir que en él esa idea del carácter supranacional de nuestra lengua estuvo presente en todas las deliberaciones y acuerdos. Era emocionante ver la voluntad de todos para colaborar fraternalmente en la obra de preservación y constante ampliación de nuestro tesoro común. Todos teníamos conciencia de nuestra alta representación, de que representábamos inmensa cifra de hispanohablantes que sube en rápido avance que ya está rozando los 200 millones y que mañana será de 400; representábamos a esos hombres que viven en los más distintos climas, separados quizá por las máximas distancias que permite el globo terráqueo, per-



tenecientes a las más diversas razas, gobernados por los más diferentes regímenes políticos, y aun diseminados, a veces entre grandes comunidades de otra lengua distinta (como los sefardíes, o como las multitudes de habla española que habitan en los Estados Unidos, o como esa pequeña y menguante minoría que aún habla español en Filipinas); representábamos, en fin, a hombres a los que todo parece separar, pero que se sienten dichosamente unidos por una sola cosa: la lengua que todos hablan. Y no solamente representábamos a estos que hoy la hablan, sino también a todos los que la hablaron en tiempos pasados hasta las más hondas raíces de la Edad Media en España; pero, más importante aún, nos sentíamos los legítimos tutores de esos hispanohablantes que vivirán cuando en los albores del siglo XXI, cuatro unidades de centena de millón sea su cifra; de esos y de los siglos que seguirán. Y ocurre que todo intento de cuidado de la lengua mira hacia el futuro; por eso esos hispanohablantes del año 2.000 eran en realidad el objeto principal de nuestra atención y de nuestros acuerdos en esa Asamblea de Buenos Aires. Con una imagen ya empleada en un famoso libro de un escritor argentino, estábamos reunidos allí para impedir que en el campo de nuestra lengua se pueda alzar una nueva torre de Babel, para hacerla imposible desde sus mismos cimientos.

### **Qué es la comunidad lingüística**

La comunidad lingüística es una criatura espiritual, una especie de cuerpo místico que liga el pasado, la realidad del presente, y el futuro. La complejidad de su estructura se inmensifica cuando —como en el caso de la lengua castellana— este ser no sólo tiende un puente ligador de los tiempos, sino que se ensancha magníficamente por el mundo; y por sus orillas las más diversas culturas arcaicas y modernas influyen, penetrando y tiñendo con tonalidades e intensidades distintas sus diferentes partes.

Imaginad la maravilla que es este tesoro —en términos saussurianos— de la lengua. Yo lo realizo, yo lo movilizo en este instante en mi habla; vosotros lo comprendéis porque hay una coincidencia fundamental: mi habla se alza de un depósito fundamentalmente igual al que vosotros atesoráis.

Pero la maravilla común a todo lenguaje humano crece hasta términos difíciles de imaginar, cuando ese depósito tiene la amplitud de vigencia geográfica del nuestro. Vais a España, o vais a cualquier otro país hispanoamericano, y notáis en seguida las divergencias; algunas veces producen, quizá, vuestra extrañeza;



en algún caso límite, podéis llegar hasta la incompreensión momentánea, lo mismo en Madrid que en Buenos Aires. Es que en esta comunidad idiomática supranacional, junto al depósito común de todos, cada hablante posee un como suplemento, un como depósito especial, peculiar a su nación; y aun ocurre de modo semejante con las ciudades y hasta con las familias.

### Las diferencias lingüísticas entre los países hispánicos

Hay unidad fundamental del depósito idiomático, pero con una serie de variaciones nacionales y aun dialectales dentro de una misma nación, en la pronunciación, en el vocabulario, en la sintaxis. Tomemos un ejemplo de la pronunciación: la *calle*. Muchos castellanos viejos aún pronuncian la *ll*, pero no los madrileños, que emplean el mismo sonido para *mayo* que para *calle* pues pronuncian *caye*; en la mitad sur de España empieza esporádicamente lo que en fonética se llama el rehilamiento de esa *ye*: son rehilamientos ya con matices diferentes, aun en España, pero su desarrollo completo y ejemplar está en el Río de la Plata, en Buenos Aires, *caye*, *mayo* (con una *y* de rehilamiento extremo, casi o tanto como el de la *j* francesa en *jamais*). Ahora bien, en la misma Argentina hay zonas que pronuncian la *calle*, y en otros países americanos; aunque en general domina una pronunciación yeísta parecida a la de Madrid, *caye*, *mayo*. Otro caso: si oís a un chileno, notáis que cuando pronuncia palabras como *mujer* o *guerra*, parece que introdujera una pequeña *i* detrás de la *j* o de la *g*: *mujier*, *guierra*; y esta pronunciación, aunque menos intensa, penetra algo en la Argentina. Si vais a Méjico, notaréis la desaparición de vocales no acentuadas, sobre todo en determinadas posiciones. Cuando un conferenciante español va a Buenos Aires, el porteño culto se escandaliza de oír al visitante español que en su conferencia pronuncia *he estao*, *he compraó*. Pero el español culto se extraña de que su amigo argentino pronuncie *pión*, *carmiar*. Las diferencias de pronunciación se producen en todas partes.

En el léxico ocurre lo mismo, y es todavía más claro. Este modesto instrumento que llamamos en España *bolígrafo*, si vais a Buenos Aires veréis que se llama una *birome* o una *lapicera a bolilla*; pero en Bolivia oiréis *puntabola*; los colombianos lo llamarán *esferográfico* o *esferográfica*; en Quito, abreviado, un *esfero*; a los peruanos les escucharéis *lapicero* o *lapicero de tinta*; a los chilenos, *lápiz de pasta*; a los cubanos *pluma atómica*. Todas estas expresiones se han originado por causas especiales explicables, en las que no me voy a detener. Es más fácil ver inmediata-







mente las causas de diferenciación en otro tipo de ejemplos que estudié ya hace varios años, pertenecientes al mundo del automóvil: en ellos se evidenciaban dos zonas de influencia; el Sur de América del Sur, con España, había sufrido el influjo de la industria francesa; y si en la Argentina y en España decíamos *volantes* es porque habíamos traducido la voz francesa *volant*; pero si en la zona del mar Caribe se le llama *timón*, o en Costa Rica *rueda*, no es por un influjo directo de la marinería, sino como traducción del *steering wheel* norteamericano. La importancia de esta diversificación del léxico es grande y a ella volveremos luego. Yo empecé a comprender el problema cuando era aún niño: acompañaba yo por Madrid a un primo mío de Montevideo, mayor que yo, y entramos en un comercio. Mi pariente dijo que quería comprar *medias*. Le sacaron medias de señora. Mi primo las rechazó, con indignación; explicó que las que él quería eran para hombre, cosa que produjo estupor en los dependientes. Entonces mi primo explicó que eran más cortas. Uno de los dependientes, se dio una palmada en la cabeza y, triunfando, le sacó unas medias para deporte, que solemos llamar *medias de sport*, y que se suelen o solían llevar dobladas en la parte final. Mi primo las volvió a rechazar; siguieron un par de minutos de mutua incomprensión, hasta que mi primo, sin otra posibilidad, se alzó la pernera del pantalón, y dijo: "como éstas", y eran, naturalmente, *calcetines*. Es uno de esos casos límite, de momentánea incomprensión, a que aludía antes.

Menos frecuentes, pero muy importantes y aun graves para el sistema lingüístico, son los fenómenos de tipo morfológico-sintáctico, como el tratamiento de *vos*, en lugar de *tú* en algunas zonas hispanoamericanas, preferentemente en el Río de la Plata (Argentina y Uruguay). Como tantas otras cosas de las que nos diversifican, este uso del *vos* procede de España, y en esas zonas de América se ha mantenido como tratamiento familiar y entre amigos; es éste, ciertamente, uno de los fenómenos más perturbadores. Sin embargo, la comprensión mutua entre rioplatenses e hispánicos de otras partes no está entorpecida en absoluto, y nuestro *tú eres*, *tú tienes*, es entendido por todo el mundo, lo mismo que nosotros comprendemos sin dificultad alguna estas formas argentinas y uruguayas, o de Costa Rica y Nicaragua.

### **Cuál ha de ser nuestra posición frente a las divergencias**

Les he presentado a ustedes, a base de unos poquitos ejemplos, porque el tiempo no da para más, un brevísimo panorama de lo que son las divergencias en el mundo de hispanohablantes.



Ahora entremos en la segunda parte de nuestro tema: cuál ha de ser nuestra posición (entiéndase la de todos los que participamos en la comunidad idiomática), cuál ha de ser nuestra posición frente a esas divergencias existentes y frente a todas las que pueden surgir en el futuro.

Ante todo, ¿es posible ejercer una acción rectora sobre una lengua? El positivismo científico evidentemente creía que no. Don Rufino José Cuervo veía dibujarse inexorablemente en el futuro la imagen de un español fragmentado, dividido en una serie de lenguas nacionales, lo mismo que el latín se dividió en las lenguas románicas. Por el otro lado, están los indiferentes frente al futuro de la lengua, indiferentismo que parece ser la norma en Inglaterra respecto al inglés, y que hoy recoge desde otro punto de vista, desde el punto de vista de un intransigente científicismo, la moderna escuela estructuralista lingüística. Sin embargo, la historia moderna tiene bastantes ejemplos de la eficacia de la acción rectora sobre el lenguaje, y en la misma España tenemos un buen ejemplo en el catalán, que a mediados del siglo pasado estaba casi en trance de convertirse en una serie de *patois*. Es evidente la posibilidad de una acción rectora sobre el español hablado en el mundo, si en ella colaboran con un espíritu de concordia lingüistas de todas las zonas de la comunidad. El reciente Congreso de Buenos Aires, en el que la vida de una Comisión Permanente ha quedado ya establecida sobre base sólida, es un gran paso para que se pueda ejercer esa acción rectora.

Unidad y variedad en nuestra lengua: he aquí lo que conviene. También en el Congreso de Buenos Aires quedó evidentemente aceptado el principio de que esa acción rectora se ha de ejercer respetando toda variedad existente en la comunidad, y al mismo tiempo conservando y fortaleciendo el depósito común de nuestra lengua y con ella, también, la raíz común de nuestra cultura. Pero, ¿cómo lograrlo? Ese es el problema.

En toda lengua viva son necesarias la tradición y la innovación o creación idiomáticas. Sólo las lenguas muertas carecen de la segunda. Pero en general la preocupación por nuestra lengua durante el siglo XIX y aún en los primeros decenios del actual, tal como se expresaba por el sentir de los hombres cultos, de los gramáticos y de las Academias, atendía mucho más a la tradición que a la innovación, muchas veces con todos los complejos de oratoria y sentimentalidad que son del caso. Esto está cambiando, está cambiando rápidamente, sobre todo en España, y en algunos países hispanoamericanos. La lingüística moderna



Ahora entremos en la segunda parte de nuestro tema: cuál ha de ser nuestra posición (entiéndase la de todos los que participamos en la comunidad idiomática), cuál ha de ser nuestra posición frente a esas divergencias existentes y frente a todas las que pueden surgir en el futuro.

Ante todo, ¿es posible ejercer una acción rectora sobre una lengua? El positivismo científico evidentemente creía que no. Don Rufino José Cuervo veía dibujarse inexorablemente en el futuro la imagen de un español fragmentado, dividido en una serie de lenguas nacionales, lo mismo que el latín se dividió en las lenguas románicas. Por el otro lado, están los indiferentes frente al futuro de la lengua, indiferentismo que parece ser la norma en Inglaterra respecto al inglés, y que hoy recoge desde otro punto de vista, desde el punto de vista de un intransigente científicismo, la moderna escuela estructuralista lingüística. Sin embargo, la historia moderna tiene bastantes ejemplos de la eficacia de la acción rectora sobre el lenguaje, y en la misma España tenemos un buen ejemplo en el catalán, que a mediados del siglo pasado estaba casi en trance de convertirse en una serie de *patois*. Es evidente la posibilidad de una acción rectora sobre el español hablado en el mundo, si en ella colaboran con un espíritu de concordia lingüistas de todas las zonas de la comunidad. El reciente Congreso de Buenos Aires, en el que la vida de una Comisión Permanente ha quedado ya establecida sobre base sólida, es un gran paso para que se pueda ejercer esa acción rectora.

Unidad y variedad en nuestra lengua: he aquí lo que conviene. También en el Congreso de Buenos Aires quedó evidentemente aceptado el principio de que esa acción rectora se ha de ejercer respetando toda variedad existente en la comunidad, y al mismo tiempo conservando y fortaleciendo el depósito común de nuestra lengua y con ella, también, la raíz común de nuestra cultura. Pero, ¿cómo lograrlo? Ese es el problema.

En toda lengua viva son necesarias la tradición y la innovación o creación idiomáticas. Sólo las lenguas muertas carecen de la segunda. Pero en general la preocupación por nuestra lengua durante el siglo XIX y aún en los primeros decenios del actual, tal como se expresaba por el sentir de los hombres cultos, de los gramáticos y de las Academias, atendía mucho más a la tradición que a la innovación, muchas veces con todos los complejos de oratoria y sentimentalidad que son del caso. Esto está cambiando, está cambiando rápidamente, sobre todo en España, y en algunos países hispanoamericanos. La lingüística moderna



está ya atendiendo mucho más a la innovación y a la previsión del futuro que la lingüística del siglo XIX; los que asistimos a las sesiones de la Academia Española, y en especial los que formamos parte de su Comisión de Diccionario, podemos testimoniar que una gran parte de su labor se la lleva la solución de acuciantes problemas que con gran frecuencia atienden a necesidades que se están creando, que están fraguando o a punto de fraguar, diríamos.

Necesidad de creación, de nueva denominación: es la vida, la realidad la que lo impone. El fenómeno es común a todas las lenguas del mundo; pero sus efectos son mucho más complicados en una comunidad lingüística supranacional como la nuestra. Con el crecimiento de la población, nuevas generaciones, cada vez mayores en número, cada vez más ávidas de cultura, liceos o institutos que no bastan, nuevas universidades, que cuando se inauguran ya resultan pequeñas. Junto a esto, un inmenso aumento traído por la ciencia, por la técnica, por la mecánica, de las posibilidades de modificación y utilización de la naturaleza por el hombre. Consecuencia: un aumento, que en sí mismo es glorioso, jubiloso, de las necesidades expresivas del lenguaje; pero por otro lado, lo angustioso, casi, de hallar esa expresión que es imprescindible. Dioses: dad palabras, la humanidad necesita, hoy como nunca, inventar palabras. Se lo pedimos a los dioses, y lo malo, lo malo es que muchas veces, el *Deus ex machina* que nos contesta, es el que apresuradamente troquela el nuevo nombre necesario, es... el comerciante, el que fabrica o distribuye o vende el producto.

Esa es la tarea: tenemos que habérmola con esa fuerza irresistible, la innovación. Fuera de ella, sólo se pueden quedar las lenguas que renuncien a participar en la cultura moderna. Sólo algún loco podría pensar en ir contra el raudal que avanza; nuestra obligación consiste, precisamente, en regular su paso, en abrirle el mejor cauce posible. ¿Cómo?

Reúno en dos fórmulas fundamentales lo que considero que debe ser nuestra tarea frente a esas dos fuerzas del lenguaje, la tradición y la innovación. Por lo que respecta a la tradición, debemos procurar la conservación de esa estructura significativa —la lengua española— en el estado en que hoy la usan los hablantes cultos de todos los países de nuestra comunidad lingüística. Por lo que toca al otro factor, el de la innovación o creación idiomática, el principio fundamental debe ser éste: es necesario que cualquier elemento de innovación sea común a todos los países hispanohablantes.



## El purismo

Estas son para mí, repito, las dos fórmulas fundamentales. Como veréis, en ellas no asoma nada de lo que ha sido durante el siglo XIX y primeros años del XX la principal preocupación de los gramáticos, de las Academias, y aun del público en general: el "purismo". Yo no soy enemigo del purismo; lo pongo, simplemente, en el lugar que le corresponde, que en 1965 no puede por desgracia ser ya de primera fila.

Por razones sentimentales y estéticas, me gusta —también a mí— que las palabras tengan una nobleza en su raíz, en su derivación, y aun si es posible, en su sonido. Pero, ya lo he dicho, esto es "por razones estéticas y sentimentales", no por razones lingüísticas. Lo que nos interesa en la lengua castellana es que sus palabras y todos sus elementos significativos, sean en efecto significativos, es decir, que tengan un valor de intercambio, y que lo tengan en todo el ámbito de nuestra comunidad lingüística. Después de eso, sólo después de eso, que es lo fundamental —y lingüísticamente lo único—, podrían, si hay resquicio, venir a consideraciones puristas, la llamada legitimidad de la derivación, etc., siempre que no lleguen para enturbiar lo claro.

Porque ¡cuántas veces el purismo ha actuado como verdadero agente provocador! Ocurre esto cada vez que una palabra tiene curso legítimo en todo el mundo hispánico, palabra válida, con orden admirable, en todas las bocas; y surge el purismo, y sale diciendo que ese elemento, por todos usado, es espurio. Todos los hispanohablantes habían usado, creo, la voz *feminidad*; no había perturbación ninguna: la palabra, lingüísticamente, valía su peso en oro, valía lo que quería decir. Y de repente, la alarma: *feminidad* era una palabra que estaba mal formada porque de *femineo* no podía derivarse sino *femineidad*; empieza el desconcierto: unos siguen diciendo y escribiendo *feminidad*, otros escriben *femineidad*; y esto ocurre en España, y también en países hispanoamericanos. Yo he escrito a veces, *feminidad*, y un linotipista demasiado celoso le ha metido una *e*. En nombre del purismo, se ha perturbado lo nítido, se ha introducido el desorden. Afortunadamente la oleada de *femineidad* creo que está pasando.

Así también se proscribía (y el destierro ha durado un siglo) el verbo *presupuestar*. Se decía que en todo caso debería ser *presupostar*, y que si no, que se usara *presuponer*; pero *presupostar* no ha existido nunca; y sí existe *presupuesto*, pero significa algo muy distinto. Mientras tanto, en los periódicos, en la



conversación, en las leyes fundamentales y especiales de muchos pueblos hispánicos, *presupuestar* circulaba y cumplía su misión sin tropiezo alguno. Un ilustre escritor hispanoamericano hizo un viaje a Madrid con el casi exclusivo objeto de que la Academia aprobara el vocablo; hace poco ha sido por fin admitido y figurará en la próxima edición del Diccionario.

Añádase aún, que un enorme número de intervenciones del purismo están basadas en un conocimiento deficiente o nulo de la realidad lingüística. Los que objetaban *feminidad* parecían desconocer que junto a *femíneo* (de uso exclusivamente culto) existe *femenino*; y aunque la derivación sería *femeninidad*, existe un fenómeno lingüístico universal de supresión de una de dos sílabas idénticas (haplología); su efecto ha sido aquí completado por la propagación analógica del final de *masculinidad*. Porque otra de las cosas que ignora el purismo es que existe la analogía, y que es una fuerza creativa del lenguaje perfectamente legítima. Etimológicamente diríamos *sinestro*; si decimos *siniestro* es por el influjo analógico de *diestro*. No muy diferente es lo que ocurre con *presupuestar*: la alternancia de *ué* (en sílaba acentuada) con *o* (en sílaba sin acento), está viva en lo heredado, pero no en lo creado sobre una base ya romance (no decimos *poblito*, ni *poblecito*, sino *pueblito* y *pueblecito*; ni *adestrar* sino *adiestrar*; ni *aovar* sino *ahuevar*; ni *desosar* sino *deshuesar*).

El purismo desconoce las fuerzas que actúan en la evolución y creación idiomáticas; unas son —digamos— verticales, por ejemplo la evolución fonética de *ó* en *ué*; pero otras son horizontales, que todas pueden reducirse a la analogía; y éstas son las generalmente ignoradas por las arremetidas puristas. ¿Y qué castellano hablaríamos hoy si la analogía no hubiera moldeado una gran parte de nuestro sistema verbal y de nuestro léxico. Esas fuerzas están siempre actuando, y tan legítimas son las verticales como las horizontales. Cuando su resultado nos lo encontramos convertido ya en uso general, no lo toquemos. Queremos corregir, pero lo que hacemos es introducir desorientación, embarullada diversidad, desorden.

Es curioso que en el reciente Congreso de Buenos Aires, fuera, precisamente, la representación española la que en este punto defendiera un criterio más liberal; hay que decir que esta posición encontró pronto la aquiescencia de la inmensa mayoría de la Asamblea. Ocurría que los delegados de algunos países querían unificar en determinados puntos su lengua con relación a España o a la mayoría del conjunto hispánico, corrigiendo algunos usos de su habla nacional. Nuestro primer movimiento es de enorme



conversación, en las leyes fundamentales y especiales de muchos pueblos hispánicos, *presupuestar* circulaba y cumplía su misión sin tropiezo alguno. Un ilustre escritor hispanoamericano hizo un viaje a Madrid con el casi exclusivo objeto de que la Academia aprobara el vocablo; hace poco ha sido por fin admitido y figurará en la próxima edición del Diccionario.

Añádase aún, que un enorme número de intervenciones del purismo están basadas en un conocimiento deficiente o nulo de la realidad lingüística. Los que objetaban *feminidad* parecían desconocer que junto a *femineo* (de uso exclusivamente culto) existe *femenino*; y aunque la derivación sería *femeninidad*, existe un fenómeno lingüístico universal de supresión de una de dos sílabas idénticas (haplología); su efecto ha sido aquí completado por la propagación analógica del final de *masculinidad*. Porque otra de las cosas que ignora el purismo es que existe la analogía, y que es una fuerza creativa del lenguaje perfectamente legítima. Etimológicamente diríamos *sinestro*; si decimos *siniestro* es por el influjo analógico de *diestro*. No muy diferente es lo que ocurre con *presupuestar*: la alternancia de *ué* (en sílaba acentuada) con *o* (en sílaba sin acento), está viva en lo heredado, pero no en lo creado sobre una base ya romance (no decimos *poblito*, ni *poblecito*, sino *pueblito* y *pueblecito*; ni *adestrar* sino *adiestrar*; ni *aovar* sino *ahuevar*; ni *desosar* sino *deshuesar*).

El purismo desconoce las fuerzas que actúan en la evolución y creación idiomáticas; unas son —digamos— verticales, por ejemplo la evolución fonética de *ó* en *ué*; pero otras son horizontales, que todas pueden reducirse a la analogía: y éstas son las generalmente ignoradas por las arremetidas puristas. ¿Y qué castellano hablaríamos hoy si la analogía no hubiera moldeado una gran parte de nuestro sistema verbal y de nuestro léxico. Esas fuerzas están siempre actuando, y tan legítimas son las verticales como las horizontales. Cuando su resultado nos lo encontramos convertido ya en uso general, no lo toquemos. Queremos corregir, pero lo que hacemos es introducir desorientación, embarullada diversidad, desorden.

Es curioso que en el reciente Congreso de Buenos Aires, fuera, precisamente, la representación española la que en este punto defendiera un criterio más liberal; hay que decir que esta posición encontró pronto la aquiescencia de la inmensa mayoría de la Asamblea. Ocurría que los delegados de algunos países querían unificar en determinados puntos su lengua con relación a España o a la mayoría del conjunto hispánico, corrigiendo algunos usos de su habla nacional. Nuestro primer movimiento es de enorme



simpatía hacia esa posición; pero inmediatamente nos preguntamos: tal corrección, a estas alturas, ¿es posible? Los académicos argentinos asistentes, hombres de gran valía literaria, excelentes hablistas y personas de refinado gusto, querían, en su mayoría, que se corrigiera el tratamiento de *vos* que he explicado antes, y que tantas perturbaciones, de bastante gravedad, ha producido en el habla porteña. Si fuera posible, ¿qué haríamos, sino aplaudirlo? Pero ese *vos*, con toda su estela de perturbaciones, es el tratamiento del hombre argentino, está ligado a sus afectos más queridos, se corresponde con los latidos de su corazón, o si queréis, empleando un lenguaje algo más técnico, se trata de formas lingüísticas cargadas de afectividad. Y es imposible desarraigar ningún uso lingüístico en que intervenga el corazón, en que se vierta nuestra afectividad. ¿Qué ocurriría si por razones de defensa idiomática quisieran imponernos a los españoles el tratamiento de *vos*? Por mucho que la escuela se propusiera en la república Argentina a desarraigar el *vos*, y aunque, cosa que dudo, obtuviera algún éxito, el resultado sería producir nuevas perturbaciones, que vendrían a enmarañar la cuestión. Esto, en la esfera del lenguaje. Pero ¿y la justificadísima irritación del hablante argentino al ver que pretendían arrebatarse formas que ha empleado siempre, y que han dicho siempre sus padres y sus abuelos? A lo más que se puede llegar, a mi juicio, en esta cuestión del *vos*, es a que en los estudios superiores de segunda enseñanza y en los universitarios (pero sin intención ninguna de imponerlo como uso idiomático) se enseñe el tratamiento de *tú*, con sus formas correctas, tal como se practican en la gran mayoría del mundo hispánico, para permitir así el intercambio con hablantes de otros países, y las lecturas literarias.

### El extranjerismo

Hay otro aspecto —y ciertamente en extremo grave— de la innovación lingüística: es la adopción o introducción de voces extranjeras. La vida moderna nos impone más y más los extranjerismos, tanto que la gran crecida del léxico castellano, en los años últimos, se debe, en su mayor parte, al extranjerismo: unas veces extranjerismos directos y evidentes; otras, disfrazados o semilegitimados por la traducción. Continuamos sin aportar, o apenas, voces propias al crecimiento de la civilización material y de la ciencia moderna; el influjo de la técnica de los Estados Unidos es hoy lo arrollador. Hay que decir la verdad, y esperar que nuevas generaciones de hispanohablantes hagan que el español no viva de relieves ajenos.



simpatía hacia esa posición; pero inmediatamente nos preguntamos: tal corrección, a estas alturas, ¿es posible? Los académicos argentinos asistentes, hombres de gran valía literaria, excelentes hablistas y personas de refinado gusto, querían, en su mayoría, que se corrigiera el tratamiento de *vos* que he explicado antes, y que tantas perturbaciones, de bastante gravedad, ha producido en el habla porteña. Si fuera posible, ¿qué haríamos, sino aplaudirlo? Pero ese *vos*, con toda su estela de perturbaciones, es el tratamiento del hombre argentino, está ligado a sus afectos más queridos, se corresponde con los latidos de su corazón, o si queréis, empleando un lenguaje algo más técnico, se trata de formas lingüísticas cargadas de afectividad. Y es imposible desarraigar ningún uso lingüístico en que intervenga el corazón, en que se vierta nuestra afectividad. ¿Qué ocurriría si por razones de defensa idiomática quisieran imponernos a los españoles el tratamiento de *vos*? Por mucho que la escuela se propusiera en la república Argentina a desarraigar el *vos*, y aunque, cosa que dudo, obtuviera algún éxito, el resultado sería producir nuevas perturbaciones, que vendrían a enmarañar la cuestión. Esto, en la esfera del lenguaje. Pero ¿y la justificadísima irritación del hablante argentino al ver que pretendían arrebatarse formas que ha empleado siempre, y que han dicho siempre sus padres y sus abuelos? A lo más que se puede llegar, a mi juicio, en esta cuestión del *vos*, es a que en los estudios superiores de segunda enseñanza y en los universitarios (pero sin intención ninguna de imponerlo como uso idiomático) se enseñe el tratamiento de *tú*, con sus formas correctas, tal como se practican en la gran mayoría del mundo hispánico, para permitir así el intercambio con hablantes de otros países, y las lecturas literarias.

### El extranjerismo

Hay otro aspecto —y ciertamente en extremo grave— de la innovación lingüística: es la adopción o introducción de voces extranjeras. La vida moderna nos impone más y más los extranjerismos, tanto que la gran crecida del léxico castellano, en los años últimos, se debe, en su mayor parte, al extranjerismo: unas veces extranjerismos directos y evidentes; otras, disfrazados o semilegitimados por la traducción. Continuamos sin aportar, o apenas, voces propias al crecimiento de la civilización material y de la ciencia moderna; el influjo de la técnica de los Estados Unidos es hoy lo arrollador. Hay que decir la verdad, y esperar que nuevas generaciones de hispanohablantes hagan que el español no viva de **relieves** ajenos.



Aun hoy se podría hacer algo para que nuestro léxico técnico no fuere mera adaptación o desmañada traducción. Pero los inventos lanzados por la propaganda comercial y aceptados en seguida por su utilidad, extienden con rapidez vertiginosa sus creaciones léxicas, pocas veces acertadas y algunas abominables. No se llega casi nunca a tiempo para el remedio. En algunas ocasiones se ha impuesto tempranamente una traducción bien ideada dentro de los modos expresivos habituales en el castellano. Pero otras veces lo que se ha extendido ha sido una adaptación, mejor o peor entendida, del vocablo, inglés norteamericano, o, en términos generales, alófono.

Cuando esto ocurre, tampoco hay motivo para desesperarse y vituperar: es la historia de todas las lenguas del mundo, y nosotros no podríamos ni comer jamón, ni calentarnos a una chimenea, ni pasear por un jardín, si no hubiera sido porque con la cosa misma (o con tipos especiales de la cosa) entraron en España las voces francesas *jambon*, *cheminée* y *jardin*. Las lenguas normalmente sanas admiten sin dificultad los extranjerismos. Tres condiciones me parecen, sin embargo, indispensables para su aceptación: 1º, que sea en verdad necesario; 2º, que su fonética sea adaptable a la del castellano; 3º, que el mismo extranjerismo sea empleado en todo el mundo hispánico, y que la adaptación a nuestra fonética sea, en toda la comunidad, la misma.

Si esas tres condiciones no se pueden dar, habrá de buscar, como sea, un remedio; y en seguida veremos que los remedios son inútiles salvo si son muy tempranos (en materia de lengua hay que aplicar los remedios antes de que se produzca la enfermedad). Como ejemplo, ahí tenemos la voz *fútbol*, que vulnera la segunda de esas leyes con su grupo —*tb*—, impronunciable por gargantas hispánicas, y que por esta causa vulnera también la tercera, porque ha sido adoptado en sitios distintos y en niveles sociales distintos, de multitud de maneras en nuestra comunidad: *fútbol* y *futbol*, *fúlbol* y *fulbol*, *fúrbol* y *furbol* y aun *fúlgol* y *fulgol*. Lamentable, pero, ¿quién le pone un cascabel de remedio a ese gato? ¿Quién pretendería sustituir tal voz? No pudimos echar mano de una vocal anaptíctica, como en la adaptación portuguesa *futebol*, donde el vocalismo permite tal recurso, ni tampoco agarrarnos al nombre de un antiguo juego, como en Italia el *calcio*. Hoy no hay nada que hacer. Pero puedo asegurar que todavía es un hecho más lamentable para la lengua española que sean diferentes los extranjerismos, las adaptaciones de ellos o las meras invenciones metafóricas, que para expresar una misma cosa se difunden por las distintas zonas de nuestra comunidad idiomática.



Estamos tocando un punto especialmente importante, el de la pluralidad de designaciones para un mismo objeto, aunque lleguemos ahora a él desde el lado del extranjerismo. En el ejemplo que sigue vamos a ver lo mismo que ya vimos en el mundo del automóvil: competir el extranjerismo procedente de los Estados Unidos con el que viene de Francia, y aun con diversas adaptaciones del mismo extranjerismo; y junto a estos usos extranjerizantes, otros que parecen formaciones metafóricas autóctonas. La palabra pertenece al léxico de la sastrería: los cierres que en España tienen el nombre de *cremallera* (por comparación poco exacta con la cremallera conocida de antiguo en mecánica), se llama en el norte hispanoamericano (Centroamérica, Méjico y mar de las Antillas) *zipper*, nombre del inglés de América, de indudable origen onomatopéyico (imita el ruido y la rapidez de estos cierres); en algún sitio, como en Colombia, se oye también *cremallera*; lo demás de Sudamérica está dividido entre la palabra francesa *éclair* (Chile, Bolivia) y la traducción de esa palabra al castellano, es decir *relámpago* o *cierre relámpago* (Perú, Argentina, Uruguay, Ecuador, Paraguay). Veamos otra vez dos zonas de influencia: Norte, inglés americano; Sur, francés. No es lo molesto, para la comunidad idiomática, el extranjerismo; a mí lo mismo me daría que todos dijéramos *síper* o *ecler* (escrito a la española) o relámpago; o que todos dijéramos la que, provisionalmente, parece creación metafórica autóctona, *cremallera* (si prescindimos de que esta voz es en sí misma un galicismo). El daño y el peligro no está en el origen extranjero de las voces, está en la perturbación que en nuestra comunidad idiomática introduce tan gran pluralidad de designaciones.

Situémonos, pues, gravemente precavidos, frente al extranjerismo, pero sin los remilgos del purismo. Consideremos que si como hecho lingüístico es un fenómeno que se repite una y otra vez en la historia de las lenguas, nunca como en la época presente ha llegado con esta abundancia extraordinaria, sobre todo en países, como el de nuestra lengua, de poca capacidad creativa en materia de técnica. Esta entrada en tropel, en torrente, aumenta los peligros de que distintas zonas de habla española penetren de distintas procedencias o se adapten o traduzcan de distinto modo. La vida moderna hace inmenso este peligro.

El mundo en que nos hemos despertado —envejecer es despertar a otra realidad—, este mundo a que la vida nos ha ido despertando, cuán diferente es del de nuestra niñez: ya le miramos casi como un prenuncio del siglo XXI, como cosa ajena, navegantes que vemos de lejos la costa a la que nunca hemos de



Estamos tocando un punto especialmente importante, el de la pluralidad de designaciones para un mismo objeto, aunque lleguemos ahora a él desde el lado del extranjerismo. En el ejemplo que sigue vamos a ver lo mismo que ya vimos en el mundo del automóvil: competir el extranjerismo procedente de los Estados Unidos con el que viene de Francia, y aun con diversas adaptaciones del mismo extranjerismo; y junto a estos usos extranjerizantes, otros que parecen formaciones metafóricas autóctonas. La palabra pertenece al léxico de la sastrería: los cierres que en España tienen el nombre de *cremallera* (por comparación poco exacta con la cremallera conocida de antiguo en mecánica), se llama en el norte hispanoamericano (Centroamérica, Méjico y mar de las Antillas) *zipper*, nombre del inglés de América, de indudable origen onomatopéyico (imita el ruido y la rapidez de estos cierres); en algún sitio, como en Colombia, se oye también *cremallera*; lo demás de Sudamérica está dividido entre la palabra francesa *éclair* (Chile, Bolivia) y la traducción de esa palabra al castellano, es decir *relámpago* o *cierre relámpago* (Perú, Argentina, Uruguay, Ecuador, Paraguay). Veamos otra vez dos zonas de influencia: Norte, inglés americano; Sur, francés. No es lo molesto, para la comunidad idiomática, el extranjerismo; a mí lo mismo me daría que todos dijéramos *síper* o *ecler* (escrito a la española) o *relámpago*; o que todos dijéramos la que, provisionalmente, parece creación metafórica autóctona, *cremallera* (si prescindimos de que esta voz es en sí misma un galicismo). El daño y el peligro no está en el origen extranjero de las voces, está en la perturbación que en nuestra comunidad idiomática introduce tan gran pluralidad de designaciones.

Situémonos, pues, gravemente precavidos, frente al extranjerismo, pero sin los remilgos del purismo. Consideremos que si como hecho lingüístico es un fenómeno que se repite una y otra vez en la historia de las lenguas, nunca como en la época presente ha llegado con esta abundancia extraordinaria, sobre todo en países, como el de nuestra lengua, de poca capacidad creativa en materia de técnica. Esta entrada en tropel, en torrente, aumenta los peligros de que distintas zonas de habla española penetren de distintas procedencias o se adapten o traduzcan de distinto modo. La vida moderna hace inmenso este peligro.

El mundo en que nos hemos despertado —envejecer es despertar a otra realidad—, este mundo a que la vida nos ha ido despertando, cuán diferente es del de nuestra niñez: ya le miramos casi como un prenuncio del siglo XXI, como cosa ajena, navegantes que vemos de lejos la costa a la que nunca hemos de



Estamos tocando un punto especialmente importante, el de la pluralidad de designaciones para un mismo objeto, aunque lleguemos ahora a él desde el lado del extranjerismo. En el ejemplo que sigue vamos a ver lo mismo que ya vimos en el mundo del automóvil: competir el extranjerismo procedente de los Estados Unidos con el que viene de Francia, y aun con diversas adaptaciones del mismo extranjerismo; y junto a estos usos extranjerizantes, otros que parecen formaciones metafóricas autóctonas. La palabra pertenece al léxico de la sastrería: los cierres que en España tienen el nombre de *cremallera* (por comparación poco exacta con la cremallera conocida de antiguo en mecánica), se llama en el norte hispanoamericano (Centroamérica, Méjico y mar de las Antillas) *zipper*, nombre del inglés de América, de indudable origen onomatopéyico (imita el ruido y la rapidez de estos cierres); en algún sitio, como en Colombia, se oye también *cremallera*; lo demás de Sudamérica está dividido entre la palabra francesa *éclair* (Chile, Bolivia) y la traducción de esa palabra al castellano, es decir *relámpago* o *cierre relámpago* (Perú, Argentina, Uruguay, Ecuador, Paraguay). Veamos otra vez dos zonas de influencia: Norte, inglés americano; Sur, francés. No es lo molesto, para la comunidad idiomática, el extranjerismo; a mí lo mismo me daría que todos dijéramos *síper* o *ecler* (escrito a la española) o relámpago; o que todos dijéramos la que, provisionalmente, parece creación metafórica autóctona, *cremallera* (si prescindimos de que esta voz es en sí misma un galicismo). El daño y el peligro no está en el origen extranjero de las voces, está en la perturbación que en nuestra comunidad idiomática introduce tan gran pluralidad de designaciones.

Situémonos, pues, gravemente precavidos, frente al extranjerismo, pero sin los remilgos del purismo. Consideremos que si como hecho lingüístico es un fenómeno que se repite una y otra vez en la historia de las lenguas, nunca como en la época presente ha llegado con esta abundancia extraordinaria, sobre todo en países, como el de nuestra lengua, de poca capacidad creativa en materia de técnica. Esta entrada en tropel, en torrente, aumenta los peligros de que distintas zonas de habla española penetren de distintas procedencias o se adapten o traduzcan de distinto modo. La vida moderna hace inmenso este peligro.

El mundo en que nos hemos despertado —envejecer es despertar a otra realidad—, este mundo a que la vida nos ha ido despertando, cuán diferente es del de nuestra niñez: ya le miramos casi como un prenuncio del siglo XXI, como cosa ajena, navegantes que vemos de lejos la costa a la que nunca hemos de







Y hace apenas unos pocos meses, una portera de un arrabal madrileño me decía que una vecina tenía *complejo de inferioridad*. La voz *curriculum* se mantenía antes en las esferas de pedantería en que forzosamente tenemos que vivir los profesores universitarios. Poco a poco se ha ido propagando y hoy puede leerse en los periódicos "que se desea un maestro tornero o carpintero", y que los candidatos "deben enviar su *curriculum*".

Los que formamos parte de la Comisión de Diccionario de la Academia, sabemos qué alud de consultas sobre voces de carácter técnico, para cosas nuevas y novísimas, ha caído sobre ella, consultas que la mayor parte de las veces venían de una de las más activas Academias americanas, y que muchas veces excedían nuestra capacidad. Tanto, que ha sido necesario constituir una nueva Comisión dedicada exclusivamente al estudio de los nuevos tecnicismos, la cual ha empezado ya a actuar en estas últimas semanas.

Las voces técnicas se dividen, pues, en: 1º las que se generalizan y deben pasar al Diccionario; 2º las que viven sólo entre especialistas, pero aun éstas deben ser muy tenidas en cuenta para que en todo el ámbito de nuestra lengua se empleen los mismos tecnicismos, y para que éstos estén, en la medida de lo posible, bien formados.

Me he detenido algo en tratar de estas innovaciones de léxico, casi siempre de origen técnico, que la vida moderna exige, por su enorme importancia, porque los tecnicismos son como una lluvia o una nevada incesantemente creciente, que va cubriendo cada vez más de prisa nuestro léxico, y que dentro de cincuenta años llegará a formar un enorme porcentaje de nuestro vocabulario de uso más corriente. Pero, además, porque es sobre ese léxico nuevo sobre el que, si no se procede con urgencia, se podría ejercer una acción previsora o correctora más eficaz.

### **Cómo guiar nuestra lengua para que cumpla sus fines**

Consideremos ahora, aparte, habiendo tratado de esa gran sección, qué es lo que se puede hacer si se quiere guiar nuestra lengua para un adecuado cumplimiento de sus fines.

Ya expliqué, con algunos ejemplos, cómo son las diferencias de pronunciación entre distintos pueblos de habla española, y ya dije que, tomando como norma el habla de los cultos de



Y hace apenas unos pocos meses, una portera de un arrabal madrileño me decía que una vecina tenía *complejo de inferioridad*. La voz *curriculum* se mantenía antes en las esferas de pedantería en que forzosamente tenemos que vivir los profesores universitarios. Poco a poco se ha ido propagando y hoy puede leerse en los periódicos "que se desea un maestro tornero o carpintero", y que los candidatos "deben enviar su *curriculum*".

Los que formamos parte de la Comisión de Diccionario de la Academia, sabemos qué alud de consultas sobre voces de carácter técnico, para cosas nuevas y novísimas, ha caído sobre ella, consultas que la mayor parte de las veces venían de una de las más activas Academias americanas, y que muchas veces excedían nuestra capacidad. Tanto, que ha sido necesario constituir una nueva Comisión dedicada exclusivamente al estudio de los nuevos tecnicismos, la cual ha empezado ya a actuar en estas últimas semanas.

Las voces técnicas se dividen, pues, en: 1º las que se generalizan y deben pasar al Diccionario; 2º las que viven sólo entre especialistas, pero aun éstas deben ser muy tenidas en cuenta para que en todo el ámbito de nuestra lengua se empleen los mismos tecnicismos, y para que éstos estén, en la medida de lo posible, bien formados.

Me he detenido algo en tratar de estas innovaciones de léxico, casi siempre de origen técnico, que la vida moderna exige, por su enorme importancia, porque los tecnicismos son como una lluvia o una nevada incesantemente creciente, que va cubriendo cada vez más de prisa nuestro léxico, y que dentro de cincuenta años llegará a formar un enorme porcentaje de nuestro vocabulario de uso más corriente. Pero, además, porque es sobre ese léxico nuevo sobre el que, si no se procede con urgencia, se podría ejercer una acción previsorá o correctora más eficaz.

### **Cómo guiar nuestra lengua para que cumpla sus fines**

Consideremos ahora, aparte, habiendo tratado de esa gran sección, qué es lo que se puede hacer si se quiere guiar nuestra lengua para un adecuado cumplimiento de sus fines.

Ya expliqué, con algunos ejemplos, cómo son las diferencias de pronunciación entre distintos pueblos de habla española, y ya dije que, tomando como norma el habla de los cultos de



cada país, se debían respetar esas diferencias. Lo único que hay que procurar es que los fenómenos no avancen en su evolución, que las quiebras no se hagan mayores. Hay, pues, que reprimir, por medio de la escuela, en todos los países hispánicos (y en España, naturalmente, también) el avance erosionador o destructivo de la innovación por vulgarismo. Difícil problema éste. Porque, desde luego, aunque otra cosa crea el lema de la Real Academia Española, las lenguas no se *fijan*. Sin embargo, con una verdadera voluntad conjunta, con el influjo creciente de la escuela, con los medios que da la radio, la televisión, etc., se puede hacer mucho en este camino. Pero, a veces, nos invade el desaliento, cuando vemos que tanto en España como en Hispanoamérica la radio o la televisión (y no incluyo ahora a los periódicos porque hablo de pronunciación solamente) son los introductores, unas veces de la innovación innecesaria (y peligrosísima, porque no tiene paralelo en otros pueblos hispánicos); otras veces, del vulgarismo más desenfrenado; y otras, de supercorrecciones pedantescas, tan perturbadoras como la misma vulgaridad.

También dijimos cómo los fenómenos divergentes, de carácter morfológico-sintáctico, deben ser respetados cuando son generales a toda la población de un país y tradicionales en él, como el tratamiento familiar de *vos* en el Río de la Plata y en Costa Rica. Lo mejor es que las gramáticas de los países afectados por ellos los enseñen aun con todas las perturbaciones secundarias, que han sido fijadas ya (*sentate*, etc.), procurando que se mantenga el *statu quo* actual, sin nuevas evoluciones secundarias. De modo parecido, no hay razón para reprimir el *le* castellano: *le vi* (a un amigo), *le compré* (un libro), que es una variación analógica, frente al *lo* (*lo vi*, *lo compré*), que es lo que conserva el verdadero valor etimológico, y lo que prevalece en América. No se puede tocar a ninguno de esos rasgos diferenciales de las distintas zonas de nuestra comunidad idiomática: lo que hay que impedir son los avances hacia nuevas diferenciaciones.

En el resto del léxico —volvamos a él—, excepción hecha de las nuevas denominaciones y tecnicismos, poco hay que hacer. A nadie se le ocurriría pretender anular las diferencias entre los distintos países hispánicos que están exigidas por la geografía, la fauna, la flora, de regiones tan diferentes y alejadas. Ni tampoco son, en general, de gran peligro las formaciones metafóricas muchas veces peculiares de un país, y con frecuencia de carácter humorístico. Hay sí un tipo especial de estas formaciones metafóricas que están causando grandes destrozos en el mundo hispánico. Y, claro está, que no podemos menos de lamentarlo, tanto más



cada país, se debían respetar esas diferencias. Lo único que hay que procurar es que los fenómenos no avancen en su evolución, que las quiebras no se hagan mayores. Hay, pues, que reprimir, por medio de la escuela, en todos los países hispánicos (y en España, naturalmente, también) el avance erosionador o destructivo de la innovación por vulgarismo. Difícil problema éste. Porque, desde luego, aunque otra cosa crea el lema de la Real Academia Española, las lenguas no se *fijan*. Sin embargo, con una verdadera voluntad conjunta, con el influjo creciente de la escuela, con los medios que da la radio, la televisión, etc., se puede hacer mucho en este camino. Pero, a veces, nos invade el desaliento, cuando vemos que tanto en España como en Hispanoamérica la radio o la televisión (y no incluyo ahora a los periódicos porque hablo de pronunciación solamente) son los introductores, unas veces de la innovación innecesaria (y peligrosísima, porque no tiene paralelo en otros pueblos hispánicos); otras veces, del vulgarismo más desenfrenado; y otras, de supercorrecciones pedantescas, tan perturbadoras como la misma vulgaridad.

También dijimos cómo los fenómenos divergentes, de carácter morfológico-sintáctico, deben ser respetados cuando son generales a toda la población de un país y tradicionales en él, como el tratamiento familiar de *vos* en el Río de la Plata y en Costa Rica. Lo mejor es que las gramáticas de los países afectados por ellos los enseñen aun con todas las perturbaciones secundarias, que han sido fijadas ya (*sentate*, etc.), procurando que se mantenga el *statu quo* actual, sin nuevas evoluciones secundarias. De modo parecido, no hay razón para reprimir el *le* castellano: *le vi* (a un amigo), *le compré* (un libro), que es una variación analógica, frente al *lo* (*lo vi*, *lo compré*), que es lo que conserva el verdadero valor etimológico, y lo que prevalece en América. No se puede tocar a ninguno de esos rasgos diferenciales de las distintas zonas de nuestra comunidad idiomática: lo que hay que impedir son los avances hacia nuevas diferenciaciones.

En el resto del léxico —volvamos a él—, excepción hecha de las nuevas denominaciones y tecnicismos, poco hay que hacer. A nadie se le ocurriría pretender anular las diferencias entre los distintos países hispánicos que están exigidas por la geografía, la fauna, la flora, de regiones tan diferentes y alejadas. Ni tampoco son, en general, de gran peligro las formaciones metafóricas muchas veces peculiares de un país, y con frecuencia de carácter humorístico. Hay sí un tipo especial de estas formaciones metafóricas que están causando grandes destrozos en el mundo hispánico. Y, claro está, que no podemos menos de lamentarlo, tanto más



cuanto que cualquier intento de modificación resultará estéril: me refiero a los sentidos obscenos o malsonantes que, ya en esta o ya en aquella nación hispánica, invaden a palabras completamente inocentes en su origen, y que siguen siendo inocentes en las demás naciones de nuestra comunidad, y a veces terminan destruyendo en ese país en que se producen todo un grupo de voces relacionadas, voces que las personas correctas ya no pueden usar. Todos conocéis el sentido sexual que palabras como *coger* y *concha* tienen en el Río de la Plata, y aun los compuestos de *coger*, como *recoger*, y otros; sentido sexual que en español conserva el derivado de *futuere* y ha ido a concentrarse allí en el verbo *coger*, mientras que en el campo semántico desexualizado que el derivado de *futuere* tiene en Español (al lado del sentido sexual), en la República Argentina se ha extendido totalmente, y así, dicho derivado de *futuere* allí está desexualizado del todo, y aquí en Costa Rica también. Resulta: el español que llega a la Argentina nota el escándalo que se produce cuando, sobre todo en determinados contextos, emplea el verbo *coger*; y en cambio, oye, con asombro, el derivado de *futuere* en labios que no imaginaba pudieran pronunciarlo. El mal es aún mucho mayor porque, común a todo el mundo hispánico, ocurre que en cada país o zona son distintas las voces inutilizadas para el uso, unas veces en absoluto y otras en determinadas frases o contextos. Y lo peor del caso es que en estas diversificaciones es difícilísimo poner remedio. Es que tropezamos aquí, otra vez, con la afectividad: el pudor del hablante impediría o inutilizaría cualquier intento de modificación de esta situación lamentable. Es preciso que cualquier propósito de guía del idioma tenga en cuenta este principio fundamental: contra la repulsa afectiva por parte del hablante no hay nada que hacer en materia de lengua.

Volvamos, pues, a aquella zona del léxico en donde no hay ese influjo de afectividad, o sólo en condiciones mínimas: así ocurre, precisamente, en el nuevo vocabulario, en esa inmensa lluvia de vocabulario, cada vez más intensa y más rápida, que en estos años del final del siglo XX cae sobre la lengua, y que en el futuro todavía comprendemos que va a aumentar de modo ilimitado su invasión. Estas voces nuevas tienen un contenido puramente conceptual, lógico; no están cargadas de afectividad, no lo están aún. Sobre esa parte del léxico es sobre la que se puede actuar, si se hace con la rapidez necesaria.

En las notas que anteceden habréis visto un interno anhelo que les da un sentido único, y puede resumirse así: conservar en lo posible el *statu quo* del español, tal como lo usan por nuestro



inmenso mundo todos los hispanohablantes cultos; conservar sus divergencias, que por hoy no ponen en peligro la comunidad lingüística; pero juramentarnos todos los hispanohablantes cultos, y los que por vocación o cargo tenemos en ello una misión que cumplir, juramentarnos para evitar otras divergencias ulteriores. Y no olvidar que donde se puede actuar con más eficacia es en la unificación de las innovaciones léxicas, especialmente de origen técnico, que impone la vida moderna, y que, abandonadas, podrían producir gravísimas perturbaciones en estos años finales de nuestro siglo XX. Porque el hombre del siglo XVII podía reducir su léxico material a algunos objetos, como *cama*, *mesa*, *silla*, y poco más; el de finales del siglo XIX y principios del XX pasó del quinqué a la luz eléctrica y al automóvil; nosotros estamos ya rodeados, cercados, por esos nuevos monstruos de la técnica, de que hablaba poco antes; pero ¿qué va a ser el léxico del año 2.050? El porcentaje de léxico innovado va a ser tan grande, que si continuara la diversificación ejemplificada modestamente con el *bolígrafo* y la *cremallara*, llegarían a producirse muy graves perturbaciones en la comunicación de todo el mundo hispánico, que no harían sino precipitar las que en léxico, en morfología, en sintaxis existen ya hoy, y que quisiéramos que no avanzaran. No creo, ni mucho menos, que se llegara a la fragmentación, pero sí a que se multiplicaran grandemente los momentos de incompreensión, como el que yo, niño, presencié cuando mi primo el de Montevideo quería comprarse unas medias.

Y sin embargo, en otras ocasiones, he hablado de fragmentación, y creo que ésta, a la postre, probablemente se producirá. Gentes que no quieren enterarse o que han leído mis palabras tergiversadas en rebotes de prensa, etc., me han tildado, repetidas veces, de pesimismo injustificado, cuando la cultura, la radio, los viajes, las lecturas, todo parece favorecer el intercambio, y con él la consolidación de la comunidad lingüística. Se conoce que yo no me explico bien o que no se me quiere entender, y temo que por mi deficiente capacidad explicativa, podáis sacar otra vez una idea equivocada de lo que es mi pensamiento.

Cuando hablo de fragmentación de nuestra lengua, no pienso, ni mucho menos, en un futuro inmediato, del siglo XX o del XXI o del XXII, sino en un futuro probablemente remotísimo. Los que me tildan de pesimista, deben de ser almas cándidas que creen en el progreso indefinido de la Humanidad, en su mejoría progresiva, gracias a vitaminas y a *gadgets*, hasta llegar a un estado arcangélico, con felicidad para cada ser humano de precios de saldo o de mes de rebajas, o de *promoción* (como por desgracia se dice



aquí). Los que así piensan, indudablemente no leen los periódicos. Yo leo los periódicos, y precisamente en estos últimos meses he leído cosas de distintas partes del mundo que no parecen favorecer esa tesis arcangélica. Razas inmensas no han dicho aún su palabra, no han participado aún en la dirección del mundo; continentes hasta ayer dormidos están despertando; y vendrán otras razas, otras culturas hoy imprevisibles. Podría suceder, por ejemplo, que después de habernos preocupado tanto por nuestra comunidad idiomática, todos los pueblos hispánicos terminaran hablando chino. Pero no: lo más probable es que cuando nuestra lengua muera, deje de existir, como la mayor parte de las grandes lenguas de la Historia, por fragmentación. Cuando se dice que la comparación con el latín no es válida, porque hoy tenemos la cultura, la radio, la escuela, etc., se olvida que lo que produjo la fragmentación del latín fue la invasión de los pueblos que llamamos bárbaros. En el latín hablado en distintas zonas del Imperio, había ya, como en el mundo hispánico de hoy, algunas resquebrajaduras que no impedían la comunicación idiomática. Con la llegada de los pueblos bárbaros, se establecen telones de acero, se rompen las comunicaciones, las lenguas superpuestas actúan sobre las sometidas, las resquebrajaduras, que ya existían, se aumentan; y el resultado es el francés, el español, el italiano, etc.; las lenguas que llamamos romances. Esos espíritus arcangélicos creen que la Historia va a cambiar, y que en el cúmulo de siglos futuros no van a ocurrir invasiones como las de los bárbaros. Basta mirar al amenazador mapa del mundo de hoy para comprender que tales hechos se repetirán. ¡Esa Asia, con sus 700 millones de chinos, con casi 500 millones de indios, en crecimiento constante, a veces con apretujadas densidades de población!

Sí, nuestra lengua es seguro que morirá, como todas las lenguas del mundo. Pero yo no creo que eso vaya a ocurrir en los siglos inmediatos, sino en épocas tan alejadas, tan estelarmente alejadas, que en realidad no nos debe inquietar. Porque sólo debemos preocuparnos por aquello sobre lo que nuestra acción puede tener una influencia. El progenitor se preocupa por sus hijos y aun sus nietos, pero ¿a qué padre se le ha ocurrido pasarse una noche desvelado pensando en lo que les ocurra a sus descendientes en la duodécima generación? Esa muerte de la lengua española pertenece a lo que suelo llamar posthistoria. Y esos hombres de la posthistoria me son tan ajenos ya como me lo son los de la prehistoria.

Lo histórico del pasado y lo histórico del futuro es, todo, nuestra cultura, una comunidad de cultura. Detrás, en el pasado,



está la prehistoria; muy adelante, en el futuro, está la posthistoria: las dos son extrañas, ajenas.

Entre las palabras que me habéis oído he procurado evitar o emplear lo menos posible la voz "tradición", de la que tanto se abusa en la oratoria sobre temas hispánicos. Me preocupaba mucho más la proyección y adaptación de nuestra lengua moderna hacia el mundo nuevo en que apenas estamos entrando ahora, en vísperas de iniciarse el último tercio del siglo XX. Pero voy a terminar empleando esa voz que he querido evitar. Lo que deseo es que haya una tradición de cultura en lengua castellana, una tradición que se prolongue fértilmente por muchos siglos. Podemos actuar sobre el futuro: alejarnos, hasta los siglos más remotos, la fría imagen de la posthistoria.



## *Homenaje a Dante*

Discurso pronunciado por D. Dámaso Alonso en el Paraninfo de la Universidad de Costa Rica, el 4 de noviembre de 1965.

Señor Embajador de Italia,

Señor Rector de la Universidad de Costa Rica,

Señoras y Señores:

De ningún modo podía negarme al ruego del señor Embajador de Italia, de que yo participara en este homenaje a Dante. Son muchas las razones que me obligaban a aceptar. Quiero, de la manera más breve y verídica, explicaros estas razones; unas son para mí casi de carácter nacional, y prueban que un español, dedicado a la literatura, tiene que sentir la máxima veneración, diríamos filial, por el hombre que, cada vez más, todos vemos como el símbolo y la más intensa condensación de la poesía de Italia; otras razones me tocan ya como crítico literario, y analizador de los estilos, pues fue en el estudio de Dante y de Petrarca donde con más claridad vi cuál debía ser la dirección para conseguir una Estilística moderna; otras, en fin, son de índole personalísima, diríamos íntima, y vienen de época mucho más antigua, puesto que están ligadas a la formación de mi carácter y de mi vocación literaria. Mudo o hablando, mi vida estará siempre en homenaje a Dante. Pero hoy es gran ocasión de expresar, en breves minutos, ese que en mí es homenaje continuo.

\*\*

La deuda de España para con la cultura, y, en especial, para con la poesía de Italia a la par madre y hermana, es enorme. La literatura española unas veces ha producido, ha creado generosamente: así en el teatro y en la novela (en el teatro como



inventora de la estilización dramática de miles de fábulas: es el increíblemente variegado paisaje de la comedia española del Siglo de Oro; y en la novela, de un modo aún más profundamente creativo, con la fórmula esencial de la novela realista —que iba a ser, en lo fundamental, la novela de los tiempos nuevos—, hallada por primera vez, en el mundo, en el *Lazarillo le Tormes*, y universalizada medio siglo más tarde en el *Quijote*).

Otras veces España ha recibido, ha recreado y desarrollado genialmente, conocimientos o técnicas que venían de fuera. Debe a muchas otras culturas. Pero seguramente la deuda mayor es con Italia. Voy a dejar ahora de lado ese bullir incesante, durante varios siglos del humanismo italiano, en el que están fermentando el pensamiento y el conocimiento que van a crear el mundo en que aún vivimos. Esto es asunto ya más propiamente universal, porque nunca se reconocerá bastante la deuda que el mundo moderno tiene con el humanismo italiano. Y yo quiero reducirme a España y a la poesía. Y cuando digo España, entiéndase todo el geográficamente inmenso mundo hispánico, porque todo, absolutamente todo lo que España recibió de Italia ha pasado a las naciones hispanoamericanas, y no hay poeta de nuestra lengua, ya escriba en Costa Rica, ya en Tejas o quizá en Nueva York, o ya cerca de la Patagonia, que no haya participado en este espléndido legado, transmitido por España, procedente de Italia.

Todo el mundo conoce la historia, que no voy a repetir en pormenor: en un día del año 1526, en la ciudad de Granada, tuvo lugar la conversación de Andrea Navagero con Boscán. Navagero le dijo a Boscán por qué no intentaba en castellano sonetos y otras trovas como las que usaban en Italia. Boscán se fue para su casa y comenzó a seguir su consejo. Garcilaso empezó también a practicar los modos italianos, y pronto no solo excedía a Boscán sino que a la larga le oscurecía del todo.

La forma italiana entraba ahora en España: el soneto, como lindo y exacto cofrecillo del sentimiento; los tercetos que parecen estimular el encadenamiento del concepto y de la emoción; las solemnes y rotundas octavas reales que pueden desplegar tantas y tan variadas maravillas; las estrofas de la canción petrarquesca, como cámaras o descansaderos de la amorosa nostalgia.

Pero lo más importante, lo esencial, del tesoro transmitido era el verso endecasílado. La poesía española anterior no tenía nada semejante a esta esbelta, a esta alada, ondulante, cambiante criatura de once sílabas unidas en una música fundamental.



Un siglo antes había habido en España algunos intentos de adaptación de ese verso, el dudoso deseo de Micer Francisco Imperial, poeta español aunque nacido en Italia, y el deliberado y evidente ensayo hecho por el Marqués de Santillana. Pero fueron intentos aislados y fracasados, sin consecuencias. La introducción de la musicalidad del verso italiano sí que prendió. ¿Y qué era ese verso que nos llegaba de Italia? Esta criatura, varias veces centenaria, siempre original, enormemente expresiva, es el instrumento que usaron los grandes poetas italianos de la Edad Media, Petrarca y en época más antigua Dante, y en los comienzos de Dante los poetas del *dolce stil novo*. No nos interesa ahora la cuestión de los orígenes de este verso ni sus posibles relaciones con otros tipos de versificación románica, lo que nos importa señalar es que ese prodigio de la expresión humana, el endecasílabo, camina ya hacia su perfección, alboreando con tímidos fulgores delicadísimos, en Guido Cavalcanti, en Lapso Gianni, amigos de Dante, y en los otros poetas del *dolce stil novo*, pero en Dante llega a alcanzar toda su capacidad expresiva. La poesía de Dante, por medio de su endecasílabo —criatura material (después de todo, sonido, fonemas), pero la más cercana de ser mero espíritu— unas veces nos hace nacer en el corazón toda la dulzura, todos los pensamientos más suaves y delicados, como la misma Beatrice, casi símbolo suyo,

Ogne dolcezza, ogne pensiero umile  
nasce nel core a chi parlar la sente . . .

Otras veces el endecasílabo de Dante, vibra tenso, subrayando el deseo incontenible en el ápice mismo del patético clímax:

La bocca mi baciò tutto tremante.

Otras veces enuncia con escueta precisión la terrible verdad escatológica:

Per me si va nella città dolente,  
Per me si va nell'eterno dolore,  
per me si va tra la perduta gente . . .

.....  
Lasciate ogni speranza voi ch'entrate.

En Dante el endecasílabo llega a su perfecto desarrollo y ya —gracias a ese maravilloso instrumento— los sonetos de Dante pueden temblar como sauces primaverales y virginales, y la *Divina Commedia*, inmensa roca de cristal, podrá alzarse sobre la nada, pensamiento centrado y horadador, alto paisaje que ilumina una luz cenital, blanca y parpadeante.



Más tarde Petrarca escribirá su dulce curso de psicología amorosa, haciéndolo fluir por un canalillo fino y exacto, de limpias ondas musicales, y con tal propiedad que cada onda refleja, perfecta, cada sentimiento.

El alto vuelo espiritual de Dante inspira a los poetas españoles que escriben a principios del siglo XV; su nombre parece presidir ese primer renacimiento poético español, coincidiendo con los primeros intentos fallidos de adaptación del endecasílabo a los que me refería antes.

Y no importa que durante nuestro Siglo de Oro sea Petrarca el poeta más estimado y seguido, y que en ese período sean escasas las huellas de Dante que se pueden señalar en la literatura española. Las formas de versificación italiana y ante todo el instrumento que las distingue, el endecasílabo, llevan dentro de sí grabado indeleblemente el nombre del gran creador que troqueló definitivamente la forma perfecta de este instrumento al mismo tiempo que la llenaba de espíritu.

Y en lengua española, si Garcilaso, en el siglo XVI canta:

Flérida para mí dulce y sabrosa  
 más que la fruta del cercado ajeno;  
 más blanca que la leche y más hermosa  
 que el prado por abril de flores lleno . . . ,

detrás de su voz está la sombra de Dante.

Y si Lope de Vega, en el siglo XVII, se lamenta,

Suelta mi manso, mayoral extraño . . . ,  
 que aun tienen sal las manos de su dueño

tras su verso está la sombra de Dante.

Y si casi en el umbral del siglo XX Rubén Darío nos anuncia

Yo soy aquel que ayer no más decía  
 el verso azul y la canción profana,  
 en cuya noche un ruiseñor había  
 que era alondra de luz por la mañana

detrás de su novedoso endecasílabo vuelve a estar la sombra de Dante.



Y si en esta ciudad de San José, o en cualquier otra ciudad del gran mundo hispánico, un joven poeta escribe en la noche sus primeros brotes de sentimiento en forma de un soneto, tras él se alza, presidiendo a esa obra, la figura de Dante. Este joven, poeta de hoy, querrá quizá deshacer esa servidumbre, querrá romper el ritmo, escribir libérrimo verso libre; cada vez que su verso se serene, se remanse, buscando armonía o dulzura, volverá casi seguramente al cobijo de la medida endecasilábica: y detrás de él, amparándole, excitándole a la invención y a la creación estará la gran altura marmórea de Dante Alighieri.

He aquí, pues, por qué en este acto, como representante (por muy modesto que sea) de la poesía en lengua española, no podía faltar mi calurosa adhesión.

Otras dos causas, ya de tipo personal, me forzaban también a ello. No hay tiempo para que os explique cómo la lectura de Dante y precisamente de la *Vita Nuova* fue, junto a la lectura de Petrarca, lo que más sirvió para aclararme mi concepto de estilo y de estilística.

Dejando, pues, ese tema, os hablaré de algo todavía más íntimo. Pero para ello tenemos que trasladarnos a España, a Madrid, y retroceder en el tiempo medio siglo.



El muchacho, casi un niño —entonces aspirante a matemático— que, por las avenidas del Retiro madrileño, sacó de su bolsillo *Le cento migliori liriche della lingua italiana*, pasó rápidamente algunas hojas, y —oh prodigiosa suerte— sus ojos fueron a posarse en seguida sobre un soneto. Aquel muchacho leía con alguna dificultad el italiano, y no tenía la menor idea de análisis estilístico... Aquel soneto...

Es un soneto en el que Dante, allá en los últimos finales del siglo XIII, vertió la dulzura producida por la contemplación de una mujer. El soneto dice así...

Pero la maldición babilónica nos obliga ahora a meter una falsilla al discurso; la falsilla será una modestísima traducción que no pretende sino ser suficientemente fiel y volver en castellano el contenido del italiano, verso a verso:



Tan gentil, tan honesta, en su pasar,  
 es mi dama, cuando ella a alguien saluda,  
 que toda lengua tiembla y queda muda  
 y los ojos no la osan contemplar.

Ella se aleja, oyéndose alabar,  
 benignamente de humildad vestida,  
 y parece que sea cosa venida  
 un milagro del cielo acá a mostrar.

Muestra un agrado tal a quien la mira  
 que al pecho, por los ojos, da un dulzor.  
 que no puede entender quien no lo prueba.

Parece de sus labios que se mueva  
 un espíritu suave, todo amor,  
 que al alma va diciéndole: suspira.

Ahora necesitamos leer el soneto original:

Tanto gentile e tanto onesta pare  
 la donna mia quando ella altrui saluta,  
 ch'onge lingua deven tremando muta,  
 e li occhi non l'ardiscon di guardare.

Ella si va, sentendosi laudare,  
 benignamente d'umiltâ vestuta  
 e par che sia una cosa venuta  
 di cielo in terra a miracol mostrare.

Mostrasi si piacente a chi la mira,  
 che da per li occhi una dolcezza al core  
 che'ntender non la può chi non la prova,

e par che de la sua labbia si mova  
 un spirito soave pien d'amore  
 che va dicendo a l'anima: sospira.

Ningún ejemplo como éste para comprender la variada magia del endecasílabo. El lector, al avanzar por sus catorce versos, va pasando como por catorce cámaras diferentes, y cada una le reserva una delicia. Son catorce criaturas individuales, peculiares, por sí y por su mutua relación. Ese verso primero que en sus dos adjetivos (*gentile*, *onesta*) parece resumir ya inicialmente todo el sentido del soneto, y que, de modo preciso, realza los dos adjetivos por medio de los acentos de 4ª y 8ª sílaba:



Tanto gentíle e tanto anésta pare . . .

O esas once sílabas del verso tercero:

ch'ogne lingua deven tremando muta . . . ,

de un avanzar tan ligado como trémulo. O ese prodigioso verso quinto (casi todo *eses* y *eles*),

ella si va, sentendosi laudare,

que parece que también él dulcemente se aleja. ¿O cuándo el candor humano tuvo una transparencia como la de este tierno verso sexto:

benignamente d'umiltá vestuta?

¿Y cómo no gozar la rápida precisión intelectual del verso décimo, con su final ternura,

che da per li occhi una dolcezza al core,

contemplada por el emocionado testimonio del verso undécimo

che'ntender non la puó chi non la prova,

verso que sentimos, con su pausa final, como un gozne en la estructura del soneto? Nadie se habrá podido negar nunca al encanto del verso decimotercero, todo él espirituales levedades de pluma,

un spirito soave pien d'amore . . .

¿Y quién, quién habrá insensible a la ternura del verso final,

che va diciendo a l'anima: sospira?

Cincuenta años hace que este soneto de Dante es un compañero en la vida de aquel muchacho que lo leyó por primera vez una mañana de primavera, paseando por las arboledas del Retiro madrileño. Ese soneto, como un ángel tutelar, ha acompañado su vida, en sus momentos malos y buenos, en Europa o en América, en su ciudad natal, Madrid o ahora en esta breve permanencia en la bellísima tierra de Costa Rica. Para aquel muchacho, hoy ya viejo y cansado, aquel soneto ha sido una presencia permanente, un ángel bueno para refrenarle en esa hora que nos empujaría a la maldad. Si ese hombre alguna vez ha mirado hacia lo mejor, a ese soneto se lo atribuye. Si no se ha secado en su alma la ingenuidad, si algo le queda del niño, a ese soneto creería que se lo debe.

Y tengo la certeza —quiero decir aquel hombre, aquel antiguo muchacho tiene la certeza— de no estar solo. Somos miles



y miles de hombres los que hemos pasado por ese soneto y que hemos recibido, por él, un empujón hacia la altura. Eterna Beatrice, eterna meta ideal, amada de tantos, desde la profundidad de las edades. Y el espíritu suave y lleno de amor, que de ella emana, siglo tras siglo, va diciendo al alma del hombre: *suspira*.

El muchacho, el lector de aquella mañana de primavera, seguramente que no pudo distinguir mucho entre las intuiciones que le ofrecía cada uno de los versos del soneto. Lo que intuyó, lo que recibió fue una imagen simplísima y única. En el alma está: no ha cambiado. El hombre, viejo, cansado y desilusionado, tiene aún en las entrañas del alma esta cámara intacta, de candor, de ilusión eterna. La misma que se abrió aquel día en el alma del adolescente.

Después, el hombre leyó este soneto de la *Vita Nuova* a la cual pertenece; leyó la bellísima explicación en prosa, por el mismo Dante, que allí le rodea; leyó otros comentarios y análisis a este soneto, y estudió los problemas del *dolce stil novo*, y el concepto de la mujer que de él procede. La ciencia —el asomarse a la ciencia— no le cambia la imagen primera surgida de la lectura del soneto. Y leyó el enorme poema de Dante, la *Divina Commedia*, y por encima de su infinita variedad, todo se le fue a centrar otra vez en luz blanca: era como si la imagen primera, la del soneto, ascendiera ahora, milagrosa, blanca, encendida, en una luz cenital, intensísima, ondeante. Beatrice, representante del más alto anhelo del espiritual amor humano o Beatrice teológica, todo es lo mismo, su imagen es la misma.

Es inefable; es una imagen inefable, cuya sensación, cuya sombra, cuyo accidente, solo los podría expresar por imágenes exteriores: es un ámbito —el alma sabe que es un ámbito milagroso—, es una luz blanca. Allí crece todo lo que en el mundo es delgado y blanco, tallos, tallos altos, apenas flexibles en luz blanca. Y todo es una forma femenina. Suspira el corazón. Esta imagen está traspasada de aire, y el corazón suspira.

Quizá todo se podía haber dicho de un modo más sencillo: aquel adolescente, en aquella mañana primaveral, se enamoró de Beatrice, para toda su vida, para toda su vida.

Como representante, aunque modesto, de la literatura y la poesía en lengua española, y como representante, modesto también, de millones de enamorados de Beatrice, me uno de todo corazón a este homenaje a Dante en el VII centenario de su nacimiento.



## ***Dámaso Alonso, Doctor "Honoris Causa" de la Universidad de Costa Rica***

A solicitud unánime del Departamento de Filología, ratificada también unánimemente por el Consejo Directivo de la Facultad de Ciencias y Letras, el Consejo Universitario de la Universidad de Costa Rica le confirió el Doctorado "honoris causa" a don Dámaso Alonso, en la sesión del 30 de noviembre de 1965.

En la Asamblea Universitaria del 3 de mayo de 1966 el Consejo acordó entregar al señor Alonso el diploma tan excepcionalmente otorgado. Como don Dámaso no podía venir en aquel momento, desde Madrid, a recibirlo, le pidió a don Juan Trejos, Secretario de la Academia Costarricense de la Lengua, que lo representara.

En un acto sencillo pero emocionante don Juan Trejos recibió el diploma y leyó el discurso de agradecimiento que don Dámaso Alonso le había mandado, igualmente sencillo, íntimo y lleno de auténtica emoción, el que trascribimos inmediatamente:

### **PALABRAS DE AGRADECIMIENTO PARA EL DOCTORADO "HONORIS CAUSA" POR LA UNIVERSIDAD DE COSTA RICA**

La vida, tan dura, árida, trabajosa, le depara a uno, a veces, algún oasis de felicidad. Costa Rica fue durante tres meses, a fines de este pasado año de 1965, mi oasis.

La naturaleza tiene las más distintas formas de belleza. Todos hemos repetido el famoso verso: "Per troppo variar Natura e bella". Nada más distinto y en cierto modo contrario que la belleza de mi Castilla y la de Costa Rica. La belleza de mi tierra es hosca, adusta. La de Costa Rica es acogedora y halagadora de nuestros sentidos. Recuerdo las clases en la Facultad de Ciencias y Letras: quizá yo estaba explicando a Garcilaso: por los grandes ventanales entraba en mansas oleadas un Garcilaso físico (porque lo intuían los ojos y lo sentía la piel): un efluvio ininterrumpido de aquellas praderías, de aquella vegetación de la Ciudad Universitaria: la imagen perfecta de la belleza que el poeta toledano quiso describir y condensar en sus versos. Luego, al anochecer, algunos días especialmente afortunados, me subía a la terraza del edificio. Ya la exquisita sensibilidad de Arturo Agüero me había prevenido: "Son muy bellos los celajes de San José", me había



dicho. Pero ni aun así me hubiera imaginado los gozos de esas fiestas crepusculares: mirando hacia el Pacífico, todo el cielo, al ir a ponerse el sol, es una sucesión variadísima de nubes, ya enormes y densas con grandes cuerpos plumizos, ya enrojecidos en mil matices, ya candentes, traspasadas, como esencia pura de la luminosidad, ofrendándose ante la noche inminente. Los ojos no se sacian, y descubren inagotables delicias. No he visto belleza mayor: qué turismo celestial.

Otro oasis fue el de la amistad. Un hombre desgastado y cansado por el áspero roce del vivir ibérico, encontró entre vosotros amigos, ya inolvidables, que tuvieron con él halagos y atenciones a cada hora de su estancia en vuestro país. Pero fue oasis para mí, no ya la amistad individual, sino todo el fondo de la cultura social costarricense. ¡Cuántas veces se da ese paralelismo entre las formas de la Naturaleza y las de la Cultura! Así para mí entre vosotros, fue puerto y nido, tanto lo material como lo espiritual.

Y hay una parte de vuestra cultura que —cómo no— era motivo de mi curiosidad muy especialmente. Me refiero a la cultura científica. Yo soy testigo asombrado y emocionado de todos los esfuerzos de vuestro pueblo para un constante mejoramiento de la enseñanza, y de todos vuestros éxitos en ese sentido. La magnífica Ciudad Universitaria, siempre creciente, es la culminación de ese anhelo. Ha sido para mí un honor el haber enseñado en ella. En los cursos que dí para estudiantes, en los dedicados para profesores de segunda enseñanza, encontré siempre la más interesada atención y aun la colaboración activa.

Estoy enumerando todo lo que debo a Costa Rica. No puedo olvidar algo que creo importante en mi vida: ahí he recibido una primera iniciación en arqueología precolombina, y a través de ella, una comprensión, que antes no tenía, de la cultura de los antiguos pueblos indios, de su refinado sentido del arte, de la fantasía de sus mentes, de su realismo y aun de su humor. ¡Quién tuviera treinta años menos para poder seguir avanzando por esa senda!

¡Debo tanto a mis tres meses en Costa Rica! Tanto, que sólo lo podría pagar convirtiendo lo que me reste de vida en puro agradecimiento.

Y ahora, para mayor bondad, y para que yo, al lado de español, me tenga que sentir tico de corazón mientras viva, vertéis sobre mí la dádiva generosa y excesiva para mis trabajos, de este Doctorado *honoris causa*. En la vida hay ocasiones en que la admiración sólo se puede expresar con el silencio. Y hay otras —como la presente— en que todo el agradecimiento que llena un alma sólo se puede expresar diciendo una sola palabra, tan sencilla como condensadora: gracias, muchas gracias.



## *Caminos hasta una amistad*

Un día otoñal de 1946, en Miami, no me acuerdo cómo llegó a mis manos aquel novedoso conjunto de poemas; pero no podré olvidar que merced a ellos tuve mi primer encuentro con su autor, con el alma de su autor, cuyo nombre ya conocía como el de un gran poeta que, junto con otros (Federico García, Rafael Alberti, Gerardo Diego, Vicente Aleixandre, Jorge Guillén...), había reivindicado el prestigio de Góngora.

Ahora sí tenía en mis manos un poemario completo de Dámaso Alonso, y en el tibio reposo de aquella noche (la intimidad serena de la noche para un "diario íntimo") me dediqué a leer aquellos *Hijos de la ira*, desde "Insomnio" (para estremecerme en la vigilia) hasta "Dedicatoria final", o poema glorioso de "Las alas" (para sentirme confiado, al fin, y dispuesto a conciliar el sueño).

Sí, con palpitante abandono me fui sumiendo en aquella patética, lapidaria y angustiada poesía que, sin embargo, conservaba el temple "de un metal que irradia la ternura" y dejaba, de trecho en trecho —¡oh bendita solera de la fe!—, resquicios para mirar hacia la luz y los espacios. Ruinas, atrapado en las ruinas; pero a través de las grietas, la luz; y los ojos prisioneros podían mirar el cielo.

El título de la obra insinuaba que los poemas tenían unidad, y por eso traté de leerlos de una sola vez y por su orden. E hice bien, porque había en ellos la misma sensibilidad, estremecida; la perenne tensión o hipertensión emotiva; la reiterada interrogación a Dios, "su" Dios; y, en fin, el mismo estilo. Todo en torno de una tremenda situación histórica. Un hombre que se debatía, con angustia, en un mundo que se pudre, se desintegra. Unidad, unidad en la armónica desarmonía. Cadáveres —muertos y vivos—, podredumbre, miseria, odio, envidia, injusticia...; pero ¡siempre Dios!, el Dios de la misericordia, del amor y la esperanza, para interrogarlo. Clamor sin estridencias, a veces con esas voces llamadas "antipoéticas", pero en estos poemas necesariamente poéticas; estremecimientos, más con sosiegos periódicos; amargura, pero con humana dulcedumbre; tinieblas, con destellos intermitentes; desolación, pero con dos amores: madre y esposa. Y otro



más aún: Dios, quien le dice, ¡al fin!: “abre las alas”. Y así se percata de tenerlas, “fuertes, inmensas, de inmortal blancura”:

“Oh vosotras las dos mujeres de mi vida,  
seguidme dando siempre vuestro amor,  
seguidme sosteniendo,  
para que no me caiga,  
para que no me hunda en la noche,  
para que no me manche,  
para que tenga el valor que me falta para seguir viviendo . . .”

Cuando llegué a este iluminado y alado final, yo también sentía dos alas, como el poeta, para volar de nuevo (¡hacia tanto tiempo que las tenía marchitas!) más allá de las miserias, la injusticia, la incompreensión y los malos recuerdos; por encima de Caín.

Aquella noche de 1946, en Miami, por primera vez lejos de la patria, no estuve solo en el hastío, en el amargo resentimiento, en aquella especie de limbo espiritual: a mí también,

“Oh portento, bajo los hombros se me abrían dos alas,  
fuertes, inmensas, de inmortal blancura”.

Tal fue mi primer contacto con ese poeta excepcional, de humanísima poesía; de intensa, íntima, estremecida y acendrada poesía. ¿Deshumanizado el arte? Ortega debió de reconocer que ahora la poesía española se tornaba profundamente humana con Dámaso Alonso. Del hombre parte y al hombre vuelve su poesía; hombre real, palpable, intensamente vital, protagonista de un drama desconcertante como es el de nuestro tiempo. Y el poeta, sumido en él viviéndolo, padeciéndolo, en conflicto, contagiado, sin claros portillos para evadirse, grita entonces, protesta, y de ahí el asco, el gemido, la furia, la interrogación, la imprecación, los momentos de sombría desesperanza. Pero en este infierno, ¿se habrán perdido, o se habrán trocado acaso los valores humanos? ¿Cabría decir con el poeta florentino, tan amado por Dámaso Alonso, *lasciate ogni speranza*? No: en “La Injusticia” (poema segundo, que no aparece en la primera edición), que también ha llegado a herir al poeta, éste la afronta con denuedo y entereza, diciéndole después de increparla:

“Podrás herir la carne  
y aun retorcer el alma como un trapo;  
no apagarás la brasa del gran amor que fulge  
dentro del corazón,  
bestia maldita”.



Y no, ciertamente, porque dos amores —ya no solo una Beatriz— le hacen creer en los valores humanos y divinos.

Algunas tardes, al terminar mis lecciones, acostumbraba a sentarme frente a la bahía, en un banco del Bayfront Park, a contemplar el mar y las embarcaciones, o a leer alguna cosa. Entonces releí con más cuidado *Hijos de la Ira*, poema de flagrante actualidad. Acababa de terminar la Guerra y se veían por todas partes las cicatrices, morales y físicas; sobre todo los amargos estragos del alma. Triunfo con amargura. Si hasta el azúcar estaba racionado todavía en el gran país de los vencedores. ¿Qué decir del paladar moral? Y cuántos, cuántos había sin las “dos alas” del poeta, sus dos amores. Cuántos que no podían exclamar como él:

“Seguidme dando siempre vuestro amor,  
seguidme sosteniendo,  
para que no me caiga,  
para que no me hunda en la noche . . .”

Creo que ni siquiera muchos, en aquel momento de la postguerra, estarían con el alma dispuesta a decirles a sus muertos:

“Oh! ¡No sois profundidad de horror y sueño,  
muertos diáfanos, muertos nítidos,  
muertos inmortales,  
cristalizadas permanencias  
de una gloriosa materia diamantina!”

Porque, aunque como el poeta de Madrid estaban inmersos con angustia en las mismas realidades históricas, actores y participantes del drama, les faltaba siquiera el ánimo de aullar, imprecar, interrogar, solicitar, y menos tener siquiera un hilo de esperanza y de fe.

Aquellos poemas fueron los primeros de Dámaso que leí. Más tarde, ya en Costa Rica, leí otros: algunos de su juventud, en los cuales ya se vislumbraba el extraordinario poeta de la generación del 27. Estos *Poemas puros. Poemillas de la ciudad* manifestaban los gérmenes promisorios de la gran poesía posterior que yo había leído ya en *Hijos de la Ira* y que leería en otras obras. Eran como jalones de fina sensibilidad, sinceras vivencias, inquietud interrogativa y todo, en fin, cuanto habría de llegar al dramatismo posterior del originalísimo poeta. Claro que aún no había dolor, ni tragedia, y por eso aquella ternura, la alegría, los ensueños, la confianza en lo porvenir, que son atributos de la sana



adolescencia. Pero lo dicho: se perfilaban ya los elementos poéticos de otras obras mayores: *Oscura Noticia*, *Hijos de la Ira*, *Hombre y Dios*.

\*\*  
\*

Hasta el momento sólo había conocido al Dámaso poeta, no al erudito de la literatura, la filología y la lingüística. Tenía noticias, sin embargo, de su profesorado en Madrid y en el extranjero, de su enorme cultura y erudición en este otro campo. Me faltaba conocer al maestro de la literatura y la filología que ya era, y al eminente ensayista. Pero he aquí que un día logro dar con *La lengua poética de Góngora*, segunda edición. Era ya el año de 1953. Y así comencé a conocer al fino y penetrante ensayista literario y especialista sin par sobre la poesía de Góngora.

Por estas mismas fechas, al iniciar sus ediciones la Editorial Gredos, compré las *Seis calas en la expresión literaria española* (en colaboración con C. Bousoño), *Poetas españoles contemporáneos* y el maravilloso libro *Poesía Española. Ensayo de métodos y límites estilísticos*. El primer libro me comenzó a despejar la visión todavía confusa de aquella cosa nueva que se llamaba —y continúa llamándose— Estilística. Las *Seis calas* era el certero rayo de luz para el examen y valoración de la obra literaria, criatura a veces tan compleja en su unidad. Pero el tercero citado, *Poesía Española*, no sólo me iluminó todo el problema, sino que me conquistó por completo. Si el poeta ya me había conquistado, ahora lo había logrado el filólogo, el erudito insigne de la lengua en todos sus aspectos y manifestaciones.

Sus procedimientos de análisis, tan finos y penetrantes, no eran ciertamente remedados, sino el producto de una larga experiencia propia, y dados al lector en esta obra con una sencillez cautivadora, sin ufanía, sin nebulosidades y con los tecnicismos apenas necesarios, indispensables. Y cosa novedosa, acaso paradójica: deseaba mostrar “que no existe una técnica estilística”, porque se debe partir —aquí se aclara la paradoja— de la intuición con el objeto de apoderarse de la obra en toda su “unicidad” para ir calando en ella, para descubrir cuanto se pueda conforme lo permita lo investigable.

Parte D. Dámaso en esta obra del “signo” lingüístico de Saussure, mejorando, completando, totalizando el concepto plano y simple del sabio ginebrino. Porque tomar como punto de partida tal concepto del signo, tal concepto de “significado” y “significante” para estudiar, analizar, apreciar una obra literaria, hubiera sido estéril, pobre, limitadísimo. Y sin negar que las nuevas perspectivas de Saussure llenaron de gran contenido a la lingüística de nuestro



siglo, y reconociendo sus geniales hallazgos, el maestro madrileño hace ver que no "operaba en la boscosa hondura de la realidad idiomática, sino sobre la apariencia de un solo corte plano" del idioma. Para Saussure los significantes no son más que simples trasmisores de conceptos; para D. Dámaso lo son mucho más aún: "delicados complejos funcionales", pues un significante, una imagen acústica, surge "en el hablante de una carga psíquica de tipo complejo, formada generalmente por un concepto (en algunos casos por varios conceptos; en determinadas condiciones, por ninguno) por súbitas querencias, por oscuras, profundas sinestesias..." Y siendo complejo el significante, lo tiene que ser también el significado. Así, pues, un significado es siempre complejo, como lo es igualmente el significante. De modo, pues, que dentro de un significado hay diversos "significados parciales" y dentro de un significante varios "significantes parciales". Por consiguiente, el signo lingüístico, suma y unión de ambos elementos, es algo complejo que, hasta ciertos límites, puede analizarse.

Pero hay todavía otro desacuerdo entre D. Dámaso y Saussure: para éste el signo es arbitrario, para aquél no lo es. Afirma y prueba el señor Alonso que siempre hay una vinculación motivada en él, sobre todo cuando se trata de poesía.

Toda esta teoría se explica y se ilustra con clarísimos ejemplos en el libro; ejemplos no solo del habla poética, sino aun de la común y coloquial, viva, de todos los días, para llegar al concepto de "forma", con sus dos perspectivas: "forma exterior" y "forma interior". Y preparado así, tan nítidamente con estos conceptos, el lector continúa como de la mano hacia el conocimiento de la obra poética: primer conocimiento *el del lector*, intuitivo; segundo conocimiento el de la obra, por el crítico. ¡Cuántos, cuántos deseáramos llegar a esa intuición reveladora y ese afinado, penetrante conocimiento crítico, analítico, del maestro! Pero con él de guía, maravillados, vamos observando, admirando y saboreando las bellezas del "complejo de complejos" que constituye una obra poética, penetrando en la *Egloga 3ª* de Garcilaso para ver, admirar sorprendidos, los elementos parciales de belleza, de auténtica poesía que la integran: orden de las palabras, rima, ritmo, vocales y consonantes, encabalgamientos y, en fin, cuanto allí posee valor estilístico. Después Fray Luis, visto de otra manera, y más adelante el mismo poeta de las *Odas*, invirtiendo el camino, cambiando el punto de partida, para sorprender así los secretos de su arte. Luego el alado e inefable San Juan de la Cruz, también examinado con distinta perspectiva... Deleitoso pasar de uno a otro poeta: Garcilaso, Fray Luis, San Juan de la Cruz, Góngora, Lope, Quevedo. ¡Qué lecciones tan claras, emotivas y deleitosas! ¡Qué profunda y vasta sabiduría en la sencillez



siglo, y reconociendo sus geniales hallazgos, el maestro madrileño hace ver que no “operaba en la boscosa hondura de la realidad idiomática, sino sobre la apariencia de un solo corte plano” del idioma. Para Saussure los significantes no son más que simples transmisores de conceptos; para D. Dámaso lo son mucho más aún: “delicados complejos funcionales”, pues un significante, una imagen acústica, surge “en el hablante de una carga psíquica de tipo complejo, formada generalmente por un concepto (en algunos casos por varios conceptos; en determinadas condiciones, por ninguno) por súbitas querencias, por oscuras, profundas sinestias...” Y siendo complejo el significante, lo tiene que ser también el significado. Así, pues, un significado es siempre complejo, como lo es igualmente el significante. De modo, pues, que dentro de un significado hay diversos “significados parciales” y dentro de un significante varios “significantes parciales”. Por consiguiente, el signo lingüístico, suma y unión de ambos elementos, es algo complejo que, hasta ciertos límites, puede analizarse.

Pero hay todavía otro desacuerdo entre D. Dámaso y Saussure: para éste el signo es arbitrario, para aquél no lo es. Afirma y prueba el señor Alonso que siempre hay una vinculación motivada en él, sobre todo cuando se trata de poesía.

Toda esta teoría se explica y se ilustra con clarísimos ejemplos en el libro; ejemplos no solo del habla poética, sino aun de la común y coloquial, viva, de todos los días, para llegar al concepto de “forma”, con sus dos perspectivas: “forma exterior” y “forma interior”. Y preparado así, tan nítidamente con estos conceptos, el lector continúa como de la mano hacia el conocimiento de la obra poética: primer conocimiento *el del lector*, intuitivo; segundo conocimiento el de la obra, por el crítico. ¡Cuántos, cuántos desearíamos llegar a esa intuición reveladora y ese afinado, penetrante conocimiento crítico, analítico, del maestro! Pero con él de guía, maravillados, vamos observando, admirando y saboreando las bellezas del “complejo de complejos” que constituye una obra poética, penetrando en la *Egloga 3ª* de Garcilaso para ver, admirar sorprendidos, los elementos parciales de belleza, de auténtica poesía que la integran: orden de las palabras, rima, ritmo, vocales y consonantes, encabalgamientos y, en fin, cuanto allí posee valor estilístico. Después Fray Luis, visto de otra manera, y más adelante el mismo poeta de las *Odas*, invirtiendo el camino, cambiando el punto de partida, para sorprender así los secretos de su arte. Luego el alado e inefable San Juan de la Cruz, también examinado con distinta perspectiva... Deleitoso pasar de uno a otro poeta: Garcilaso, Fray Luis, San Juan de la Cruz, Góngora, Lope, Quevedo. ¡Qué lecciones tan claras, emotivas y deleitosas! ¡Qué profunda y vasta sabiduría en la sencillez



del maestro y cuánta poesía en sus palabras. Temblor de espíritu en su convincente discurso. Entonces comprendí por qué de sus teorías había surgido el fresco manantial de la *nueva estilística*, escuela que ha conquistado tantos adeptos y originado tantos estudios e investigaciones excelentes.



En 1956 volé por primera vez a España. El II Congreso de Academias de la Lengua, esta vez en Madrid, empezaría el 22 de abril y yo era uno de los tres delegados costarricenses. En el pecho me bullía la emoción porque al fin conocería el viejo, el constantemente soñado solar de nuestra procedencia hispánica y también a sus hombres ilustres en el campo de mis aficiones, ahora personalmente. Y entre ellos, desde luego, a Dámaso Alonso.

Llegó el domingo 22 de abril. Acudimos los académicos a la primera sesión preparatoria de aquel día. Saludos y presentaciones en el vestíbulo del austero palacio de la Real Academia. En una de mis crónicas referentes a aquel Congreso escribí: "Ciertas presentaciones son antesala de amistad y relaciones provechosas". Pero no lo dije todavía pensando en D. Dámaso, pues aunque alguien me lo presentó en aquella oportunidad, las palabras que nos cruzamos fueron solamente las habituales de cualquier presentación. Mas lo seguí viendo en las sesiones y le oí leer su interesante ponencia, que algunos consideraron pesimista frente al futuro de nuestra lengua, porque hacía ver los peligros de una posible fragmentación. La franqueza y buen juicio iniciales de su discurso, al decir que la Real Academia tenía que sacudir su casaca dieciochesca, o arrumbarla, me revelaron que D. Dámaso, también como académico, es decir, como conocedor del idioma, estaba cabalmente al día en los adelantos de la lingüística. Decía para comenzar que "nuestro lema puede resultar equivocado: *Limpia, fija y da esplendor*. Y preguntaba: "¿Qué esplendor? Señores, no se trata de esplendor alguno, sino de evitar que dentro de pocas generaciones los hispanohablantes no se puedan entender los unos a los otros. El problema que tenemos por delante no es el de dar "esplendor", sino impedir que nuestra lengua se nos haga pedazos". Luego señalaba las partes en que podría producirse la escisión, las grietas ya existentes (fonética, gramática, léxico, semántica), aquí y allá, en el vasto mundo hispánico, e indicaba que "el principio de la quiebra está ahí, y bastan condiciones históricas favorables para que se ahonde, y abra". Y por último, el remedio; acertaba también el ponente en su receta preventiva: reconocer, dar por buenas, por legítimas las diferencias idiomáticas existentes hasta el momento entre los países de lengua española, pero cuando se hayan arraigado en los



del maestro y cuánta poesía en sus palabras. Temblor de espíritu en su convincente discurso. Entonces comprendí por qué de sus teorías había surgido el fresco manantial de la *nueva estilística*, escuela que ha conquistado tantos adeptos y originado tantos estudios e investigaciones excelentes.

\*\*  
\*

En 1956 volé por primera vez a España. El II Congreso de Academias de la Lengua, esta vez en Madrid, empezaría el 22 de abril y yo era uno de los tres delegados costarricenses. En el pecho me bullía la emoción porque al fin conocería el viejo, el constantemente soñado solar de nuestra procedencia hispánica y también a sus hombres ilustres en el campo de mis aficiones, ahora personalmente. Y entre ellos, desde luego, a Dámaso Alonso.

Llegó el domingo 22 de abril. Acudimos los académicos a la primera sesión preparatoria de aquel día. Saludos y presentaciones en el vestíbulo del austero palacio de la Real Academia. En una de mis crónicas referentes a aquel Congreso escribí: "Ciertas presentaciones son antesala de amistad y relaciones provechosas". Pero no lo dije todavía pensando en D. Dámaso, pues aunque alguien me lo presentó en aquella oportunidad, las palabras que nos cruzamos fueron solamente las habituales de cualquier presentación. Mas lo seguí viendo en las sesiones y le oí leer su interesante ponencia, que algunos consideraron pesimista frente al futuro de nuestra lengua, porque hacía ver los peligros de una posible fragmentación. La franqueza y buen juicio iniciales de su discurso, al decir que la Real Academia tenía que sacudir su casaca dieciochesca, o arrumbarla, me revelaron que D. Dámaso, también como académico, es decir, como conocedor del idioma, estaba cabalmente al día en los adelantos de la lingüística. Decía para comenzar que "nuestro lema puede resultar equivocado: *Limpia, fija y da esplendor*. Y preguntaba: "¿Qué esplendor? Señores, no se trata de esplendor alguno, sino de evitar que dentro de pocas generaciones los hispanohablantes no se puedan entender los unos a los otros. El problema que tenemos por delante no es el de dar "esplendor", sino impedir que nuestra lengua se nos haga pedazos". Luego señalaba las partes en que podría producirse la escisión, las grietas ya existentes (fonética, gramática, léxico, semántica), aquí y allá, en el vasto mundo hispánico, e indicaba que "el principio de la quiebra está ahí, y bastan condiciones históricas favorables para que se ahonde, y abra". Y por último, el remedio; acertaba también el ponente en su receta preventiva: reconocer, dar por buenas, por legítimas las diferencias idiomáticas existentes hasta el momento entre los países de lengua española, pero cuando se hayan arraigado en los



medios cultos. Más adelante, cuando llegue la oportunidad, indicaré cómo conserva lo sustancial de su remedio y de qué modo lo completa.

Aproveché mi estada en Madrid para visitar las principales librerías, con el fin de adquirir libros que necesitara. Entre los que obtuve recuerdo: *La poesía de San Juan de la Cruz*, *Estudios y Ensayos gongorinos*, *La primitiva épica francesa a la luz de una "Nota Emilianense"* y *Problemas y Métodos de la Lingüística* (traducción excelente de la obra de W. von Wartburg). En mis maletas vinieron San Juan y Góngora, examinados con la fidelísima lupa de D. Dámaso, y explicados con su peculiar emoción, claridad y sabiduría.

Gredos continuó editando la ya famosa "Biblioteca Románica Hispánica", dirigida por D. Dámaso, cuyas novedades yo adquiría en cuanto llegaban a nuestras librerías, pues eran como pan caliente para mí. Así obtuve obras de mi futuro y entrañable amigo: *De los siglos oscuros al de Oro*, *Estudios y ensayos gongorinos*, *Dos poetas del siglo de Oro*, *Góngora y el Polifemo* (otra colección de Gredos), etc. Y también las publicadas por otras editoriales, como *Primavera Temprana de la literatura europea*. En esta forma seguí en la grata compañía de su autor, nutriéndome de sus jugosos manjares literarios y científicos.

Góngora, el "difícil", "oscuro" Góngora de las *Soledades* y *Polifemo*, se me aclaró ya por completo, merced a la certera luz de unos ojos clarividentes, los de D. Dámaso. A los de su generación, como se sabe, hay que agradecerles mucho la revaloración del insigne poeta cordobés; pero a D. Dámaso mucho más, porque se dedicó apasionadamente a poner en claro la "clara" poesía de Góngora. Fue necesario que otro gran poeta de nuestro siglo hiciera comprender que no se debe confundir lo difícil con lo oscuro. No es lógico, aunque dispensable, que présbitas y miopes nieguen la claridad, y que los ciegos afirmen que sólo existen las tinieblas. Limitaciones visuales, dificultad para ver la luminosidad en la "difícil" poesía gongorina fue lo que hubo hasta este siglo, ya bien avanzado, pero un grupo generoso de jóvenes poetas se levanta, no contra la "oscuridad" censurada, sino contra la verdadera oscuridad de la crítica secular. Y entre ellos se destaca un lazarillo, un guía certero, de pupila efficacísima, eficientísima, para que se pudieran ver con ella claridades y bellezas de las *Soledades* y *Polifemo*. Fue necesario esperar mucho, pero al fin la poesía de Góngora tuvo la caricia extremada, penetrante y escudriñadora de un hombre como D. Dámaso, poeta de fina sensibilidad, clara intuición, despejadísima visión intelectual y excepcional sabiduría filológica para revelar al fin todos los valores



de aquel sistema poético. ¿Habrá todavía “críticos” miopes que, “De error en error, de daño en daño”, disminuyan o nieguen el valor de tan cimera poesía, diciendo que es difícilísima, impenetrable, oscura, incomprensible, de floja trama y enmarañada, sin asunto? Quizá.

\*\*  
\*

En Bogotá, donde se celebró el III Congreso de Academia de la Lengua, en 1960, creí encontrar de nuevo a Dámaso Alonso, pero fue vana mi esperanza. El informe de la Comisión Organizadora que nos fue suministrado a los congresistas anotaba: “Singularmente le harán falta al Congreso el Director de la Real Academia Española, don Ramón Méndez Pidal, acerca del cual no es preciso insistir para el elogio de su sabiluría; don Gregorio Marañón, fallecido hace poco tiempo en Madrid, cuando acababa de manifestar su propósito de tomar parte en esta asamblea; don Pedro Laín Entralgo, servidor diligentísimo de la Asociación de Academias y don Dámaso Alonso, expositor de claras doctrinas, en cuya pluma todos reconocemos una fuente inexhausta de estilo y armonía”. Claro está que llegaban personas de mi afecto y aprecio en la Delegación española: Gerardo Diego, Rafael Lapesa, Calvo Sotelo, García Gómez; pero yo esperaba encontrarme allí con Dámaso Alonso, admirado y querido, no sólo para conocerlo mejor personalmente, sino para proponerle que viniese a enseñar Filología Romántica a Costa Rica. La enseñanza de esta materia se inauguraría el año próximo (1961) en la Facultad de Ciencias y Letras, y yo deseaba que se iniciara muy bien, a cargo de un filólogo eminente y de Europa. Entre otros, había pensado en Dámaso Alonso, con la confianza —quizá demasiado optimista para algunos— de que aceptaría venir a enseñar aquí tan señera figura. Pero, en aquel momento, mi gozo en el pozo; mi esperanza, no fallida, sino aplazada, porque yo sabía que tarde o temprano vería de nuevo al excelente maestro. Si había esperado cuatro años, desde 1956, ¿qué más daba esperar un poco más? Entonces fue un destacado profesor de la Sorbona, Pierre Fouché, quien vino a inaugurar la enseñanza de la Filología Romántica y la Lingüística General en nuestro Departamento de Filología (1961) y las siguió enseñando (1962) otro eminente filólogo: Arnaldo Steiger. Estos dos eruditos amigos robustecieron ambos campos, los abonaron magistralmente e iluminaron los senderos que debían seguirse. Pero aún quedaba sin fecundación el área de la tan llevada y traída Estilística. Entonces, ¿cómo no seguir pensando en Dámaso Alonso? Era necesario esperar con esperanza.

Mas la espera no fue larga, porque tuve la dicha de volver a encontrarme con él en 1963. Este año hubo en Madrid un Con-



greso, el I Congreso de Instituciones Hispánicas, entre cuyos temas figuraba uno de carácter filológico y lingüístico: "Presente y futuro del Idioma Español". En aquella ocasión nos reunimos cerca de 150 miembros, pertenecientes a 29 países, y todos coincidimos en que dos figuras eminentísimas de España presidieran, uno como Presidente honorario y otro como Presidente efectivo: D. Ramón Menéndez Pidal y D. Dámaso Alonso, por su orden. Me satisfizo aquel consenso, porque me hizo ver que yo no estaba equivocado en el concepto, altísimo, que desde hacía mucho tiempo me había merecido aquel hombre a quien deseaba tener en Costa Rica. Se confirmaba con esta elección unánime que su fama era universal.

Esta vez D. Dámaso vuelve a manifestar su preocupación por el futuro de nuestra lengua, siempre con el temor de que llegue a diversificarse *algún* día. Su comunicación es clara, precisa y franca. En la introducción declara que siete años antes, en el II Congreso de Academias de la Lengua, propuso la creación de una oficina permanente que vigilase la lengua y actuara rápidamente ante los problemas que amenazan su integridad. El acuerdo se tomó, pero quedó en la letra. En ello insiste ahora, con la esperanza de que se cree "un medio eficaz de vigilancia e información común, de protección, y, en cierta medida, de evitación de daños", un organismo que colabore con la Asociación de Academias. No ve un peligro inmediato, pero existe; por eso juzga que tal peligro se debe alejar todo lo posible, "y hacer así que el contenido cultural de nuestra herencia sea fértil, rico y prolongado en el tiempo". Acción vigilante, previsor, frente a los fenómenos diversificadores; vitalización de lo cohesivo; represión, freno a lo que disgregue. Aconseja: "Respeto para todas las variedades nacionales. Mantenimiento del "statu quo" actual. La difusión de la cultura, único elemento refrenador de las quiebras fonéticas y sintácticas ya existentes". Vuelve a referirse al problema del léxico, perturbador, y a lo que no se puede ya cambiar en él, así como a lo que se puede prevenir. Clama por la unificación y no por el purismo inoportuno. Hay que sacrificar el purismo ante la unificación, cuando el primero impida la segunda. En fin, con ejemplos muy claros de nuestra realidad idiomática demuestra los hechos diversificadores, los peligros de que avancen y se multipliquen, y el remedio preventivo. Lo propuesto en esta comunicación fue acogido por el Congreso, al acordar la creación de una Comisión Internacional de Urgencia para que, completando la acción de la Asociación de Academias, ejerciera con discreción la vigilancia de nuestra lengua, previa una exacta información acerca de sus actuales tendencias y estados para tratar de encauzar su evolución, reconocer sus divergencias actuales cuando hayan ascendido a



los niveles cultos, frenar en lo sucesivo los fenómenos perturbadores y mantener así su ya relativa unidad.

Obtuve, con motivo de aquel Congreso, muchos beneficios, entre los cuales cabe destacar aquí el de haber tenido por segunda vez la oportunidad de conversar con Dámaso Alonso. A dos fines obedecía mi anhelo de conversar con él: conocerlo mejor y sondear su ánimo para ver si estaría dispuesto a venir a explicar Estilística —sobre todo— en la Universidad de Costa Rica. El resultado fue más que halagador, pues su respuesta, casi afirmativa, confirmó aún más mis esperanzas. De modo que regresé al país confiado, casi seguro de que un día no muy lejano se cumpliría mi deseo.

Entonces traje de Madrid otro lote de libros, y con ellos venía uno con dos obras poéticas, descubiertas al fin: *Oscura noticia y Hombre y Dios*. La primera, como se sabe, anterior a *Hijos de la Ira*, la segunda posterior.

\*\*  
\*

La lectura, lenta y cuidadosa, de aquellos poemas acarició e iluminó las horas de mi descanso. Aura sutil a veces, otras viento agitado, sacudieron mi sentir; conceptos medulares, hondo sentido —almendra envuelta en agradable pulpa— me agilizaron el pensar. Virtud no muy común de la poesía, virtud de hacer pensar y sentir al mismo tiempo y con pareja hondura e intensidad.

Los poemas de *Oscura noticia* tocaron las más delicadas fibras de mi sensibilidad, aunque sin “erizar” tanto mi alma (uso el verbo metafórico del poeta) como diecisiete años antes, cuando leí los de *Hijos de la Ira*. No habían llegado a tener aún la extraordinaria intensidad de estos, pero, sin embargo, ya la cuerda emotiva se iba poniendo tensa frente a los problemas vitales que, también, son los de la muerte y sus misterios. Vida y muerte, luz y sombra, tiempo y espacio, gozo y dolor; Dios que se anuncia (“oscura noticia”) en todo, pero inalcanzable: soledad, angustia; viento, sueño, amor . . . Motivos más o menos dominantes, en constante fuga; todos, elementos vitalísimos de esta cimera poesía.

Diversos temas, correspondientes a distintos momentos intensamente vividos por el poeta, sí, pero los poemas no carecen por esto de unidad, porque los engarza un hilo de tensa emoción y les da una fisonomía caracterizadora el estilo y el concepto. Auténtica poesía, plena de vigor y originalidad, vitalísima. Empieza ya la duda, la perplejidad y la permanente inquietud de sísmógrafo que se agudizarán hasta llegar al clímax en *Hijo de la Ira*.



No, los poemas de *Oscura Noticia* ya no son para ser leídos una sola vez y a la ligera, igual que beberse un vaso de agua, por que, siendo agua clara y acendrada, como la de un venero virginal, tienen volumen y espesor de aljibe.

Quien no haya leído este libro, y sólo esté informado por boca o pluma de quienes lo hayan analizado, al enterarse así de que la duda, la perplejidad, la soledad y la angustia se asoman constantemente en él, podría creer que le falta dulzura, suavidad, tersa caricia para el alma del lector. Pero cuán equivocado estaría, porque la inquietud se agita en la placidez; el dudar acude frente al amor —labio, mirar, caricia—; la muerte se asoma hasta detrás de flores, pájaros, fuentes, miradas amorosas, “¡qué tierna luz tamizada!”; la soledad incluso en compañía de lo bello... Léase, por ejemplo, el primer poema del libro, “*Sueño de las dos ciervas*”, cuyo primer verso es deliciosamente blando, adormecedor: “¡Oh terso claroscuro del durmiente!” Sueño, “fluyó el sueño”. Pero inmediatamente se hace veloz, fugaz el poema: “Luz y sombra, dos ciervas velocísimas”, que huyen,

“Huyen hacia la hontana de aguas frescas,  
centro de todo.”

Y ya surge la angustiada pregunta: “¿Vivir no es más que el roce de su viento?” Con la inmediata respuesta:

“Fuga del viento, angustia, luz y sombra:  
forma de todo.”

Y continúa la fuga de las ciervas, “flechas emparejadas hacia el hito”, para volver al ritmo sosegado en la estrofa final, que nos deja meditando en calma:

“El árbol del espacio. (Duerme el hombre)  
Al fin de cada rama hay una estrella.  
Noche: los siglos.”

Y sigase leyendo la continuación del poema en páginas interiores.

Palabras, metáforas, ritmo, todo cabal, justo, acertado para el sentido y la emoción.

¿Y qué decir del soneto que sigue, “*Ciencia de amor*”, tan magistralmente logrado? Sí, es un poema de amor, pero cuán diferente a la mayoría de otros poemas eróticos ajenos. Aquí se



No, los poemas de *Oscura Noticia* ya no son para ser leídos una sola vez y a la ligera, igual que beberse un vaso de agua, por que, siendo agua clara y acendrada, como la de un venero virginal, tienen volumen y espesor de aljibe.

Quien no haya leído este libro, y sólo esté informado por boca o pluma de quienes lo hayan analizado, al enterarse así de que la duda, la perplejidad, la soledad y la angustia se asoman constantemente en él, podría creer que le falta dulzura, suavidad, tersa caricia para el alma del lector. Pero cuán equivocado estaría, porque la inquietud se agita en la placidez; el dudar acude frente al amor —labio, mirar, caricia—; la muerte se asoma hasta detrás de flores, pájaros, fuentes, miradas amorosas, “¡qué tierna luz tamizada!”; la soledad incluso en compañía de lo bello... Léase, por ejemplo, el primer poema del libro, “*Sueño de las dos ciervas*”, cuyo primer verso es deliciosamente blando, adornecedor: “¡Oh terso claroscuro del durmiente!” Sueño, “fluyó el sueño”. Pero inmediatamente se hace veloz, fugaz el poema: “Luz y sombra, dos ciervas velocísimas”, que huyen,

“Huyen hacia la hontana de aguas frescas,  
centro de todo.”

Y ya surge la angustiada pregunta: “¿Vivir no es más que el roce de su viento?” Con la inmediata respuesta:

“Fuga del viento, angustia, luz y sombra:  
forma de todo.”

Y continúa la fuga de las ciervas, “flechas emparejadas hacia el hito”, para volver al ritmo sosegado en la estrofa final, que nos deja meditando en calma:

“El árbol del espacio. (Duerme el hombre)  
Al fin de cada rama hay una estrella.  
Noche: los siglos.”

Y sigase leyendo la continuación del poema en páginas interiores.

Palabras, metáforas, ritmo, todo cabal, justo, acertado para el sentido y la emoción.

¿Y qué decir del soneto que sigue, “*Ciencia de amor*”, tan magistralmente logrado? Sí, es un poema de amor, pero cuán diferente a la mayoría de otros poemas eróticos ajenos. Aquí se



No, los poemas de *Oscura Noticia* ya no son para ser leídos una sola vez y a la ligera, igual que beberse un vaso de agua, por que, siendo agua clara y acendrada, como la de un venero virginal, tienen volumen y espesor de aljibe.

Quien no haya leído este libro, y sólo esté informado por boca o pluma de quienes lo hayan analizado, al enterarse así de que la duda, la perplejidad, la soledad y la angustia se asoman constantemente en él, podría creer que le falta dulzura, suavidad, tersa caricia para el alma del lector. Pero cuán equivocado estaría, porque la inquietud se agita en la placidez; el dudar acude frente al amor —labio, mirar, caricia—; la muerte se asoma hasta detrás de flores, pájaros, fuentes, miradas amorosas, “¡qué tierna luz tamizada!”; la soledad incluso en compañía de lo bello... Léase, por ejemplo, el primer poema del libro, “*Sueño de las dos ciervas*”, cuyo primer verso es deliciosamente blando, adormecedor: “¡Oh terso claroscuro del durmiente!” Sueño, “fluyó el sueño”. Pero inmediatamente se hace veloz, fugaz el poema: “Luz y sombra, dos ciervas velocísimas”, que huyen,

“Huyen hacia la hontana de aguas frescas,  
centro de todo.”

Y ya surge la angustiada pregunta: “¿Vivir no es más que el roce de su viento?” Con la inmediata respuesta:

“Fuga del viento, angustia, luz y sombra:  
forma de todo.”

Y continúa la fuga de las ciervas, “flechas emparejadas hacia el hito”, para volver al ritmo sosegado en la estrofa final, que nos deja meditando en calma:

“El árbol del espacio. (Duerme el hombre)  
Al fin de cada rama hay una estrella.  
Noche: los siglos.”

Y sígase leyendo la continuación del poema en páginas interiores.

Palabras, metáforas, ritmo, todo cabal, justo, acertado para el sentido y la emoción.

¿Y qué decir del soneto que sigue, “*Ciencia de amor*”, tan magistralmente logrado? Sí, es un poema de amor, pero cuán diferente a la mayoría de otros poemas eróticos ajenos. Aquí se



asoma ese Dios tan buscado por el poeta; ese Dios fugitivo como el viento, la luz y la sombra, el tiempo y la vida; ese Dios a quien pretende hallar en todo, tanto en lo positivo como en lo negativo. Aquí se anuncia Dios, pero en "lóbrega noticia". Enigma, duda, interrogación, mas al fin el poeta se abandona, despreocupado, en la delicia del amor. No pudo resistir el impulso de mostrar esta joya poética:

"No sé. Sólo me llega en el venero  
de tus ojos, la lóbrega noticia  
de Dios; sólo en tus labios, la caricia  
de un mundo en mies, de un celestial granero.

¿Eres limpio cristal, o ventisquero  
destructor? No, no sé... De esta delicia,  
yo sólo sé su cósmica avaricia,  
el sideral latir con que te quiero.

Yo no sé si eres muerte o si eres vida,  
si toco rosa en ti, si toco estrella,  
si llamo a Dios o a ti cuando te llamo.

Junco en el agua o sorda piedra herida,  
Sólo sé que la tarde es ancha y bella,  
sólo sé que soy hombre y que te amo."

Luego, el poema evocador de la muerte, "Dura luz de la muerte", nada tétrico, sino luminoso (y desde luego sombrío), porque

"La muerte es luz. ¡Qué honda  
la luz del verano, amada!"

Luz densa, inflamada, profunda, inseparable de su melliza, la inevitable sombra:

"Cuánta sombra en un verano,  
en luz de un verano! ¡Cuánta  
muerte en esa comba, fúlgida,  
inexorable, diáfana!"

Este acoso lo estremece, y entonces les pide protección a las cosas gratas de la tierra (flores, ramas, fuentes, amor), mientras tanto... Refugio en el dulce engaño de cosas perecederas: lo alienta la esperanza. De esta manera tan superficial podría continuar expresando mi pensar y sentir experimentados con la lectura de



*Oscura noticia*, pero ya es bastante, pues no cabe aquí un comentario total, menos todavía un verdadero análisis de ninguna obra poética de Dámaso Alonso. Ni siquiera intentaría tan osada aventura. Sólo he de repetir que los poemas, correspondientes a distintas etapas de su vida, para mí tienen el valor de la auténtica poesía. Factores vitales —positivos y negativos— entran en juego; elementos —concretos y abstractos— activísimos que agitan el alma del poeta y del lector. El mismo paisaje —objeto y cualidad—, frecuentemente decorativo en otra poesía, en esta es vital, sustancial, se podría decir que simbólico. Dios entrevisto, interrogado, perseguido sin reposo en todas las cosas, aun más allá de la realidad, hasta en lo negativo, pero siempre fugaz, inasible. De aquí la soledad y la angustia, el tono de poesía “desarraigada”. Línea de sensibilidad en ascenso, aunque con altibajos, conforme a los momentos vitales en que se produjeron los poemas —largo período—; línea de quimógrafo, que se intensifica para llegar a la hiperestesia que hay en *Hijos de la Ira*.

Había que releer este libro con el fin de seguir el hilo que lo unía al anterior y al posterior, y también la línea emotiva y conceptual. Así llegué de nuevo al poema de los dos amores, alas que “había ayudado a crear en el mundo” el mismo poeta. He aquí una puerta que se abre —claridad y hálito de fe—, con acceso a otro recinto, donde la calma relativa ofrece alguna tranquilidad y permite meditar: *Hombre y Dios*. Ya no es tan sofocante y agudo el dolor; el grito ya no es grito desesperado, impotente; han perdido tamaño la angustia y la acrimonia; se atempera la intensión emocional y se adensa el pensamiento, la reflexión. No, ya este libro no pone los nervios de punta: pertenece a otro momento, y *post nubila Phoebus*. Ha comenzado el poeta, resignada y blandamente, a entrever las cosas con “tierna miopía”, desdibujadas, y sólo así deliciosas:

“Todo se deshilacha, todo se difumina  
en fina niebla.  
¿El mundo se dispone para fiestas de Dios?  
Ojos míos, bebed esta vaga hermosura.”

Agradece a Dios que le haya suavizado la dura realidad que lo circunda, pero desea percibir “los límites estrictos de las cosas”, conocerlas en su dureza, como las conoce Dios, que las ha creado. Recuerda todavía la sangre derramada por el mundo y se estremece, y pregunta: “¿Dónde sus fuentes?”. Quiere ver el origen de la mentira y la injusticia. Y ahora le preocupa el hombre, porque



*Oscura noticia*, pero ya es bastante, pues no cabe aquí un comentario total, menos todavía un verdadero análisis de ninguna obra poética de Dámaso Alonso. Ni siquiera intentaría tan osada aventura. Sólo he de repetir que los poemas, correspondientes a distintas etapas de su vida, para mí tienen el valor de la auténtica poesía. Factores vitales —positivos y negativos— entran en juego; elementos —concretos y abstractos— activísimos que agitan el alma del poeta y del lector. El mismo paisaje —objeto y cualidad—, frecuentemente decorativo en otra poesía, en esta es vital, sustancial, se podría decir que simbólico. Dios entrevisto, interrogado, perseguido sin reposo en todas las cosas, aun más allá de la realidad, hasta en lo negativo, pero siempre fugaz, inasible. De aquí la soledad y la angustia, el tono de poesía “desarraigada”. Línea de sensibilidad en ascenso, aunque con altibajos, conforme a los momentos vitales en que se produjeron los poemas —largo período—; línea de quimógrafo, que se intensifica para llegar a la hiperestesia que hay en *Hijos de la Ira*.

Había que releer este libro con el fin de seguir el hilo que lo unía al anterior y al posterior, y también la línea emotiva y conceptual. Así llegué de nuevo al poema de los dos amores, alas que “había ayudado a crear en el mundo” el mismo poeta. He aquí una puerta que se abre —claridad y hálito de fe—, con acceso a otro recinto, donde la calma relativa ofrece alguna tranquilidad y permite meditar: *Hombre y Dios*. Ya no es tan sofocante y agudo el dolor; el grito ya no es grito desesperado, impotente; han perdido tamaño la angustia y la acrimonia; se atempera la intensidad emocional y se adensa el pensamiento, la reflexión. No, ya este libro no pone los nervios de punta: pertenece a otro momento, y *post nubila Phoebus*. Ha comenzado el poeta, resignada y blandamente, a entrever las cosas con “tierna miopía”, desdibujadas, y sólo así deliciosas:

“Todo se deshilacha, todo se difumina  
 en fina niebla.  
 ¿El mundo se dispone para fiestas de Dios?  
 Ojos míos, bebed esta vaga hermosura.”

Agradece a Dios que le haya suavizado la dura realidad que lo circunda, pero desea percibir “los límites estrictos de las cosas”, conocerlas en su dureza, como las conoce Dios, que las ha creado. Recuerda todavía la sangre derramada por el mundo y se estremece, y pregunta: “¿Dónde sus fuentes?”. Quiere ver el origen de la mentira y la injusticia. Y ahora le preocupa el hombre, porque



"Ah, yo quiero vivir  
dentro del orden general  
de tu mundo,  
Necesito vivir entre los hombres."

Los ve, pero no los comprende; no comprende al hombre moderno, que pasa junto a él

"con sus radios, con sus quinielas, con sus películas sonoras,  
con sus automóviles de suntuosa hojalata,  
con sus tristes vitaminas,  
mudo tras su etiqueta que dice "comunismo" o "democracia" dice,  
con apagados ojos y un alma de ceniza..."

¿Qué y quién es esa "mancha gris", ese "monstruo gris" que

"profundamente oculta sus amores, sus odios,  
gris en su casa,  
gris en su juego,  
en su trabajo, gris..."?

Quiere, necesita desenmascararlo, "arrancarle de su careta de cemento", ver a través de lo gris "la verdad de las almas"; encontrar en el hombre la imagen de Dios; para lo cual anhela intensamente

"aventarle sus tumbas de ceniza,  
huracananarle su cloroformo diario."

Noble anhelo, esperanzado ya:

"Un día llegará en que lo gris se rompa."

Declina la inquietud, la duda queda en zaga, la afirmación comienza: "Hombre es amor..." Sí, entrañable poeta, existen los valores humanos, positivos; y existe Dios, en ti, en cada hombre. Qué alivio cuando afirmas:

"Hombre es amor, y Dios habita dentro  
de ese pecho y, profundo, en él se acalla;  
con esos ojos fisga, tras la valla,  
su Creación, atónitos de encuentro."



“Ah, yo quiero vivir  
dentro del orden general  
de tu mundo.  
Necesito vivir entre los hombres.”

Los ve, pero no los comprende; no comprende al hombre moderno, que pasa junto a él

“con sus radios, con sus quinielas, con sus películas sonoras,  
con sus automóviles de suntuosa hojalata,  
con sus tristes vitaminas,  
mudo tras su etiqueta que dice “comunismo” o “democracia” dice,  
con apagados ojos y un alma de ceniza...”

¿Qué y quién es esa “mancha gris”, ese “monstruo gris” que

“profundamente oculta sus amores, sus odios,  
gris en su casa,  
gris en su juego,  
en su trabajo, gris...”?

Quiere, necesita desenmascararlo, “arrancarle de su careta de cemento”, ver a través de lo gris “la verdad de las almas”; encontrar en el hombre la imagen de Dios; para lo cual anhela intensamente

“aventarle sus tumbas de ceniza,  
huracananle su cloroformo diario.”

Noble anhelo, esperanzado ya:

“Un día llegará en que lo gris se rompa.”

Declina la inquietud, la duda queda en zaga, la afirmación comienza: “Hombre es amor...” Sí, entrañable poeta, existen los valores humanos, positivos; y existe Dios, en ti, en cada hombre. Qué alivio cuando afirmas:

“Hombre es amor, y Dios habita dentro  
de ese pecho y, profundo, en él se acalla;  
con esos ojos fisga, tras la valla,  
su Creación, atónitos de encuentro.”



Como para saltar de gozo, porque hay un asidero. Te has encontrado a ti mismo y a Dios en ti, en el hombre —genéricamente hablando—, que “anuda el Universo”. No importa la soledad profunda en tan grata compañía, tú y tu Dios, al que has intuido; tu mente, que consideras tan pequeña, es continente para un Ser tan inmenso. Bien, humíllate, y erícete el espanto al pensar en el misterio de que Dios pueda contemplar su Creación a través de tus ojos, tan pequeños,

“... ensimismado, absorto  
en la belleza humana  
del mundo que él creó!”

Punto ideal de comunión con Dios. No se deshaga el sagrario de tu mente, donde el Creador se aloja, porque también él se desharía. ¿No cabría ya reposar, descansar como Dios en el sétimo día? ¿Por qué no el ascenso de San Juan de la Cruz cuando ya te abrasas,

“Y el alma casi vuela, como humo  
azul hacia el azul”?

¿Por qué no la fruisión hasta la unión completa? Vana pregunta de quien conoce tu inquietud emocional y cognoscitiva, tu vital y nervioso temperamento. Imposible para ti dejar de hurgar en el misterio, de imaginarte la soledad inmensa de Dios en la Nada, cuando solo existían el “no-espacio” y el “no-tiempo”; te faltaba temblar de espanto con ese pensamitnto para luego alegrarte con la imagen de la Creación que bullía en la mente de Dios, donde ya eras una “chispita ardiente”, hasta que al fin tu día; “El y tú”. Necesitabas embriaguez de aromas, acariciar las cosas, ver el contorno y el color, oír trinos y música y bramido y grito, paladear el vino...; en fin, vivir con todos los sentidos, hasta la final embriaguez “en Dios un día”. Y tefaltaba meditar, discurrir —cantándola— sobre la libertad, el albedrío, que te ha permitido forjarte con tus obras, maldecir y desafiar las mordazas y cadenas, inútiles para someter e impedir el pensamiento. Y aún más, te faltaba con esa misma libertad examinar tus propios actos y palabras... Vivir, vivir, te faltaba ese vivir alerta, incontenible, inaplacable; y continúas viviendo plenamente... ¿Qué nos ofrecerán tus prometidos *Gozos de la vista?*

\*\*\*



La Editorial Gredos había repartido un folletito rojo con *Tres sonetos sobre la lengua castellana*, editado en 1958, pero que yo no había recibido hasta por estas fechas de 1963. El 30 de mayo de aquel año el Gremio de Libreros de Madrid le rindió un homenaje de admiración y gratitud a don Dámaso Alonso. Parecía un caso insólito éste, que los libreros le testimoniaran su adhesión a un autor, por ilustre que fuera. Sin embargo, insólito o no, el caso se había dado: los libreros de Madrid no eran solamente comerciantes. Bien lo declaraba en el discurso de ofrecimiento su presidente: "Alguien, mal informado, se extrañaría de este homenaje de los libreros a un autor ilustre, sí, pero que no ha escrito ninguno de esos *best-sellers* sensacionales, de venta tan fulminante y arrolladora como de contenido tan fugaz y vacuo. Salta a la vista lo infundado de ese juicio". Claro, saltaba a la vista que también eran comprensivos y cultos, que se interesaban con cariño por libros científicos y de creación, por lo auténticamente valioso; y se daban perfecta cuenta de que "a fuerza de inmersión en esa universidad permanente y silenciosa que son los libros, a falta de birretes y diplomas académicos, el librero gana en ella día a día, lentamente, una sensibilidad penetrante, y sabe que su mejor aliado es el maestro y el crítico de corazón y talento..." Grata noticia, esta, de que los libreros valorasen sus artículos de comercio, no por su demanda, sino por su valor intrínseco, auténtico. Declaraban públicamente que había en sus tiendas oropel y joya. El oropel les daría más ganancia que la joya, pero aplaudían con sincero entusiasmo a la joya y su artífice. Me causaba también muy grata sorpresa que don Enrique Canito, el presidente del gremio, vertiera un juicio tan acertado sobre el autor en aquel breve discurso. Conviene destacar el párrafo:

"¿Puede quedar más patente el doble título que don Dámaso Alonso tiene a la devoción, a la gratitud, a la admiración de los libreros? Ahí están sus libros poéticos que abren cauce nuevo a nuestra lírica atormentada, ahí están asimismo sus otros libros de crítica o de ensayo, tan numerosos y de tanta valía que marcan métodos nuevos en el quehacer científico y que iluminan el ámbito de nuestras letras de los siglos oscuros al de Oro, y desde esta cumbre, a estos años inciertos que vivimos. Autor de libros sabiamente escritos, autor de libros arrebatadamente escritos, y a la vez con rara coincidencia, y he aquí un motivo más de agradecimiento de nuestra parte, creador de una escuela científica, maestro ejemplar de una brillante pléyade de maestros que bajo su ideal tutela se esfuerzan abnegadamente en el menester científico diario y realizan una de las



La Editorial Gredos había repartido un folletito rojo con *Tres sonetos sobre la lengua castellana*, editado en 1958, pero que yo no había recibido hasta por estas fechas de 1963. El 30 de mayo de aquel año el Gremio de Libreros de Madrid le rindió un homenaje de admiración y gratitud a don Dámaso Alonso. Parecía un caso insólito éste, que los libreros le testimoniaran su adhesión a un autor, por ilustre que fuera. Sin embargo, insólito o no, el caso se había dado: los libreros de Madrid no eran solamente comerciantes. Bien lo declaraba en el discurso de ofrecimiento su presidente: "Alguien, mal informado, se extrañaría de este homenaje de los libreros a un autor ilustre, sí, pero que no ha escrito ninguno de esos *best-sellers* sensacionales, de venta tan fulminante y arrolladora como de contenido tan fugaz y vacío. Salta a la vista lo infundado de ese juicio". Claro, saltaba a la vista que también eran comprensivos y cultos, que se interesaban con cariño por libros científicos y de creación, por lo auténticamente valioso; y se daban perfecta cuenta de que "a fuerza de inmersión en esa universidad permanente y silenciosa que son los libros, a falta de birretes y diplomas académicos, el librero gana en ella día a día, lentamente, una sensibilidad penetrante, y sabe que su mejor aliado es el maestro y el crítico de corazón y talento..." Grata noticia, esta, de que los libreros valorasen sus artículos de comercio, no por su demanda, sino por su valor intrínseco, auténtico. Declaraban públicamente que había en sus tiendas oropel y joya. El oropel les daría más ganancia que la joya, pero aplaudían con sincero entusiasmo a la joya y su artífice. Me causaba también muy grata sorpresa que don Enrique Canito, el presidente del gremio, vertiera un juicio tan acertado sobre el autor en aquel breve discurso. Conviene destacar el párrafo:

"¿Puede quedar más patente el doble título que don Dámaso Alonso tiene a la devoción, a la gratitud, a la admiración de los libreros? Ahí están sus libros poéticos que abren cauce nuevo a nuestra lírica atormentada, ahí están asimismo sus otros libros de crítica o de ensayo, tan numerosos y de tanta valía que marcan métodos nuevos en el quehacer científico y que iluminan el ámbito de nuestras letras de los siglos oscuros al de Oro, y desde esta cumbre, a estos años inciertos que vivimos. Autor de libros sabiamente escritos, autor de libros arrebatadamente escritos, y a la vez con rara coincidencia, y he aquí un motivo más de agradecimiento de nuestra parte, creador de una escuela científica, maestro ejemplar de una brillante pléyade de maestros que bajo su ideal tutela se esfuerzan abnegadamente en el menester científico diario y realizan una de las



labores más notables y patrióticas que es dado realizar a un maestro: la de acrecentar la riqueza espiritual de sus oyentes, españoles y extranjeros, abriéndoles los tesoros pasados y presentes de nuestras letras patrias”.

Este acto justiciero de reconocimiento casi coincidía con otro que le preparaba un grupo selecto de 13 hombres de letras (filólogos, lingüistas, poetas, de muchísimos países) para celebrar el 60<sup>o</sup> aniversario del maestro (aunque la publicación de los 13 trabajos científicos y literarios, en tres gruesos tomos con el título de *Studia Philologica*, saliera en 1963). Coincidencia, consenso universal: Dámaso Alonso, indiscutible valor universal.

Pero vuelvo a mis carneros, al folletito rojo, el de los *Tres sonetos sobre la lengua castellana*, en que D. Dámaso agradece a los librerías el homenaje, correspondiendo a este con tres lecciones sobre la lengua para explicar, previamente, la significación de cada poema. Tres lecciones, breves, pero enjundiosas, redonda síntesis de sabiduría; sendos sonetos que las rematan, admirable síntesis de emoción e idea.

En el primer soneto, “Una voz de España”, compendia “la vida mental de un hombre español”, cualquiera, desde el poeta más intenso al más humilde ciudadano del pueblo, cuya vida es asimismo intensa dentro de su condición. Desde el caos verbal de la niñez, pasando por la ordenación de las categorías verbales, y pensando el hombre por medio de la palabra, y creando así el mundo, como Dios, hasta llegar a enmudecer con la muerte:

“Cae la tarde, y vilumbro ya el abismo.  
Adiós, mundo, palabras de mi cuna;  
adiós, mis voces españolas.”

El poeta sigue fiel a su idea, con la misma tesitura emotiva, expresada en *Hombre y Dios*.

En el segundo, “Nuestra heredad”, canta y resume otro aspecto valioso de la lengua, el temporal. Canta ese “despliegue fascinador de nuestra lengua en la sucesión de los tiempos”, así convertida en patrimonio enriquecido, al pasar de una generación a otra, por los más selectos espíritus de nuestra literatura hasta el siglo de Oro, a quienes evoca y califica.

Y el tercer eslabón, que igualmente cincela en oro, contempla el lado espacial de nuestro idioma, con entrañable amor fraterno. “Hermanos” se titula este soneto, en el cual me sentí aludido yo, hispanoamericano, porque el poeta comienza evocando a los millones de hispanohablantes que vivimos lejos de su patria:



labores más notables y patrióticas que es dado realizar a un maestro: la de acrecentar la riqueza espiritual de sus oyentes, españoles y extranjeros, abriéndoles los tesoros pasados y presentes de nuestras letras patrias”.

Este acto justiciero de reconocimiento casi coincidía con otro que le preparaba un grupo selecto de 13 hombres de letras (filólogos, lingüistas, poetas, de muchísimos países) para celebrar el 60º aniversario del maestro (aunque la publicación de los 13 trabajos científicos y literarios, en tres gruesos tomos con el título de *Studia Philologica*, saliera en 1963). Coincidencia, consenso universal: Dámaso Alonso, indiscutible valor universal.

Pero vuelvo a mis carneros, al folletito rojo, el de los *Tres sonetos sobre la lengua castellana*, en que D. Dámaso agradece a los libreros el homenaje, correspondiendo a este con tres lecciones sobre la lengua para explicar, previamente, la significación de cada poema. Tres lecciones, breves, pero enjundiosas, redonda síntesis de sabiduría; sendos sonetos que las rematan, admirable síntesis de emoción e idea.

En el primer soneto, “Una voz de España”, compendia “la vida mental de un hombre español”, cualquiera, desde el poeta más intenso al más humilde ciudadano del pueblo, cuya vida es asimismo intensa dentro de su condición. Desde el caos verbal de la niñez, pasando por la ordenación de las categorías verbales, y pensando el hombre por medio de la palabra, y creando así el mundo, como Dios, hasta llegar a enmudecer con la muerte:

“Cae la tarde, y vilumbro ya el abismo.  
Adiós, mundo, palabras de mi cuna;  
adiós, mis voces españolas.”

El poeta sigue fiel a su idea, con la misma tesitura emotiva, expresada en *Hombre y Dios*.

En el segundo, “Nuestra heredad”, canta y resume otro aspecto valioso de la lengua, el temporal. Canta ese “despliegue fascinador de nuestra lengua en la sucesión de los tiempos”, así convertida en patrimonio enriquecido, al pasar de una generación a otra, por los más selectos espíritus de nuestra literatura hasta el siglo de Oro, a quienes evoca y califica.

Y el tercer eslabón, que igualmente cincela en oro, contempla el lado espacial de nuestro idioma, con entrañable amor fraterno. “Hermanos” se titula este soneto, en el cual me sentí aludido yo, hispanoamericano, porque el poeta comienza evocando a los millones de hispanohablantes que vivimos lejos de su patria:



“Hermanos, los que estáis en lejanía  
tras las aguas inmensas...”

Hermanos en la lengua, expresión del espíritu, un mismo espíritu. Sí, hermano, déjame tomar tus palabras:

“Yo digo “amor”, yo digo “madre mía”,  
y atravesando mares, sierras, llanos,  
—oh gozo— con sonidos castellanos,  
os llega un dulce efluvio de poesía.”

“Yo exclamo “amigo” —como tú— para que la palabra,  
plena de entrañable afecto, cruce el Atlántico y llegue a tus oídos.



En este año de 1963, creo, me quedó completo el conocimiento de Dámaso Alonso como poeta, y así creció mi aprecio y devoción por él. Quedaba más avivado mi deseo de volver a encontrarlo en persona; pero, como lo había presentido, no demoró mucho nuestro tercer encuentro, porque a fines del año siguiente nos reunimos en Buenos Aires. Los congresos tienen la ventaja, entre otras, de volver a encontrarse uno con amigos y colegas. Ahora se verificaba en la capital de Argentina el IV Congreso de Academias de la Lengua, y entre los distinguidos miembros de la delegación española se hallaba don Dámaso, quien la presidía. Como en Congresos anteriores, sus intervenciones fueron brillantes y aleccionadoras, comenzando por su discurso pronunciado en la sesión inaugural, recogido en las crónicas bajo el título de *Unidad y defensa del idioma*. Su atinado juicio acerca del tema —y problema— ha tenido la fortuna de privar en la casi absoluta mayoría de los académicos del mundo hispánico y es el que priva también ahora en la Real Academia Española, en sus Comisiones y en la Comisión Permanente de la Asociación de Academias. La explicación que hizo el maestro sobre lo que es la lengua, y sobre todo la nuestra, científica y totalmente observada, fue clara, sencilla, convincente; y asimismo convincentes las fórmulas que propuso para conservar y afianzar la unidad de ese depósito común de nuestra cultura.

Conversamos, insistí en pedirle que viniese a enseñar en nuestra Universidad, y ahora sí obtuve de D. Dámaso la categórica respuesta afirmativa. “Nos pondremos de acuerdo por carta —me dijo— sobre la fecha, duración del curso y otros detalles”, y nos despedimos ese día, el de su regreso a España, en el vestíbulo del hotel, donde quedé tan alegre con aquel “hasta luego”



como para cantar aleluyas de Pascua, pero navideña, porque aquella confirmación acaeció en diciembre. Al día siguiente yo también regresé a Costa Rica, tan ufano como un conquistador. ¿Milagros de la amistad o la insistencia que no logra el prestigio ni los méritos? Dámaso Alonso, el maestro solicitado por Universidades famosas del mundo, vendría pocos meses después de nuestro encuentro en Buenos Aires a enseñar en el modesto Departamento de Filología de nuestra Facultad de Ciencias y Letras. Señaladísimo acontecimiento cultural en Costa Rica.



Terminó aquel año y empezó nuestra correspondencia muy frecuente durante los primeros seis meses de 1965, hasta quedar absolutamente de acuerdo en todo lo referente a su ya muy cercana venida y permanencia en Costa Rica.

El 10 de setiembre fue día de júbilo para mí, un verdadero día de fiesta, inolvidable. A las once y media del día llegó el avión, se abrió su portezuela, comenzaron a bajar los pasajeros. ¿Vendrá? ¿No vendrá? Natural, explicable incertidumbre al cabo de tan firme y larga esperanza. No bastaba saber que don Dámaso Alonso es puntualísimo, porque suele haber contratiempos involuntarios en un viaje, sobre todo tan largo como este. Al pie de la escalera esperábamos algunas personas, pero el más inquieto, quien estaba en ascuas era yo. Descendió uno, dos, muchos pasajeros, y don Dámaso no aparecía. Mi zozobra aumentaba. Pero ¡al fin su presencia y la de su esposa, entre los últimos! Respiro y alborozo. Remate de mi anhelo.

Tres meses a su lado, escuchando sus lecciones y conferencias, conversando con él y Eulalia, su admirable esposa, por quien sólo sabe "que la tarde es ancha y bella", y a quien conocí entonces para quererla tanto como a su esposo. Tres meses de trato cotidiano, amistoso, casi familiar, en la Facultad, en el hotel, en los paseos, en las excursiones. No era difícil calar en la intimidad de mis ilustres amigos porque las vías de acceso en ella son despejadas, iluminadas por el sol de la sinceridad, siempre cenital. Por otra parte, mi pupila espiritual nunca interpuso nubes entre la nítida claridad de aquellas almas y la mía. "Hombre es amor".



nimo para cantar abeluyas de Pascua, pero navideña, porque aquella confirmación acaeció en diciembre. Al día siguiente yo también regresé a Costa Rica, tan ufano como un conquistador. ¿Milagros de la amistad o la insistencia que no logra el prestigio ni los méritos? Dámaso Alonso, el maestro solicitado por Universidades famosas del mundo, vendría pocos meses después de nuestro encuentro en Buenos Aires a enseñar en el modesto Departamento de Filología de nuestra Facultad de Ciencias y Letras. Señaladísimo acontecimiento cultural en Costa Rica.



Terminó aquel año y empezó nuestra correspondencia muy frecuente durante los primeros seis meses de 1965, hasta quedar absolutamente de acuerdo en todo lo referente a su ya muy cercana venida y permanencia en Costa Rica.

El 10 de setiembre fue día de júbilo para mí, un verdadero día de fiesta, imborrable. A las once y media del día llegó el avión, se abrió su portezuela, comenzaron a bajar los pasajeros. ¿Venirá? ¿No venirá? Natural, explicable incertidumbre al cabo de tan firme y larga esperanza. No bastaba saber que don Dámaso Alonso es puntualísimo, porque suele haber contratiempos involuntarios en un viaje, sobre todo tan largo como este. Al pie de la escalera esperábamos algunas personas, pero el más inquieto, quien estaba en ascuas era yo. Descendió uno, dos, muchos pasajeros, y don Dámaso no aparecía. Mi zozobra aumentaba. Pero ¡al fin su presencia y la de su esposa, entre los últimos! Respiro y alboriza. Remate de mi anhelo.

Tres meses a su lado, escuchando sus lecciones y conferencias, conversando con él y Eulalia, su admirable esposa, por quien sólo sabe "que la tarde es ancha y bella", y a quien conocí entonces para quererla tanto como a su esposa. Tres meses de trato cotidiano, amistoso, casi familiar, en la Facultad, en el hotel, en los paseos, en las excursiones. No era difícil calar en la intimidad de mis ilustres amigos porque las vías de acceso en ella son despejadas, iluminadas por el sol de la sinceridad, siempre cenital. Por otra parte, mi pupila espiritual nunca interpuso nubes entre la nitida claridad de aquellas almas y la mía. "Hombre es amor".

Como su acólito estuve siempre con él, en todas sus lecciones y conferencias. Mi reloj era el suyo entonces. A él no le gusta usar este artefacto portátil que hoy se considera imprescindible. Su razón, a mi juicio, es que los relojes sencillos, de precio módico, no son exactos, y los relojes exactos son alhajas costosas. Por necesarias que sean estas prendas, a él le estur-



como para cantar aleluyas de Pascua, pero navideña, porque aquella confirmación acaeció en diciembre. Al día siguiente yo también regresé a Costa Rica, tan ufano como un conquistador. ¿Milagros de la amistad o la insistencia que no logra el prestigio ni los méritos? Dámaso Alonso, el maestro solicitado por Universidades famosas del mundo, vendría pocos meses después de nuestro encuentro en Buenos Aires a enseñar en el modesto Departamento de Filología de nuestra Facultad de Ciencias y Letras. Señaladísimo acontecimiento cultural en Costa Rica.



Terminó aquel año y empezó nuestra correspondencia muy frecuente durante los primeros seis meses de 1965, hasta quedar absolutamente de acuerdo en todo lo referente a su ya muy cercana venida y permanencia en Costa Rica.

El 10 de setiembre fue día de júbilo para mí, un verdadero día de fiesta, inolvidable. A las once y media del día llegó el avión, se abrió su portezuela, comenzaron a bajar los pasajeros. ¿Vendrá? ¿No vendrá? Natural, explicable incertidumbre al cabo de tan firme y larga esperanza. No bastaba saber que don Dámaso Alonso es puntualísimo, porque suele haber contratiempos involuntarios en un viaje, sobre todo tan largo como este. Al pie de la escalera esperábamos algunas personas, pero el más inquieto, quien estaba en ascuas era yo. Descendió uno, dos, muchos pasajeros, y don Dámaso no aparecía. Mi zozobra aumentaba. Pero ¡al fin su presencia y la de su esposa, entre los últimos! Respiro y alborozo. Remate de mi anhelo.

Tres meses a su lado, escuchando sus lecciones y conferencias, conversando con él y Eulalia, su admirable esposa, por quien sólo sabe "que la tarde es ancha y bella", y a quien conocí entonces para quererla tanto como a su esposo. Tres meses de trato cotidiano, amistoso, casi familiar, en la Facultad, en el hotel, en los paseos, en las excursiones. No era difícil calar en la intimidad de mis ilustres amigos porque las vías de acceso en ella son despejadas, iluminadas por el sol de la sinceridad, siempre cenital. Por otra parte, mi pupila espiritual nunca interpuso nubes entre la nítida claridad de aquellas almas y la mía. "Hombre es amor".

Como su acólito estuve siempre con él, en todas sus lecciones y conferencias. Mi reloj era el suyo entonces. A él no le gusta usar este artefacto portátil que hoy se considera imprescindible. Su razón, a mi juicio, es que los relojes sencillos, de precio módico, no son exactos, y los relojes exactos son alhajas ostentosas. Por necesarias que sean estas prendas, a él le estor-



como para cantar aleluyas de Pascua, pero navideña, porque aquella confirmación acaeció en diciembre. Al día siguiente yo también regresé a Costa Rica, tan ufano como un conquistador. ¿Milagros de la amistad o la insistencia que no logra el prestigio ni los méritos? Dámaso Alonso, el maestro solicitado por Universidades famosas del mundo, vendría pocos meses después de nuestro encuentro en Buenos Aires a enseñar en el modesto Departamento de Filología de nuestra Facultad de Ciencias y Letras. Señaladísimo acontecimiento cultural en Costa Rica.



Terminó aquel año y empezó nuestra correspondencia muy frecuente durante los primeros seis meses de 1965, hasta quedar absolutamente de acuerdo en todo lo referente a su ya muy cercana venida y permanencia en Costa Rica.

El 10 de setiembre fue día de júbilo para mí, un verdadero día de fiesta, inolvidable. A las once y media del día llegó el avión, se abrió su portezuela, comenzaron a bajar los pasajeros. ¿Vendrá? ¿No vendrá? Natural, explicable incertidumbre al cabo de tan firme y larga esperanza. No bastaba saber que don Dámaso Alonso es puntualísimo, porque suele haber contratiempos involuntarios en un viaje, sobre todo tan largo como este. Al pie de la escalera esperábamos algunas personas, pero el más inquieto, quien estaba en ascuas era yo. Descendió uno, dos, muchos pasajeros, y don Dámaso no aparecía. Mi zozobra aumentaba. Pero ¡al fin su presencia y la de su esposa, entre los últimos! Respiro y alborozo. Remate de mi anhelo.

Tres meses a su lado, escuchando sus lecciones y conferencias, conversando con él y Eulalia, su admirable esposa, por quien sólo sabe "que la tarde es ancha y bella", y a quien conocí entonces para quererla tanto como a su esposo. Tres meses de trato cotidiano, amistoso, casi familiar, en la Facultad, en el hotel, en los paseos, en las excursiones. No era difícil calar en la intimidad de mis ilustres amigos porque las vías de acceso en ella son despejadas, iluminadas por el sol de la sinceridad, siempre cenital. Por otra parte, mi pupila espiritual nunca interpuso nubes entre la nítida claridad de aquellas almas y la mía. "Hombre es amor".

Como su acólito estuve siempre con él, en todas sus lecciones y conferencias. Mi reloj era el suyo entonces. A él no le gusta usar este artefacto portátil que hoy se considera imprescindible. Su razón, a mi juicio, es que los relojes sencillos, de precio módico, no son exactos, y los relojes exactos son alhajas ostentosas. Por necesarias que sean estas prendas, a él le estor-



como para cantar aleluyas de Pascua, pero navideña, porque aquella confirmación acaeció en diciembre. Al día siguiente yo también regresé a Costa Rica, tan ufano como un conquistador. ¿Milagros de la amistad o la insistencia que no logra el prestigio ni los méritos? Dámaso Alonso, el maestro solicitado por Universidades famosas del mundo, vendría pocos meses después de nuestro encuentro en Buenos Aires a enseñar en el modesto Departamento de Filología de nuestra Facultad de Ciencias y Letras. Señaladísimo acontecimiento cultural en Costa Rica.



Terminó aquel año y empezó nuestra correspondencia muy frecuente durante los primeros seis meses de 1965, hasta quedar absolutamente de acuerdo en todo lo referente a su ya muy cercana venida y permanencia en Costa Rica.

El 10 de setiembre fue día de júbilo para mí, un verdadero día de fiesta, inolvidable. A las once y media del día llegó el avión, se abrió su portezuela, comenzaron a bajar los pasajeros. ¿Vendrá? ¿No vendrá? Natural, explicable incertidumbre al cabo de tan firme y larga esperanza. No bastaba saber que don Dámaso Alonso es puntualísimo, porque suele haber contratiempos involuntarios en un viaje, sobre todo tan largo como este. Al pie de la escalera esperábamos algunas personas, pero el más inquieto, quien estaba en ascuas era yo. Descendió uno, dos, muchos pasajeros, y don Dámaso no aparecía. Mi zozobra aumentaba. Pero ¡al fin su presencia y la de su esposa, entre los últimos! Respiro y alborozo. Remate de mi anhelo.

Tres meses a su lado, escuchando sus lecciones y conferencias, conversando con él y Eulalia, su admirable esposa, por quien sólo sabe "que la tarde es ancha y bella", y a quien conocí entonces para quererla tanto como a su esposo. Tres meses de trato cotidiano, amistoso, casi familiar, en la Facultad, en el hotel, en los paseos, en las excursiones. No era difícil calar en la intimidad de mis ilustres amigos porque las vías de acceso en ella son despejadas, iluminadas por el sol de la sinceridad, siempre cenital. Por otra parte, mi pupila espiritual nunca interpuso nubes entre la nítida claridad de aquellas almas y la mía. "Hombre es amor".

Como su acólito estuve siempre con él, en todas sus lecciones y conferencias. Mi reloj era el suyo entonces. A él no le gusta usar este artefacto portátil que hoy se considera imprescindible. Su razón, a mi juicio, es que los relojes sencillos, de precio módico, no son exactos, y los relojes exactos son alhajas ostentosas. Por necesarias que sean estas prendas, a él le estor-



ban. Su pulcritud espiritual se manifiesta en el vestir y en otras cosas, incluso en no ostentar. ¿Para qué reloj, si él mismo es un cronómetro que marcha puntualmente con el tiempo? Reloj con alma, en mucho adelantado, en lo que todos los hombres debiéramos ir adelantados. Puntual, muy puntual cuando de compromisos y obligaciones se trata; puntual en su trabajo particular, pero sin someterse a la esclavitud moderna de la prisa y sin pensar en el chato y utilitarista lema de *time is money* cuando piensa, investiga y crea, ciencia o poesía. Su *tempo* es acaso nervioso, acelerado, pero su tiempo no se contrae, no se limita, no se cuenta mecánicamente, porque un pensador, un soñador, un creador, necesita libertad en el tiempo si quiere ser fecundo. Solamente la clase, la conferencia, eso sí está por necesidad limitado temporalmente; pero el estudio, la preparación de quien las dé, sobre todo cuando no se quiere decir únicamente lo ajeno, sí requiere un tiempo sin tasa, y entonces el reloj ha de quedar al margen. Esto es lo que me parece, aunque él me decía, con humor apenas subrayado por una leve sonrisa: “¿Para qué reloj? Cuando necesito saber la hora se la pregunto a un señor muy elegante, quien me la dice con mucho gusto, y me queda muy agradecido por haberle dado la oportunidad de exhibirlo”.

En sus lecciones y conferencias, limitadas en el tiempo de más o menos una hora, se compendian sus estudios atentos, reflexivos y descubridores, de muchas horas, días, meses, años quizá. El alumno universitario y el oyente de las conferencias, en general, ¿se percatarán del tiempo requerido para la autenticidad que tienen estas lecciones y conferencias? Me temo que así un profesor de tan altas calidades suela pasar, como tantos otros, sin la cabal estimación. Es necesario tener una inteligencia no velada por la novelería para discernir. Así, un espíritu alerta como el de Unamuno advirtió estos valores en don Dámaso, cuando en 1933 presidió sus oposiciones a la cátedra de Literatura y Lengua Española de la Universidad valenciana. El sabio salmantino, después de los exámenes, caminó con el examinando por las calles de Madrid; conversaron de una y otra cosa y el maestro le dio consejos al concursante. Luego le escribió una carta al triunfador en las oposiciones, quien había regresado a Oxford para terminar su trabajo de *lecturer* en aquella Universidad, y en ella le decía entre muchas otras cosas interesantes:

“Me había usted llamado la atención —¡lástima que esta tan significativa frase haya perdido por el uso poltrón su fuerza expresiva!— ya desde su salida gongorina que me hizo ponerme en otra actitud muy parecida a la que usted ahora adopta, aunque ¡claro! con más reservas. Pre-



cisamente las protocolarias sesiones del Comité de Colaboración Intelectual y sus bizantinas discusiones —a base de logomaquias de García Morente— sobre el concepto de cultura me han permitido calar en esta lucha de bonzos y mandarines y ver cuán ridículo es querer separar en la leche la nata del suero. La última lección que usted nos dio, la de Fray Luis de León, como antes la del Arcipreste, me penetró mucho y me pareció excelente. Mis estudios de filosofía románica me han permitido ver qué frágiles son los tabiques que se levantan entre el elemento popular y el elemento culto y hasta culterano . . .”

Aquel hombre tan eminente, pensador de fama universal e imperecedera, el excepcional Unamuno, había descubierto el valor del examinando, a quien lo llamaba “mi querido amigo y compañero” (a pesar de la diferencia de edades entre uno y otro), y le declaraba, sin orgullo tonto, que había recibido de él, de don Dámaso Alonso, una lección que le penetró mucho. Esta es la verdadera amistad que debe nacer y cultivarse entre maestro y discípulo, no esa otra que surge del querer congraciarse, de la complacencia y hasta de la alcahuetería.

Pero don Miguel no solo vio en don Dámaso a un serio descubridor de verdades en los fondos literarios, sino también al gran poeta que ya en él había, y por eso le recordaba esto:

“Ahora quiero repetirle lo que le dije después de su primer ejercicio; vuelva a la poesía (en verso o en prosa). Defiéndase de la profesoría. Se lo dice quien viene más de cuarenta años defendiéndose de ella. Hay como les dije en el susomentado Comité —con gran regocijo para Paul Valery—, productores y consumidores de cultura —y el que consume produce (produce consumo), pues oyendo y leyendo se produce tanto como hablando o escribiendo—, pero hay también administradores de ella y en muchos casos no más que revendedores. Sé que usted no caerá ni en bonzo ni en mandarín, pero, se lo repito, entréguese a lo que le brota del fondo. No conozco gran investigador, gran crítico que no haya sido poeta, creador”.

Y don Dámaso ha llegado a gran crítico, gran investigador, porque ha sido gran poeta, en prosa y en verso. El declara haber seguido el consejo de Unamuno: “Como don Miguel fue quien me dio el espaldarazo, siempre procuré cumplir sus instrucciones (así en las reglas de caballería). He conocido a lo largo de mi vida —como él me lo anunciaba— muchos bonzos y no pocos



cisamente las protocolarias sesiones del Comité de Colaboración Intelectual y sus bizantinas discusiones —a base de logomaquias de García Morente— sobre el concepto de cultura me han permitido calar en esta lucha de bonzos y mandarines y ver cuán ridículo es querer separar en la leche la nata del suero. La última lección que usted nos dio, la de Fray Luis de León, como antes la del Arcipreste, me penetró mucho y me pareció excelente. Mis estudios de filosofía románica me han permitido ver qué frágiles son los tabiques que se levantan entre el elemento popular y el elemento culto y hasta culterano...

Aquel hombre tan eminente, pensador de fama universal e impercudora, el excepcional Unamuno, había descubierto el valor del examinando, a quien lo llamaba "mi querido amigo y compañero" (a pesar de la diferencia de edades entre uno y otro), y le declaraba, sin orgullo tonto, que había recibido de él, de don Dámaso Alonso, una lección que le penetró mucho. Esta es la verdadera amistad que debe nacer y cultivarse entre maestro y discípulo, no esa otra que surge del querer congraciarse, de la complacencia y hasta de la alcahuetería.

Pero don Miguel no solo vio en don Dámaso a un serio descubridor de verdades en los fondos literarios, sino también al gran poeta que ya en él había, y por eso le recordaba esto:

"Ahora quiero repetirle lo que le dije después de su primer ejercicio; vuelva a la poesía (en verso o en prosa). Defiéndase de la profesoria. Se lo dice quien viene más de cuarenta años defendiéndose de ella. Hay como les dije en el susodicho Comité —con gran regocijo para Paul Valéry—, productores y consumidores de cultura —y el que consume produce (produce consumo), pues oyendo y leyendo se produce tanto como hablando o escribiendo—, pero hay también administradores de ella y en muchos casos no más que revendedores. Sé que usted no caerá ni en bonzo ni en mandarín, pero, se lo repito, entréguese a lo que le larota del fondo. No conozco gran investigador, gran crítico que no haya sido poeta, creador".

Y don Dámaso ha llegado a gran crítico, gran investigador, porque ha sido gran poeta, en prosa y en verso. El declara haber seguido el consejo de Unamuno: "Como don Miguel fue quien me dio el espaldarazo, siempre procuré cumplir sus instrucciones (así en las reglas de caballería). He conocido a lo largo de mi vida —como él me lo anunciaba— muchos bonzos y no pocos



cisamente las protocolarias sesiones del Comité de Colaboración Intelectual y sus bizantinas discusiones —a base de logomaquias de García Morente— sobre el concepto de cultura me han permitido calar en esta lucha de bonzos y mandarines y ver cuán ridículo es querer separar en la leche la nata del suero. La última lección que usted nos dio, la de Fray Luis de León, como antes la del Arcipreste, me penetró mucho y me pareció excelente. Mis estudios de filosofía románica me han permitido ver qué frágiles son los tabiques que se levantan entre el elemento popular y el elemento culto y hasta culterano...

Aquel hombre tan eminente, pensador de fama universal e imperecedera, el excepcional Unamuno, había descubierto el valor del examinando, a quien lo llamaba "mi querido amigo y compañero" (a pesar de la diferencia de edades entre uno y otro), y le declaraba, sin orgullo tonto, que había recibido de él, de don Dámaso Alonso, una lección que le penetró mucho. Esta es la verdadera amistad que debe nacer y cultivarse entre maestro y discípulo, no esa otra que surge del querer congraciarse, de la complacencia y hasta de la alcahuetería.

Pero don Miguel no solo vio en don Dámaso a un serio descubridor de verdades en los fondos literarios, sino también al gran poeta que ya en él había, y por eso le recordaba esto:

"Ahora quiero repetirle lo que le dije después de su primer ejercicio; vuelva a la poesía (en verso o en prosa). Defiéndase de la profesoría. Se lo dice quien viene más de cuarenta años defendiéndose de ella. Hay como les dije en el susomentado Comité —con gran regocijo para Paul Valery—, productores y consumidores de cultura —y el que consume produce (produce consumo), pues oyendo y leyendo se produce tanto como hablando o escribiendo—, pero hay también administradores de ella y en muchos casos no más que revendedores. Sé que usted no caerá ni en bonzo ni en mandarín, pero, se lo repito, entréguese a lo que le brota del fondo. No conozco gran investigador, gran crítico que no haya sido poeta, creador".

Y don Dámaso ha llegado a gran crítico, gran investigador, porque ha sido gran poeta, en prosa y en verso. El declara haber seguido el consejo de Unamuno: "Como don Miguel fue quien me dio el espaldarazo, siempre procuré cumplir sus instrucciones (así en las reglas de caballería). He conocido a lo largo de mi vida —como él me lo anunciaba— muchos bonzos y no pocos



cisamente las protocolarias sesiones del Comité de Colaboración Intelectual y sus bizantinas discusiones —a base de logomaquias de García Morente— sobre el concepto de cultura me han permitido calar en esta lucha de bonzos y mandarines y ver cuán ridículo es querer separar en la leche la nata del suero. La última lección que usted nos dio, la de Fray Luis de León, como antes la del Arcipreste, me penetró mucho y me pareció excelente. Mis estudios de filosofía románica me han permitido ver qué frágiles son los tabiques que se levantan entre el elemento popular y el elemento culto y hasta culterano...

Aquel hombre tan eminente, pensador de fama universal e imperecedera, el excepcional Unamuno, había descubierto el valor del examinando, a quien lo llamaba "mi querido amigo y compañero" (a pesar de la diferencia de edades entre uno y otro), y le declaraba, sin orgullo tonto, que había recibido de él, de don Dámaso Alonso, una lección que le penetró mucho. Esta es la verdadera amistad que debe nacer y cultivarse entre maestro y discípulo, no esa otra que surge del querer congraciarse, de la complacencia y hasta de la alcahuetería.

Pero don Miguel no solo vio en don Dámaso a un serio descubridor de verdades en los fondos literarios, sino también al gran poeta que ya en él había, y por eso le recordaba esto:

"Ahora quiero repetirle lo que le dije después de su primer ejercicio; vuelva a la poesía (en verso o en prosa). Defiéndase de la profesoría. Se lo dice quien viene más de cuarenta años defendiéndose de ella. Hay como les dije en el susomentado Comité —con gran regocijo para Paul Valery—, productores y consumidores de cultura —y el que consume produce (produce consumo), pues oyendo y leyendo se produce tanto como hablando o escribiendo—, pero hay también administradores de ella y en muchos casos no más que revendedores. Sé que usted no caerá ni en bonzo ni en mandarín, pero, se lo repito, entréguese a lo que le brota del fondo. No conozco gran investigador, gran crítico que no haya sido poeta, creador".

Y don Dámaso ha llegado a gran crítico, gran investigador, porque ha sido gran poeta, en prosa y en verso. El declara haber seguido el consejo de Unamuno: "Como don Miguel fue quien me dio el espaldarazo, siempre procuré cumplir sus instrucciones (así en las reglas de caballería). He conocido a lo largo de mi vida —como él me lo anunciaba— muchos bonzos y no pocos



mandarines, y aun más revendedores que administradores de cultura. Y como don Miguel me lo mandaba yo he procurado no separar nunca la actividad crítica de la poética. Aunque ello produzca requemada indignación a algunos bonzos y a ciertos mandarines (y malandrines) de la cultura". Aquí se ve cuán fecundo suele ser un consejo, un solo consejo de un gran maestro en la conducta de un discípulo —porque don Dámaso, sin haber asistido a lecciones de Unamuno, fue su discípulo y amigo; siguió con fidelidad su consejo y con fidelidad lo quiso—.

Las consideraciones —que tal vez parezcan disgresiones— y citas anteriores han venido a cuento por lo del reloj, o no-reloj de don Dámaso. Ni pulseras de ostentación ni esposas que restrinjan la libertad y tasan el trabajo creador del pensamiento con su menudito tictac, para no caer en la *profesoría* de que habló Unamuno, en revendedor de cultura, ni menos en el boquirrubio sin miga que suele ser tan aplaudido en algunas frondosas latitudes. La diferencia entre un verdadero profesor y otro que apenas lo es por simple denominación no la perciben muchos de nuestros estudiantes, ni algunos adultos de los que suelen asistir a conferencias públicas de tipo cultural. Pero, sin embargo, no deben importar los poco avisados en distinguir valores, ni los resabidos y marisabidillas que hay en toda viña del Señor: la presencia de profesores como Dámaso Alonso es necesaria, indispensable para elevar nuestro nivel de cultura. Dichosamente hay aquí tierra fértil suficiente para que germine, crezca, fructifique y se desparrame la simiente que vayan sembrando estos maestros. Ah sí, daba gusto ver cómo se mantuvo hasta el final aquella nutrida concurrencia en la clase de Estilística, y me satisfizo comprobar, por otra parte, que una buena mayoría de quienes asistieron a sus conferencias públicas notaron cosas nuevas, descubiertas, cosechadas y ofrecidas por el conferenciante.

Muchas de estas conferencias en breve tiempo serán nuevos libros de don Dámaso, que vendrán a enriquecer considerablemente la bibliografía sobre estudios y ensayos literarios y filológicos de nuestra lengua. Por ejemplo la que tituló *Debe y haber de la literatura española* será un libro muy novedoso, cuyo resumen tuvimos el privilegio de escuchar. Otras conferencias, como *Estética ascendente y estética descendente en Quevedo*, *Historicismo y comprensión de la obra literaria*, etc., sin duda serán capítulos de otros libros futuros. En fin, aquellas fueron nueve o diez conferencias bien sazoadas, producto de cuidadoso examen y seria meditación, no improvisadas así como así, de un día para otro, sino el resultado de mucho tiempo de trabajo serio y responsable, también apasionante y generoso. Dámaso Alonso es ejemplo fecundo y positivo de labor y riqueza espiritual que se



mandarines, y aun más revendedores que administradores de cultura. Y como don Miguel me lo mandaba yo he procurado no separar nunca la actividad crítica de la poética. Aunque ello produzca requemada indignación a algunos bonzos y a ciertos mandarines (y malandrines) de la cultura". Aquí se ve cuán fecundo suele ser un consejo, un solo consejo de un gran maestro en la conducta de un discípulo —porque don Dámaso, sin haber asistido a lecciones de Unamuno, fue su discípulo y amigo; siguió con fidelidad su consejo y con fidelidad lo quiso—.

Las consideraciones —que tal vez parezcan disgresiones— y citas anteriores han venido a cuento por lo del reloj, o no-reloj de don Dámaso. Ni pulseras de ostentación ni esposas que restrinjan la libertad y tasen el trabajo creador del pensamiento con su menudito tictac, para no caer en la *profesoría* de que habló Unamuno, en revendedor de cultura, ni menos en el boquirrubio sin miga que suele ser tan aplaudido en algunas frondosas latitudes. La diferencia entre un verdadero profesor y otro que apenas lo es por simple denominación no la perciben muchos de nuestros estudiantes, ni algunos adultos de los que suelen asistir a conferencias públicas de tipo cultural. Pero, sin embargo, no deben importar los poco avisados en distinguir valores, ni los resabidos y marisabidillas que hay en toda viña del Señor: la presencia de profesores como Dámaso Alonso es necesaria, indispensable para elevar nuestro nivel de cultura. Dichosamente hay aquí tierra fértil suficiente para que germine, crezca, fructifique y se desparrame la simiente que vayan sembrando estos maestros. Ah sí, daba gusto ver cómo se mantuvo hasta el final aquella nutrida concurrencia en la clase de Estilística, y me satisfizo comprobar, por otra parte, que una buena mayoría de quienes asistieron a sus conferencias públicas notaron cosas nuevas, descubiertas, cosechadas y ofrecidas por el conferenciante.

Muchas de estas conferencias en breve tiempo serán nuevos libros de don Dámaso, que vendrán a enriquecer considerablemente la bibliografía sobre estudios y ensayos literarios y filológicos de nuestra lengua. Por ejemplo la que tituló *Debe y haber de la literatura española* será un libro muy novedoso, cuyo resumen tuvimos el privilegio de escuchar. Otras conferencias, como *Estética ascendente y estética descendente en Quevedo*, *Historicismo y comprensión de la obra literaria*, etc., sin duda serán capítulos de otros libros futuros. En fin, aquellas fueron nueve o diez conferencias bienazonadas, producto de cuidadoso examen y seria meditación, no improvisadas así como así, de un día para otro, sino el resultado de mucho tiempo de trabajo serio y responsable, también apasionante y generoso. Dámaso Alonso es ejemplo fecundo y positivo de labor y riqueza espiritual que se



prodigan; óptimo ejemplo para discípulos y aun para profesores. Sólo trabajando así es posible descubrir y crear. Por sus méritos indiscutibles don Dámaso ha sido constantemente solicitado por las mejores Universidades del mundo, europeas y americanas, algunas de las cuales han premiado sus méritos con la máxima distinción, como es el Doctorado *honoris causa*: Oxford, Hamburgo, Friburgo, Roma, Burdeos, San Marcos de Lima y Costa Rica. Y ya que me refiero a la nuestra, me complace decir que cuando le di la noticia, el mismo día en que tomaría el avión para regresar a su patria, en el aeropuerto, la recibió con manifiesta emoción y gratitud, con visible halago, como si aquel título hubiera sido el primero que se le otorgaba. El 30 de noviembre regresaba, y mientras íbamos camino del aeropuerto, el Consejo Universitario se reunía para discernirle un honor que había de recaer en la propia Universidad de Costa Rica.

Este día nos despedimos otra vez, ahora confirmada nuestra amistad y con otra más, ganada en los tres meses inolvidables; otra: la de Eulalia, su admirable compañera. Las despedidas entristecen cuando los que se van (o quienes se quedan) son personas que se quieren. Aquella me entristecía profundamente, a pesar de tener la esperanza de que nos encontraríamos otra vez. Pero, ¿cuándo, y cuánto habría que esperar? El destino —para llamar de algún modo ese acontecer fortuito— me tenía dispuesto un viaje muy próximo a España, y así, tres meses y medio más tarde volvimos a encontrarnos para trabajar juntos en la Comisión Permanente de la Asociación de Academias de la Lengua Española.



Aquel domingo, 20 de marzo de 1966, llegué a mi ya familiar ciudad de Madrid. Pocos días antes había recibido una breve carta de don Dámaso en que me decía: “Mi querido Arturo: muchas gracias por su venida. Estamos muy contentos. Nos extraña que no nos pida ni ayuda ni noticias para alojamiento. La época de llegada —vísperas de Semana Santa— es época de escasez de habitaciones. ¿Quiere V. que le tengamos buscado algo, aunque sea con carácter provisional? ¿O lo tiene ya?” Cuando recibí estas líneas ya casi tenía un pie en el avión; pero aunque hubiese habido tiempo de que recibiera mi contestación antes de mi llegada, no le habría indicado con precisión el día de esta, pues no quería perturbar el descanso dominical de mis amigos con su ir a recibirme al aeropuerto.



Así sucedió: a Barajas llegué sin avisar. En Madrid encontré el hospedaje que había esperado, y luego, a pesar de mi fatiga y el intenso frío —últimos bostezos del invierno—, me orienté a casa de don Dámaso. Desde luego que mi llegada les produjo sorpresa a mis amigos, como también la falta de abrigo para mis carnes. Pero yo resistía muy bien el frío, tal vez porque lo moderaba el calor de mi emoción y la cordial acogida. Sin embargo, al retirarme no se me permitió salir sin gabardina, guantes, chaleco y bufanda; y así, con estas prendas ajenas anduve tres días por las calles de Madrid. Al verme disfrazado de hombre tan importante como lo es don Dámaso, pensaba en tantos que se visten y revisten, no de ropa, sino de ideas ajenas, sin declararlo para conseguir lo suyo. Mi caso era distinto y obligado, y hasta como para sentirme ufano.

Tarde amable y deliciosa la de aquel domingo, con tan grata compañía en un resto de paraíso, tranquilo y florido (por fuera de rosas, mosquetas y geranios; por dentro de libros y afectos), que se ha podido librar hasta el momento de la precipitada expansión urbana sin urbanía casi ni sosiego, moderno desbordamiento sobre la serena campiña suburbana. Este día, también memorable para mí, se reanudó mi comunicación personal con mis amigos, para que se prolongara durante cuatro meses. Y aquí, en esta casa y huerto, donde se ha refugiado el sosiego acorralado por el “progreso”, estaría yo entonces muchas veces, entre paredes tapizadas de libros, o entre flores y árboles que comenzaban a revestirse lentamente con solo el presentimiento de la primavera. En la sala, sobre el amplio mármol de una consola y en otro lugar preferente, un recuerdo, acaso lo más auténtico de Costa Rica: exhumadas creaciones indígenas, tierra nuestra que había regresado a la tierra, depositada en las huacas para la vida ultraterrena de sus dueños. Don Dámaso las muestra con afán a sus amigos que lo visitan y les explica el quizá, el “me parece” de cuanto podían significar figuras y detalles. Observa hasta la minucia importante, como si estuviese analizando poemas, y se diría que hasta con la misma intuición y emoción. El interés que manifiesta por estas cosas no es que me parece a mí, sino que lo habría de confesar él mismo en su discurso de agradecimiento por el título de Doctor *honoris causa* que le confirió nuestra Universidad, al declarar: “No puedo olvidar algo que creo importante en mi vida: ahí he recibido una primera iniciación de arqueología precolombina, y a través de ella, una comprensión, que antes no tenía, de la cultura de los antiguos pueblos indios, de su refinado sentido del arte, de la fantasía de sus mentes, de su realismo y aun de su humor. ¡Quién tuviera treinta años menos para poder seguir avanzando por esta senda!”



En esta sala del piano y la cerámica indígena, en la otra donde medita y escribe don Dámaso, y en el comedor yo disfrutaría de veladas amables y tardes plácidas, ya sólo con sus moradores, ya con otros invitados a quienes se me quería presentar, o con los otros compañeros de la Comisión Permanente. Y también aquí, en este huerto, cuando viniera el verano, para tener ante los ojos la presencia de plantas y flores, así como la caricia embalsamada y fresca de la brisa. ¿Quién me hubiera dicho que comería semillas del almendro que inspiró los versos que rematan el poema de "Mujer con alcuza", para con ellas acompañar el jerez, el coñac, el ron puertorriqueño llevado por Fonfrías, o aquel fino licor de Galicia, con el cual preparó Castillo Puche la bebida misteriosa que nació de llamas azulinas en la oscuridad, como producto de una ceremonia espiritista? Aquí Rafael Lapesa, Martín de Riquer, José María Cossío, Luis Alfonso, Ernesto Juan Fonfrías, José María Blecua, las señoras, con don Dámaso y Eulalia, se me asocian formando un haz de calurosos y gratisimos recuerdos. En la Avenida Alberto Alcocer hay una entrada y el número 33 en la tapia del fondo; aquí el acceso con sombra de mosquetas; unas gradas, y ya se está en este vergel propicio y acogedor, como diseñado por Berceo "pora omne cansado", o bien para soñar con Fray Luis en el "almo reposo", pero si se quiere para trabajar con diligente sosiego como sus moradores. ¿Cómo, pues, olvidar este retiro y a quienes viven aquí?

Jueves y viernes —a veces miércoles— de cada semana estuve con don Dámaso en labores académicas. Dos, tres sesiones continuas, en francas, sencillas y fecundas deliberaciones. Don Dámaso preside la Comisión Permanente de la Asociación de Academias de la Lengua Española, hecha realidad en Buenos Aires; don Dámaso es miembro de la Comisión de Diccionarios; don Dámaso asiste siempre a la sesión plenaria de la Real Academia. Preside con notable acierto, interviene con certero juicio, pero sin la voz engolada ni la terminología científica innecesaria del domine que pontifica. Dialoga, conversa como en coloquio amistoso, con claro discernimiento, salpicado a veces de fino humor. Por esto último y por su perspicaz observación y actividad yo lo llamaba el "enfant terrible" de la Real Academia. Varias veces me he preguntado cómo sería don Dámaso en su niñez, adolescencia y juventud. Se ha dicho que don Ramón Menéndez Pidal tiene ahora 96 años de mocedad, y yo diría que su discípulo seguirá el mismo ejemplo vital del maestro, con algo más: vivacidad y humor, aunque sus retratos engañen con el gesto adusto a quienes personalmente no lo conozcan. No es tan fiero el león como lo pintan.



En esta sala del piano y la cerámica indígena, en la otra donde medita y escribe don Dámaso, y en el comedor yo disfrutaría de veladas amables y tardes plácidas, ya sólo con sus moradores, ya con otros invitados a quienes se me quería presentar, o con los otros compañeros de la Comisión Permanente. Y también aquí, en este huerto, cuando viniera el verano, para tener ante los ojos la presencia de plantas y flores, así como la caricia embalsamada y fresca de la brisa. ¿Quién me hubiera dicho que comería semillas del almendro que inspiró los versos que rematan el poema de "Mujer con alcuza", para con ellas acompañar el jerez, el coñac, el ron puertorriqueño llevado por Fonfrías, o aquel fino licor de Galicia, con el cual preparó Castillo Puche la bebida misteriosa que nació de llamas azulinas en la oscuridad, como producto de una ceremonia espiritista? Aquí Rafael Lapesa, Martín de Riquer, José María Cossío, Luis Alfonso, Ernesto Juan Fonfrías, José María Blecua, las señoras, con don Dámaso y Eulalia, se me asocian formando un haz de calurosos y gratísimos recuerdos. En la Avenida Alberto Alcocer hay una entrada y el número 33 en la tapia del fondo; aquí el acceso con sombra de mosquetas; unas gradas, y ya se está en este vergel propicio y acogedor, como diseñado por Berceo "pora omne cansado", o bien para soñar con Fray Luis en el "almo reposo", pero si se quiere para trabajar con diligente sosiego como sus moradores. ¿Cómo, pues, olvidar este retiro y a quienes viven aquí?

Jueves y viernes —a veces miércoles— de cada semana estuve con don Dámaso en labores académicas. Dos, tres sesiones continuas, en francas, sencillas y fecundas deliberaciones. Don Dámaso preside la Comisión Permanente de la Asociación de Academias de la Lengua Española, hecha realidad en Buenos Aires; don Dámaso es miembro de la Comisión de Diccionarios; don Dámaso asiste siempre a la sesión plenaria de la Real Academia. Preside con notable acierto, interviene con certero juicio, pero sin la voz engolada ni la terminología científica innecesaria del dómine que pontifica. Dialoga, conversa como en coloquio amistoso, con claro discernimiento, salpicado a veces de fino humor. Por esto último y por su perspicaz observación y actividad yo lo llamaba el "enfant terrible" de la Real Academia. Varias veces me he preguntado cómo sería don Dámaso en su niñez, adolescencia y juventud. Se ha dicho que don Ramón Menéndez Pidal tiene ahora 96 años de mocedad, y yo diría que su discípulo seguirá el mismo ejemplo vital del maestro, con algo más: vivacidad y humor, aunque sus retratos engañen con el gesto adusto a quienes personalmente no lo conozcan. No es tan fiero el león como lo pintan.



El está pendiente de todo, hace las cosas por sí mismo, descansa de pie, no le es posible dar lecciones o pronunciar conferencias sentado, porque así descansa de estarlo cuando escribe o está en las juntas académicas. No se me olvidará jamás la carrera de Maratón que nos ganó a Riquer y a mí, después de haber asistido a tres sesiones muy activas. A las ocho y treinta minutos de la tarde termina la sesión plenaria de la Real Academia, y aquel día invitaban a caminar la hora crepuscular y el buen tiempo. Don Dámaso quiso aceptar la invitación pero con nosotros, para que conversáramos paseando por ahí. El andar comenzó a pasos normales, y conversando bajamos la Calle de Felipe IV, hasta desembocar en el Paseo del Prado, por el cual seguimos hasta la Plaza de Cibeles. Pasamos la intersección de Alcalá y nos detuvimos a comprar en un puesto de periódicos el ABC. Aquí resolvimos tomar un taxi que nos llevara a nuestras respectivas casas, pues habíamos andado ya cerca de un kilómetro. Avanzamos por la Castellana, cada vez apurando más el paso, con el fin de tomar un vehículo, don Dámaso por un lado y el señor Riquer y yo por otro, pero nada. Noche de fútbol: muy pocos taxis de los muchísimos que tiene Madrid, y los que se veían, ocupados. A medida que avanzábamos se aceleraba nuestro andar, hasta que se convirtió en carrera; don Dámaso a la cabeza, como diez metros detrás Riquer y yo a la zaga. Un kilómetro, dos, creo que hasta el monumento de Castelar, y ni un taxi libre. Aquí don Martín se detuvo, respiró y dijo: "Ya he llegado", y se despidió. Había llegado a casa de los amigos donde se hospeda a veces, cuando viene de Barcelona a Madrid. Continuamos los otros dos corredores un largo trecho, hasta que don Dámaso divisó un taxi desocupado entre la multitud copiosa de coches que iban y venían; atravesó la calle, corriendo más de prisa, y lo detuvo. Yo la atravesé después. Cuando estábamos dentro del coche me preguntaba muy preocupado: "¿Se siente bien? ¿Está agotado?" El sentía pena por haberme obligado a correr, pero yo sentía la del vencido, aunque también deseaba que hubiese doctorados *honoris causa* para tan espontáneas como excepcionales muestras de resistencia.

Esta noche me dejó en el hostel, por Cava de San Miguel, a la vuelta de su antigua casa, donde vivió cuando era niño. Casi todos los días pasaba yo frente a esa casa y a menudo recorría las calles aledañas, imaginándome al inquieto niño transitar por ellas, corriendo más que caminando, pero deteniéndose para observarlo todo, quizá tocándolo, con sed ardorosa de conocimiento. ¿Por ahí, cuando era joven, se pondría con el niño del balcón vecino a contar las estrellas, como lo relata en su poema? Casa vieja de San Miguel, vecina mía durante cuatro meses; Mercado







*Primera lección de Dámaso Alonso  
en el Departamento de Filología de la Facultad  
de Ciencias y Letras*

El 14 de setiembre de 1965 don Dámaso Alonso inició su curso de "Estilística sobre poetas del Siglo de Oro Español" en el Departamento de Filología de la Facultad de Ciencias y Letras de nuestra Universidad, frente a una selecta concurrencia de catedráticos, profesores de segunda enseñanza y estudiantes próximos a graduarse. Publicamos una reconstrucción de la primera clase que dio.

Había sido una aspiración de mi vida el no morirme sin conocer esta tierra, sin meterme un poco más en sus problemas lingüísticos y literarios; pero, más que eso, conocer el paisaje, los hombres, la vida, porque después de todo, a mí lo que más me gusta es la vida, y por ella la literatura, y en la literatura la vida también.

El método estilístico —si así puede llamársele— de que les voy a hablar, nació en mí hace ya muchos años: allá por el año 47, precisamente en un viaje por América, pero por América del Sur; luego se condensó o se concretó en mi libro *Poesía española. Ensayo de métodos y límites estilísticos*. Han pasado muchos años y con asombro mío ha ocurrido que el libro, mientras iba acumulando ediciones en España, ha empezado a pasar también a otras lenguas y tuvo primero una versión al portugués, que se publicó en Brasil, en el "Instituto Nacional do Livro"; esto hace pocos años; últimamente, en esta primavera, ha salido la traducción italiana hecha en la editorial "Il Mulino" de Bolonia. Esta última edición y la alemana proceden de una refacción del texto en que yo he quitado lo adjetivo, lo que no era absolutamente esencial para la tesis sustentada, lo que podía haber sido exceso o alegría de pluma o prejuicio de persona que no se atreve a quemar un pormenor erudito que tiene entre manos. La versión alemana representa quizá la forma definitiva de mi libro, aunque los edi-







tores españoles se han empeñado siempre en continuar con la forma primitiva de la primera edición. No añado la italiana porque esta traducción, a mi juicio, deja bastante que desear.

He dudado mucho de cómo empezar a hablarles a ustedes hoy. Primero tuve la inclinación a empezar *in medias res*, poniéndoles frente a frente de los casos prácticos, porque siempre quiero que la teoría vaya contrastada con los problemas prácticos, es decir, que del texto y textos que vayamos conociendo surjan los comentarios. Pero he creído necesario exponerles, a grandes líneas, los fundamentos de mi teoría estilística, para evitar el tener que estar repitiendo o explicando en los días sucesivos.

Mi libro se llama, como he dicho, *Poesía española. Ensayo de métodos y límites estilísticos*. Y en este subtítulo, “ensayo de métodos y límites estilísticos”, está verdaderamente su definición misma. Es una busca de métodos para la comprensión de la obra literaria, y es, desde el primer momento, una conciencia de los límites invencibles que una metodología científica tiene frente a la obra literaria. Ese límite existe. Todos ustedes seguramente conocen la gran división, ya vieja, de bastantes decenios, sobre si las ciencias del espíritu pueden tener formulación de leyes que se parezcan de algún modo a las leyes físico-matemáticas. La ley natural, por ejemplo, está basada en una experiencia repetida, de donde se induce la ley general. ¿Hay algo posible en literatura o, generalizando, por qué hay algo posible en arte? Considero ahora la literatura como un arte. Y el objeto del arte, el objeto de la literatura, es único; lo característico suyo es, precisamente, su “unicidad”, y esta “unicidad” de la criatura artística se opone a la posible aplicación de nada que sea inducción de una ley de tipo general. Puedo leer una obra literaria y darme cuenta de que se trata de un poema, por ejemplo de un poema épico, y que éste puede ser del tipo de las canciones de gesta francesas. Veo otra obra literaria y me doy cuenta de que también es un poema épico y que asimismo versa sobre las canciones de gesta francesas. Inmediatamente puedo inducir un concepto: “canción de gesta”. Pero no puedo pasar de ahí; no se puede pasar de una tipología de esas criaturas *únicas*, porque luego cada una de esas criaturas únicas afecta de una manera distinta a mi sensibilidad; se define tan única, tan peculiar, tan exclusiva, como un ser humano es peculiar, exclusivo. He aquí, pues, que en el principio de mi indagación estaba el concepto de límite; el estudio científico de la obra literaria está limitada. ¿Y cómo? Está limitada por *la intuición*. Sin la intuición del lector no hay nada que hacer en estilística. Mas aún, cuando comencé a trabajar en







es el *signo lingüístico*. Saussure distinguió también la simple sucesión de las sílabas que forman la palabra, la imagen acústica, y no consideró como significante esta simple sucesión de sílabas. Por ejemplo —usemos el mismo que él propone— la palabra *árbol*, la sucesión silábica *árbol*. Lo que el oyente y lo que en él suscita el concepto que corresponde en lengua española a la palabra *árbol* no es la sucesión de sílabas, sino la imagen acústica que se ve perfectamente cuando se comprende que con los labios cerrados, sin proferir una sílaba, podemos recitar un soneto o todo un poema. Vamos teniendo como la pintura o la imagen en nuestro cerebro, no sólo de las sílabas, sino de la frase, de la entonación en el verso, hasta de la acentuación. Cerramos los labios y evocamos una serie de endecasílabos y vamos sintiendo hasta la música de los versos que podemos suscitar hasta sin pronunciar sílaba alguna. En mis explicaciones, comprendo la necesidad de la distinción que hace Saussure, sobre todo para un análisis un poco fino desde el punto de vista lingüístico; pero cuando hablo de análisis literarios, prescindo del concepto de imagen acústica, y hago, por tanto, un voluntario error que es tomar la sucesión fónica y la imagen acústica indistintamente, es decir, que a mí me basta considerar la sucesión de sílabas como significante y el concepto que ese significante encierra, como significado. Yo pronuncio o emito una sucesión de sílabas a las que corresponde un concepto; el oyente recibe la sucesión de sílabas, y el concepto es entonces evocado en su inteligencia; el concepto ha pasado, por medio de la sucesión de sílabas, o, si prefieren ustedes, de la imagen acústica, al oyente.

Hasta aquí la base saussuriana de la teoría que voy a exponer; pero las diferencias con Saussure fueron, desde el primer momento, sumamente grandes en mi sistema. Voy a tocar aquí una de ellas, brevemente, porque luego la volveré a tratar. Saussure partía de la idea de que el signo es siempre *arbitrario e inmotivado*; la cosa es muy práctica: “árbol” se llama *árbol* en español, pero en francés se llama *arbre*, en inglés *tree*, en alemán *Baum*; no hay nada que ligue el concepto “árbol” a las sílabas que expresan este concepto, y Saussure decía: “El lazo que une el significante al significado es arbitrario; o bien, puesto que entendemos por *signo* el total resultante de la asociación de un significante con un significado, podemos decir más simplemente: *el signo lingüístico es arbitrario*”. Y también era inmotivado para él, pues consideraba que no hay motivo ninguno que ligue la sucesión de sílabas que expresan un concepto, al concepto mismo. Reconociendo la realidad de la arbitrariedad del signo, yo no admito, de ninguna manera, la inmotivación, es decir, creo que el







del mismo concepto que tiene la voz "susurro". Hay una serie de palabras en la lengua, unas de una manera más intensa, otras menos, en las cuales existe para el hablante una motivación interna del vínculo entre significante y significado. Yo digo *monótono* y esa sucesión de cuatro oes de esta palabra ("el clamor monótono de las campanas") están pintando en mi mente, y en la de quienes la oyen, la repetición, el incansable volver a empezar del tañido de las campanas, su monotonía. Y esto existe en todas las lenguas, y naturalmente que muchas veces la causa que ha producido esta especie de motivación interna es la ilusión que el hablante siente, y por eso no debemos cometer, como lo hacen muchos lingüistas, la crueldad de privar al hablante de su ilusión, pues ese elemento es muy importante en el lenguaje: el hablante y sus ilusiones.

A veces son, sin embargo, meras casualidades. Por ejemplo la palabra "látigo" nos produce la sensación del ruido que produce ese objeto al azotar, y la rapidez de la acción. Sin embargo la filología histórica podría llegar a saber que por su etimología *látigo* no tiene tal motivación, al menos las que se han propuesto no la revelan, de modo que estimológicamente no existe la motivación pero por casualidad se dio.

Existe, pues, en contra de la idea de la inmotivación del signo lingüístico el hecho evidente, el primero, de la ilusión general del hablante, del elemento del hablante y del oyente, del elemento más importante y fundamental de la lingüística y, segundo, el hecho indudable de que en todas las lenguas existe un enorme porcentaje de voces en las que todo hablante siente la relación entre significante y significado.

He aquí, pues, la primera diferencia con relación a la doctrina saussuriana; pero hay todavía otra que es tan importante como la primera: para Saussure y, por consecuencia, para la mayor parte de las escuelas lingüísticas actuales, los signos del lenguaje son meros transmisores —para hablar en conceptos saussurianos— de conceptos. La palabra "árbol" transmite el concepto *árbol*, etc. Esta es una idea verdaderamente pobre, tan plana, tan de máquina y no de ser humano, de lo que es la tridimensional profundidad de la realidad idiomática, que verdaderamente asombra, porque los significantes no transmiten meramente conceptos, sino *complejos funcionales*. El error, a mi juicio, de Saussure fue manejar los signos lingüísticos como simples voces, como tomadas éstas con pinzas, como si estuvieran en un diccionario, es decir, en una necrópolis idiomática. Creer que se las podía meter en un



tubo de ensayo para experimentar con ellas *in vitro*, cuando las palabras no existen, no tienen realidad más que en la elocución viva, es decir, dentro de un contexto y dentro de una situación idiomática, porque el significante no emana en el hablante de un mero concepto; ni el más aburrido ni el más pedantesco profesor, ni el más desamorado o desangelado profesor en su cátedra, emite solamente conceptos químicos puros, pues hay la afectividad y hay, además de eso, muchas veces profundas sinestesias visuales, auditivas o táctiles. Cualquier significante que uno emite contiene un concepto, pero no siempre un concepto, pues a veces el hablante emite nada más que voliciones o vagas referencias conceptuales. Por ejemplo una persona que se hiere un dedo en una puerta exclama: “¡Ay!” ¿Qué carga conceptual existe en este ay? Lo afectivo y lo volitivo es lo predominante; y, además, pasa otra cosa muy curiosa que desde luego Saussure no podía tener en cuenta: a veces el significante puede encerrar dos o tres o más conceptos que se cruzan en la mente del hablante. Digo que no lo pudo tener en cuenta, porque tampoco tuvo en cuenta el lenguaje literario. Pero piensen ustedes en la metáfora. En ella un significante, tomando la más simple, la más vulgar, como la metáfora “perlas” u “oro”; estos dos significantes designan cada uno al mismo tiempo dos conceptos que se cruzan en la mente del que las oye: uno, la materia suntuaria mentada directamente; otro, lo que corresponde a la realidad: *dientes* de bella muchacha y *cabellera* rubia de una mujer hermosa. De manera que no es absoluto que a un significante corresponda únicamente un significado determinado, y hay ocasiones en que a un significante correspondan dos o tres significados. Si ustedes toman, por ejemplo, la poesía de Quevedo, se encontrarán con que a veces se montan hasta tres conceptos en un solo significado, porque se ligan la metáfora y un juego de palabras. Resulta, pues, que el significante y el significado son, por naturaleza, complejos de elementos conceptuales, volitivos e imaginativos. Ejemplos: la madre llama a su hijo y le dice; “*Juan*”. El significante es *Juan*, pero la madre puede llamarle para mandarle algo al niño, para reñirle o castigarle, o para llamarle asustada; el niño se puede caer, o puede exclamar eso aterrada en el momento en que un automóvil le atropella, o ve que está a punto de caer a un precipicio. He aquí un caso en que lo conceptual es muy pequeño, lo conceptual es aquí únicamente como el timbre del teléfono. Es meramente un aviso, pero lo que tiene importancia es la intensidad, la velocidad, el matiz de las vocales, la tensión articulatoria. Combinando estos elementos, el oyente —el niño en este caso— sabe que su madre le llama para reñirle o acariciarle, o que le llama asustada o aterrada. Todos esos ele-



mentos, pues, modifican el significante; el tono, la emisión de las vocales, la rapidez, la intensidad con que se habla, etc. Y todo eso, cuando el niño oye su nombre, lo comprende; se transmite del hablante al oyente; es, por tanto, significante también. Ahora comprendemos perfectamente que el significante, entendido en todo rigor, no puede ser de ningún modo la mera sucesión de las sílabas de los fonemas, que forman la palabra, tal como están registrados en un diccionario, sino que es la palabra puesta en la lengua viva, la palabra usándose en la práctica (y que en la práctica la palabra no es esa mera entidad absolutamente limpia, escueta, conceptual, sino que en ella van implícitos elementos que están expresados fonéticamente también, pero no sólo por la sucesión de sílabas). Todos esos elementos son significantes parciales que se unen para expresar el significado total, y a cada uno de ellos corresponde un significado parcial; el oyente recibe todos los significantes parciales e intuye el significado total.

Otro ejemplo tomado del libro *Poesía Española*: oigo a una persona que dice *Era una muchachita encantadora*. En la elocución normal recibimos la sensación de gracia o de ternura que inspiraba la niña a la persona que ha pronunciado la frase. Pero ocurre que esta expresión podría pronunciarse de manera muy distinta: con tono grave o agudo, con entonación diferente, melosidad mayor o menor, etc. Los cambios de velocidad dentro de ella, la prolongación de una o varias sílabas, de una o varias vocales, la alteración de éstas (cerrazón o apertura), los cambios de intensidad de toda la frase o de una de sus partes, en fin, todos estos elementos son significantes parciales que van a unirse a la sucesión de fonemas que forman la frase "era una muchachita encantadora". El oyente recibe el complejo que forman todos esos significantes parciales e intuye por el conjunto de todos ellos, por la imagen acústica que forman la suma de todos ellos, el sentido de la frase. Porque ésta puede tener una serie de sentidos muy distintos, según las maneras diversas de pronunciarse. Y estos cambios están en el lenguaje de todos los días, en él estamos oyendo constantemente cosas parecidas que no notamos porque son tan normales, tan absolutamente diarias que no las advertimos.

Sucede, pues, que vemos en la frase citada la trasmisión de elementos conceptuales y de elementos afectivos. La transmisión de elementos afectivos puede llegar a producir la perturbación y aun casi la inversión del concepto fundamental. Puede, en ciertas ocasiones, haber en la frase una serie de elementos imaginativos, pictóricos o descriptivos. Un significante es siempre un complejo de significantes parciales, de los cuales, el primero



mentos, pues, modifican el significante: el tono, la emisión de las vocales, la rapidez, la intensidad con que se habla, etc. Y todo eso, cuando el niño oye su nombre, lo comprende; se transmite del hablante al oyente; es, por tanto, significante también. Ahora comprendemos perfectamente que el significante, entendido en todo rigor, no puede ser de ningún modo la mera sucesión de las sílabas de los fonemas, que forman la palabra, tal como están registrados en un diccionario, sino que es la palabra puesta en la lengua viva, la palabra usándose en la práctica (y que en la práctica la palabra no es esa mera entidad absolutamente limpia, escueta, conceptual, sino que en ella van implícitos elementos que están expresados fonéticamente también, pero no sólo por la sucesión de sílabas). Todos esos elementos son significantes parciales que se unen para expresar el significado total, y a cada uno de ellos corresponde un significado parcial; el oyente recibe todos los significantes parciales e intuye el significado total.

Otro ejemplo tomado del libro *Poesía Española*: oigo a una persona que dice *Era una muchachita encantadora*. En la elocución normal recibimos la sensación de gracia o de ternura que inspiraba la niña a la persona que ha pronunciado la frase. Pero ocurre que esta expresión podría pronunciarse de manera muy distinta: con tono grave o agudo, con entonación diferente, melosidad mayor o menor, etc. Los cambios de velocidad dentro de ella, la prolongación de una o varias sílabas, de una o varias vocales, la alteración de éstas (cerrazón o apertura), los cambios de intensidad de toda la frase o de una de sus partes, en fin, todos estos elementos son significantes parciales que van a unirse a la sucesión de fonemas que forman la frase "era una muchachita encantadora". El oyente recibe el complejo que forman todos esos significantes parciales e intuye por el conjunto de todos ellos, por la imagen acústica que forman la suma de todos ellos, el sentido de la frase. Porque ésta puede tener una serie de sentidos muy distintos, según las maneras diversas de pronunciarse. Y estos cambios están en el lenguaje de todos los días, en él estamos oyendo constantemente cosas parecidas que no notamos porque son tan normales, tan absolutamente diarias que no las advertimos.

Sucede, pues, que vemos en la frase citada la transmisión de elementos conceptuales y de elementos afectivos. La transmisión de elementos afectivos puede llegar a producir la perturbación y aun casi la inversión del concepto fundamental. Puede, en ciertas ocasiones, haber en la frase una serie de elementos imaginativos, pictóricos o descriptivos. Un significante es siempre un complejo de significantes parciales, de los cuales, el primero



mentos, pues, modifican el significante: el tono, la emisión de las vocales, la rapidez, la intensidad con que se habla, etc. Y todo eso, cuando el niño oye su nombre, lo comprende; se transmite del hablante al oyente; es, por tanto, significante también. Ahora comprendemos perfectamente que el significante, entendido en todo rigor, no puede ser de ningún modo la mera sucesión de las sílabas de los fonemas, que forman la palabra, tal como están registrados en un diccionario, sino que es la palabra puesta en la lengua viva, la palabra usándose en la práctica (y que en la práctica la palabra no es esa mera entidad absolutamente limpia, escueta, conceptual, sino que en ella van implícitos elementos que están expresados fonéticamente también, pero no sólo por la sucesión de sílabas). Todos esos elementos son significantes parciales que se unen para expresar el significado total, y a cada uno de ellos corresponde un significado parcial; el oyente recibe todos los significantes parciales e intuye el significado total.

Otro ejemplo tomado del libro *Poesía Española*: oigo a una persona que dice *Era una muchachita encantadora*. En la elocución normal recibimos la sensación de gracia o de ternura que inspiraba la niña a la persona que ha pronunciado la frase. Pero ocurre que esta expresión podría pronunciarse de manera muy distinta: con tono grave o agudo, con entonación diferente, melosidad mayor o menor, etc. Los cambios de velocidad dentro de ella, la prolongación de una o varias sílabas, de una o varias vocales, la alteración de éstas (cierre o apertura), los cambios de intensidad de toda la frase o de una de sus partes, en fin, todos estos elementos son significantes parciales que van a unirse a la sucesión de fonemas que forman la frase "era una muchachita encantadora". El oyente recibe el complejo que forman todos esos significantes parciales e intuye por el conjunto de todos ellos, por la imagen acústica que forman la suma de todos ellos, el sentido de la frase. Porque ésta puede tener una serie de sentidos muy distintos, según las maneras diversas de pronunciarse. Y estos cambios están en el lenguaje de todos los días, en él estamos oyendo constantemente cosas parecidas que no notamos porque son tan normales, tan absolutamente diarias que no las advertimos.

Sucede, pues, que vemos en la frase citada la transmisión de elementos conceptuales y de elementos afectivos. La transmisión de elementos afectivos puede llegar a producir la perturbación y aun casi la inversión del concepto fundamental. Puede, en ciertas ocasiones, haber en la frase una serie de elementos imaginativos, pictóricos o descriptivos. Un significante es siempre un complejo de significantes parciales, de los cuales, el primero



mentos, pues, modifican el significante: el tono, la emisión de las vocales, la rapidez, la intensidad con que se habla, etc. Y todo eso, cuando el niño oye su nombre, lo comprende; se transmite del hablante al oyente; es, por tanto, significante también. Ahora comprendemos perfectamente que el significante, entendido en todo rigor, no puede ser de ningún modo la mera sucesión de las sílabas de los fonemas, que forman la palabra, tal como están registrados en un diccionario, sino que es la palabra puesta en la lengua viva, la palabra usándose en la práctica (y que en la práctica la palabra no es esa mera entidad absolutamente limpia, escueta, conceptual, sino que en ella van implícitos elementos que están expresados fonéticamente también, pero no sólo por la sucesión de sílabas). Todos esos elementos son significantes parciales que se unen para expresar el significado total, y a cada uno de ellos corresponde un significado parcial; el oyente recibe todos los significantes parciales e intuye el significado total.

Otro ejemplo tomado del libro *Poesía Española*: oigo a una persona que dice *Era una muchachita encantadora*. En la elocución normal recibimos la sensación de gracia o de ternura que inspiraba la niña a la persona que ha pronunciado la frase. Pero ocurre que esta expresión podría pronunciarse de manera muy distinta: con tono grave o agudo, con entonación diferente, melosidad mayor o menor, etc. Los cambios de velocidad dentro de ella, la prolongación de una o varias sílabas, de una o varias vocales, la alteración de éstas (cerrazón o apertura), los cambios de intensidad de toda la frase o de una de sus partes, en fin, todos estos elementos son significantes parciales que van a unirse a la sucesión de fonemas que forman la frase "era una muchachita encantadora". El oyente recibe el complejo que forman todos esos significantes parciales e intuye por el conjunto de todos ellos, por la imagen acústica que forman la suma de todos ellos, el sentido de la frase. Porque ésta puede tener una serie de sentidos muy distintos, según las maneras diversas de pronunciarse. Y estos cambios están en el lenguaje de todos los días, en él estamos oyendo constantemente cosas parecidas que no notamos porque son tan normales, tan absolutamente diarias que no las advertimos.

Sucede, pues, que vemos en la frase citada la trasmisión de elementos conceptuales y de elementos afectivos. La transmisión de elementos afectivos puede llegar a producir la perturbación y aun casi la inversión del concepto fundamental. Puede, en ciertas ocasiones, haber en la frase una serie de elementos imaginativos, pictóricos o descriptivos. Un significante es siempre un complejo de significantes parciales, de los cuales, el primero



tendrá que ser siempre el conceptual, porque es el que más distintivamente diferencia la transmisión del pensamiento humano que llamamos lenguaje. Pero hay que tener en cuenta los elementos afectivos, porque siempre, en cualquier elocución, de cualquier tipo, está el elemento afectivo como oreado por su brisa, como modificando, matizando el concepto fundamental, y estos elementos afectivos en casos extremos producen la antífrasis, producen exactamente el fenómeno de que el oyente reciba el concepto contrario al que expresa la sucesión del sintagma. Muchas veces, muchas más de las que imaginamos, se juntan los elementos imaginativos o pictóricos que conllevan al oyente desde el hablante una como descripción o pintura de algo que en este caso puede ser la manera afectada de hablar de la muchachita, o su manera de ser, o sus melindres, o su naturaleza de niña mimada. A veces puede suceder más todavía, y es que, si lo permite el contexto, no sólo se cambien los valores conceptuales de "encantadora", sino que se cambie el valor conceptual de "muchachita", porque puede ser que sea una mujer muy entrada en años, que afecta melindres de niña primaveral, que no es encantadora, sino inaguantable.

He aquí, pues cómo la idea saussuriana, tan féril y extraordinaria, del significante y el significado, por desgracia fue reducida a la consideración de la mera transmisión de conceptos. Transmitimos el concepto con el significante, pero el concepto va siempre envuelto de una carga afectiva que recibe también el oyente. Y muchas veces asimismo en el lenguaje vivo de una carga afectiva que podríamos llamar imaginativa, pictórica.

Ahora bien: sentado ya que el significante y el significado son una suma de significantes y significados parciales, pasemos a considerar el caso de la literatura, de la poesía. Empleo la palabra poesía en el sentido amplio en que se entiende, por ejemplo el que da la palabra *dictum* latina; pero empleo especialmente la voz para la poesía lírica por la razón que luego diré.

Les he dicho al principio que en la indagación saussuriana hay una posición fundamental: lo que es lingüístico y lo que estrictamente no lo es. Lingüístico es únicamente el estudio del lenguaje como sistema de signos expresivos. Pues bien, inmediatamente después, en el terreno de lo literario, *estudio estrictamente literario sólo es el de la literatura como sistema de signos expresivos*. Quiero decir que el estudio de lo que ordinariamente se suele llamar historia de la literatura, bibliografía, ediciones, transmisión de obra, biografía del autor, amistades y enemistades







pero que además como si tuvieran encima dos intensos reflectores eléctrico: los acentos de cuarta y octava sílaba, que intensifican el efecto de las dos oscuridades, las dos sílabas. Es necesario, pues, en literatura, partir de significantes, en general, más amplios que la palabra única.

Tomemos otro verso de Góngora:

“El pie argenta de plata al Lilibeo”.

Es un verso del “Polifemo” para describir el paisaje de Sicilia. Es un paisaje luminoso, de colores claros, mar azul, cielo despejado, espuma blanca de olas que rompen contra el monte llamado Lilibeo. Y por eso dice que “el mar el pie argenta de plata al Lilibeo”. Inmediatamente nos damos cuenta del efecto prodigioso que se presenta al leer este verso. Todas son vocales de la serie clara; solamente hay una oscura, que es la final. Pero observen ustedes la cantidad de líquidas (erre, eles), con su efecto peculiar de ligereza. Comprendemos entonces que todos estos elementos de tipo fónico son significantes parciales, que se unen al significante de tipo conceptual. Y ocurre, como en este caso, que la unidad que podemos tomar por significante es todo el verso endecasílabo.

Un endecasílabo, pues, puede ser considerado todo él como un significante parcial, porque hay relaciones de significantes parciales que solamente se cumplen y se perfeccionan dentro de toda la unidad del verso, así como en un soneto se cumplen las relaciones de significantes parciales que son sus versos. A veces unidades más amplias (un poema entero) podemos considerarlas, desde el punto de vista literario, como inmensas unidades a las cuales corresponden sus respectivos significantes mayores. Y nuestra misión frente a un poema, para estudiarlo, tratando de comprenderlo en su unidad y peculiaridad, es considerarlo como signo expresivo en donde concurren los elementos del significante y del significado. En lo que acabo de decir va implícita otra cosa, y es que *podemos acercarnos a la obra literaria desde dos puntos de vista totalmente opuestos: desde el significante y desde el significado*. Si aplicamos acertadamente la intuición previa para la elección del método de trabajo estilístico, veremos que hay obras que tienen un acceso mucho mejor desde el punto de vista del significante, otras mucho más fácil, más fértil, desde el significado.

Última cosa que les tengo que decir, pero importantísima en una lección previa: *es que la estilística no puede ser de ninguna*



pero que además como si tuvieran encima dos intensos reflectores eléctrico: los acentos de cuarta y octava sílaba, que intensifican el efecto de las dos oscuridades, las dos sílabas. Es necesario, pues, en literatura, partir de significantes, en general, más amplios que la palabra única.

Tomemos otro verso de Góngora:

“El pie argenta de plata al Lilibeo”.

Es un verso del “Polifemo” para describir el paisaje de Sicilia. Es un paisaje luminoso, de colores claros, mar azul, cielo despejado, espuma blanca de olas que rompen contra el monte llamado Lilibeo. Y por eso dice que “el mar el pie argenta de plata al Lilibeo”. Inmediatamente nos damos cuenta del efecto prodigioso que se presenta al leer este verso. Todas son vocales de la serie clara; solamente hay una oscura, que es la final. Pero observen ustedes la cantidad de líquidas (erre, eles), con su efecto peculiar de ligereza. Comprendemos entonces que todos estos elementos de tipo fónico son significantes parciales, que se unen al significante de tipo conceptual. Y ocurre, como en este caso, que la unidad que podemos tomar por significante es todo el verso endecasílabo.

Un endecasílabo, pues, puede ser considerado todo él como un significante parcial, porque hay relaciones de significantes parciales que solamente se cumplen y se perfeccionan dentro de toda la unidad del verso, así como en un soneto se cumplen las relaciones de significantes parciales que son sus versos. A veces unidades más amplias (un poema entero) podemos considerarlas, desde el punto de vista literario, como inmensas unidades a las cuales corresponden sus respectivos significantes mayores. Y nuestra misión frente a un poema, para estudiarlo, tratando de comprenderlo en su unidad y peculiaridad, es considerarlo como signo expresivo en donde concurren los elementos del significante y del significado. En lo que acabo de decir va implícita otra cosa, y es que *podemos acercarnos a la obra literaria desde dos puntos de vista totalmente opuestos: desde el significante y desde el significado*. Si aplicamos acertadamente la intuición previa para la elección del método de trabajo estilístico, veremos que hay obras que tienen un acceso mucho mejor desde el punto de vista del significante, otras mucho más fácil, más fértil, desde el significado.

Ultima cosa que les tengo que decir, pero importantísima en una lección previa: *es que la estilística no puede ser de ninguna*





manera un estudio exclusivamente desde el punto de vista del significante, no puede ser de ninguna manera un estudio de lo fónico, de lo rítmico, de los elementos de la serie fónica que forman la obra; la estilística tiene que ser lo que corresponde a la idea de estilo para mí. ¿Qué es para mí estilo? Estilo es lo que da unidad, o mejor aún, la "unicidad" de una obra literaria. El fin de la estilística es determinar ese estilo, esa "unicidad" de la obra literaria. Y esto no se puede hacer sin atender a los dos enfoques de la obra: al significante y al significado. Esto quiere decir que las investigaciones del pensamiento que infunde la obra no podemos dejarlas de lado, pues tienen una importancia extraordinaria. Son generalmente difíciles las indagaciones desde el punto de vista del significado, más que desde el significante. Ahí está el valor de las nuevas generaciones que quieran estudiar estilística, deben estudiar mucho desde la perspectiva del significado. Esto exige muchos conocimientos: biográficos del autor, filosóficos, etc. Pero no confundamos el pensamiento del autor con el pensamiento implícito de la obra literaria. Un libro como *El pensamiento de Cervantes* no es una obra de estilística, es una obra sobre el pensamiento de Cervantes. Lo que es verdaderamente estilístico es el saber cómo se amoldan o ensamblan, formando el signo, el significante y el significado. El reconocer cómo se ha plasmado o conformado en la *Divina Comedia* el pensamiento de Dante, eso sí que es una indagación estilística.



## Algunos poemas de Dámaso Alonso

De: *Oscura Noticia:*

### AMOR

Primavera feroz. Va mi ternura  
por las más hondas venas derramada,  
fresco hontanar, y furia desvelada,  
que a extenuante pasmo se apresura.

Oh qué acezar, qué hervir, oh qué premura  
de hallar, en la colina clausurada,  
la llaga roja de la cueva helada,  
y su cura más dulce, en la locura.

Monstruo fugaz, espanto de mi vida,  
rayo sin luz, oh, tú, mi primavera,  
mi alimaña feroz, mi arcángel fuerte,

¿Hacia qué hondón sombrío me convida,  
desplegada y astral, tu cabellera?  
¡Amor, amor, principio de la muerte!

### DESTRUCCION INMINENTE

¿Te quebraré, varita de avellano,  
te quebraré quizás? Oh tierna vida,  
ciega pasión en verde hervor nacida,  
tú, frágil ser que oprimo con mi mano.

Un chispazo fugaz, sólo un liviano  
crujir en dulce pulpa estremecida,  
y aprenderás, oh rama desvalida,  
cuánto pudo la muerte en un verano.

Mas, no; te dejaré . . . Juega en el viento,  
hasta que pierdas, al otoño agudo,  
tu verde frenesí, hoja tras hoja.

Dame otoño también, Señor, que siento  
no sé qué hondo crujir, qué espanto mudo  
Detén, oh Dios tu llamarada roja.



## ORACION POR LA BELLEZA DE UNA MUCHACHA

Tú le diste esa ardiente simetría  
de los labios, con brasa de tu hondura,  
y en dos enormes cauces de negrura,  
simas de inifinitud, luz de tu día;

esos bultos de nieve, que bullía  
al soliviar del lino la tersura,  
y, prodigios de exacta arquitectura,  
dos columnas que cantan tu armonía.

Ay, tú, Señor, le diste esa ladera  
que en un álabe dulce se derrama,  
miel secreta en el humo entredorado.

¿A qué tu poderosa mano espera?  
Mortal belleza eternidad reclama.  
¡Dale la eternidad que le has negado!

## MUJERES

Oh blancura, ¿Quién puso en nuestras vidas  
de frenéticas bestias abismales,  
este claror de luces siderales,  
estas nieves, con sueño enardecidas?

Oh dulce bestezuelas perseguidas,  
Oh terso roce. Oh signos cenitales  
Oh músicas. Oh llamas. Oh cristales,  
Oh velas altas, de la mar surgidas.

Ay, tímidos fulgores, orto puro,  
¿quién os trajo a este pecho de hombre duro?  
a este negro fragor de odio y olvido?

Dulces espectros, nubes, flores vanas . . .  
¡Oh tiernas sombras, vagamente humanas,  
tristes mujeres, de aire o de berrido!



## ORACION POR LA BELLEZA DE UNA MUCHACHA

Tú le diste esa ardiente simetría  
de los labios, con brasa de tu hondura,  
y en dos enormes cauces de negrura,  
simas de inifinitud, luz de tu día;

esos bultos de nieve, que bullía  
al soliviar del lino la tersura,  
y, prodigios de exacta arquitectura,  
dos columnas que cantan tu armonía.

Ay, tú, Señor, le diste esa ladera  
que en un álabe dulce se derrama,  
miel secreta en el humo entredorado.

¿A qué tu poderosa mano espera?  
Mortal belleza eternidad reclama.  
¡Dale la eternidad que le has negado!

## MUJERES

Oh blancura. ¿Quién puso en nuestras vidas  
de frenéticas bestias abismales,  
este claror de luces siderales,  
estas nieves, con sueño enardecidas?

Oh dulce bestezuelas perseguidas.  
Oh terso roce. Oh signos cenitales  
Oh músicas. Oh llamas. Oh cristales.  
Oh velas altas, de la mar surgidas.

Ay, tímidos fulgores, orto puro,  
¿quién os trajo a este pecho de hombre duro?  
a este negro fragor de odio y olvido?

Dulces espectros, nubes, flores vanas . . .  
¡Oh tiernas sombras, vagamente humanas,  
tristes mujeres, de aire o de bemido!



## EJEMPLOS

La veleta, la cigarra.  
Pero el molino, la hormiga.

Muele pan, molino, muele.  
Trenza, veleta, poesía.

Lo que Mata laboraba  
se lo soñaba María.

Dios, no es verdad, Dios no supo  
cuál de las dos prefería.

Porque él era sólo el viento  
que mueve y pasa y no mira.

*De Hijos de la Ira:*

## INSOMNIO

Madrid es una ciudad de más de un millón  
de cadáveres (según las últimas estadísticas).  
A veces en la noche yo me revuelvo y me incorporo en  
este nicho en el que hace 45 años que me pudro,  
y paso largas horas oyendo gemir al huracán, o ladrar  
a los perros, o fluir blandamente la luz de la luna.  
Y paso largas horas gimiendo como el huracán, ladrando  
como un perro enfurecido, fluyendo como la leche de la  
ubre caliente de una gran vaca amarilla.  
Y paso largas horas preguntándole a Dios, preguntándole por qué  
se pudre lentamente mi alma,  
por qué se pudren más de un millón de cadáveres en esta  
ciudad de Madrid,  
por qué mil millones de cadáveres se pudren lentamente  
en el mundo.  
Dime, ¿qué huerto quieres abonar con nuestra podredumbre?  
¿Temes que se te sequen los grandes rosales del día,  
las tristes azucenas letales de tus noches?



De Hombre y Dios:

## HOMBRE Y DIOS

Hombre es amor. Hombre es un haz, un centro  
donde se anuda el mundo. Si Hombre falla,  
otra vez el vacío y la batalla  
del primer caos y el Dios que grita "¡Entro!"

Hombre es amor, y Dios habita dentro  
de ese pecho y, profundo, en él se acalla;  
con esos ojos fisga, tras la valla,  
su creación, atónitos de encuentro.

Amor-Hombre, total rijo sistema  
yo (mi Universo). ¡Oh Dios, no me aniquiles  
tú, flor inmensa que en mi insomnio creces!

Yo soy tu centro para ti, tu tema  
de hondo rumiar, tu estancia y tus pensiles.  
Si me deshago, tú desapareces.

## Y YO, EN LA CREACION

Qué soledad: Dios, solo. Solamente  
Dios y la Nada. En el no-espacio, ardía  
el no-tiempo. Letal monotonía:  
el Dios y su vacío, frente a frente.

¡Nada, espanto, aun de Dios! ¡Ah, no!: en su mente,  
rosa en botón, la Creación latía.  
Todo futuro ser, dentro, bullía.  
(ya Dámaso era allí chispita ardiente.)

Fue el espacio. Fluyó, sobre el espacio,  
el tiempo, un terco río. Y el palacio  
con flotantes antorchas se alumbró.

Siglos . . .

¡Mi día!: y amo, canto, pienso,  
yo, de Dios, ante Dios. Destino inmenso.  
El y yo: de hito en hito, Dios y yo.



## EMBRIAGUEZ

Me embriago de aromas. Qué delicia,  
campo recién llovido castellano.  
Qué embriaguez, tocar, tocar . . . : mi mano  
febrilmente las cosas acaricia.

No se sacia la vista que se envicia  
en color, embriagada, oh mi verano.  
Embriaguez de oír: ruiñón, piano,  
mar, selva, viento, multitud, noticia.

Me embriago de mujer, dulce marea  
como un vino, y de vino me embriago.  
¡Vivir, vivir, oh dulce embriaguez mía!

¡Qué has de entenderme, turba farisea!  
La ebriedad de mi sangre busca un lago  
final: embriagarme en Dios un día.

## II. INCONTRASTABLE, DIVINA

(Uno de los "Cuatro sonetos sobre  
la Libertad")

Qué hermosa eres, libertad. No hay nada  
que te contraste. ¿Qué? Dadme tormento.  
Más brilla y en más puro firmamento  
libertad en tormento acrisolada.

¿Qué no grite? ¿Mordaza hay preparada?  
Venid: amordazad mi pensamiento.  
Grito no es vibración de ondas al viento:  
grito es conciencia de hombre sublevada.

Qué hermosa eres, libertad. Dios mismo  
te vio lucir, ante el primer abismo,  
sobre su pecho, solitaria estrella.

Una chispita de volcán ardiente  
tomó en su mano. Y te prendió en mi frente,  
libre llama de Dios, libertad bella.



## SOLEDADE EN DIOS

Yo estoy a solas con mi Dios, ¡qué espanto,  
cámaras de mi mente! Compañía  
ni de hombres ni de arcángeles cabría  
en tumba-soledad que oprime tanto.

El me cruje en el hueso. El amaranto  
de mi sangre él desboca. Gritería  
me punza el nervio vivo. Pena mía,  
a él me saben las sales de mi llanto.

En soledad de Dios: ni amor, ni amigo,  
padre ni madre. Acero soy; él polo.  
Clavado en él, sin tiempo ya, sin nombre.

Furia y espanto, en soledad conmigo,  
mi duro Dios, mi fuerte Dios, mi solo  
Dios, tú la inmensa soledad del hombre.

*Tres sonetos sobre la lengua castellana.*

## UNA VOZ DE ESPAÑA

Desde el caos inicial, una mañana  
desperté. Los colores rebullían.  
Mas tiernos monstruos ruidos me decían:  
"mamá", "tata", "guaugguau", "Carlitos", "Ana".

Todo —"vivir", "amar"— frente a mi gana,  
como un orden que vínculos prendían.  
Y hombre fui. ¿Dios? Las cosas me servían;  
yo hice el mundo en mi lengua castellana.

Crear, hablar, pensar, todo es un mismo  
mundo anhelado, en el que, una a una,  
fluctúan las palabras como olas.

Cae la tarde, y vislumbro ya el abismo.  
Adiós, mundo, palabras de mi cuna;  
adiós, mis dulces voces españolas.







## UNESTRA HEREDAD

Juan de la Cruz prurito de Dios siente,  
 furia estética a Góngora agiganta,  
 Lope chorrea vida y vida canta:  
 tres frenesís de nuestra sangre ardiente.

Quevedo prensa pensamiento hirviente;  
 Calderón en sistema lo atiranta;  
 León, herido, al cielo se levanta;  
 Juan Ruiz, ¡qué carácter de hombredad bullente!

Teresa es pueblo, y habla como un oro;  
 Garcilaso, un fluir, melancolía;  
 Cervantes, toda la Naturaleza.

Hermanos en mi lengua, qué tesoro  
 nuestra heredad —oh amor, oh poesía—,  
 esta lengua que hablamos —oh belleza—.

## HERMANOS

Hermanos, los que estáis en lejanía  
 tras las aguas inmensas, los cercanos  
 de mi España natal, todos hermanos  
 porque habláis esta lengua que es la mía:

yo digo "amor", yo digo "madre mía",  
 y atravesando mares, sierras, llanos,  
 —oh gozo— con sonidos castellanos,  
 os llega un dulce efluvio de poesía.

Yo exclamo "amigo", y en el Nuevo Mundo  
 "amigo" dice el eco, desde donde  
 cruza todo el Pacífico, y aún suena.

Yo digo "Dios", y hay un clamor profundo;  
 y "Dios", en español, todo responde,  
 y "Dios", sólo "Dios", el mundo llena.



## DUELO ACADEMICO

*Muere el R. P. Félix Restrepo*

El 16 de diciembre de 1965 falleció en Bogotá el R. P. Félix Restrepo Mejía, Director de la Academia Colombiana de la Lengua, varón ilustre, de brillante inteligencia, erudito, internacionalmente conocido por sus trabajos lingüísticos y literarios; helenista y latinista distinguido, autor de muchos libros valiosos. Fue un ejemplo de infatigables afanes en pro de la cultura y de varias instituciones colombianas. Recordamos que gracias a él se construyó el bello edificio con que cuenta la Academia Colombiana, el que se estrenó precisamente en el III Congreso de Academias de la Lengua Española, en 1960, y del que fue alma y motor.

Los círculos científicos y literarios de Colombia y de todo el mundo hispánico lamentan esta pérdida que aflige a los hombres de letras. Pero en Colombia el vacío que deja será una presencia permanente, o como ha dicho D. Manuel José Arce y Valladares en bello soneto dedicado al ilustre difunto:

"Todo se nos llenó de su vacío,  
Colmado está de su presencia ausente",

La Academia Costarricense de la Lengua envía su más profunda condolencia a la Colombiana por tan sensible y acaso irreparable pérdida.



## DUELO ACADEMICO

*Muere el R. P. Félix Restrepo*

*El 16 de diciembre de 1965 falleció en Bogotá el R. P. Félix Restrepo Mejía, Director de la Academia Colombiana de la Lengua, varón ilustre, de brillante inteligencia, erudito, internacionalmente conocido por sus trabajos lingüísticos y literarios; helenista y latinista distinguido, autor de muchos libros valiosos. Fue un ejemplo de infatigables afanes en pro de la cultura y de varias instituciones colombianas. Recordamos que gracias a él se construyó el bello edificio con que cuenta la Academia Colombiana, el que se estrenó precisamente en el III Congreso de Academias de la Lengua Española, en 1960, y del que fue alma y motor.*

*Los círculos científicos y literarios de Colombia y de todo el mundo hispánico lamentan esta pérdida que aflige a los hombres de letras. Pero en Colombia el vacío que deja será una presencia permanente, o como ha dicho D. Manuel José Arce y Valladares en bello soneto dedicado al ilustre difunto:*

*“Todo se nos llenó de su vacío.*

*Colmado está de su presencia ausente”.*

*La Academia Costarricense de la Lengua envía su más profunda condolencia a la Colombiana por tan sensible y acaso irreparable pérdida.*







## *La Academia Costarricense de la Lengua en el año de 1965*

### Informe sinóptico del Secretario

Don Arturo Agüero, Presidente de nuestra Delegación al Cuarto Congreso de Academias de la Lengua Española, celebrado en Buenos Aires de la República Argentina, informó en la primera junta de este año de 1965 acerca del éxito logrado en esa realización, sobresaliente en la vida de dichas Academias.

Las ponencias presentadas por nuestros Delegados costarricenses fueron: sobre el yeísmo y sobre las leyes a favor de la lengua española, por don Arturo Agüero; sobre el vocabulario del café en Costa Rica, por don José María Arce; luego don Cristián Rodríguez reafirmó en esa oportunidad su actitud de combate contra los contagios de nuestra lengua española con galicismos y principalmente con muy frecuentes anglicismos.

A instancia de la Comisión Costarricense de Cooperación con la Unesco, para que fuera nombrado uno de nuestros socios como miembro de esta Comisión, se integró la siguiente terna: don León Pacheco, don Cristián Rodríguez y don Arturo Agüero. Así se comunicó a la interesada lo resuelto en junta del 3 de abril.

A fin de que fuese ocupada la silla M de esta Academia, la cual quedó vacante con el fallecimiento de don Moisés Vincenzi, fueron presentados cinco candidatos y por votación mediante papeletas individuales de los socios presentes en la sesión, quedó finalmente nombrado don Alberto Cañas Escalante. Por carta, el señor Cañas aceptó el nombramiento y en la siguiente junta resultó electo por unanimidad de votos este nuevo socio de la Academia Costarricense de la Lengua.

Una nueva nómina de los gentilicios consagrados por el uso en Costa Rica, más completa que aquella aprobada por esta Academia el día primero de abril de 1954, fue presentada esta vez por don Arturo Agüero, fue considerada y finalmente apro-



bada el día 7 de agosto de 1965, para ser publicada, como lo fue, en el Boletín de la Academia Costarricense de la Lengua N° 14-15.

En el centenario de la muerte de Andrés Bello, nuestra Corporación recibió de la Academia Venezolana el regalo de veinticinco ejemplares de un magnífico retrato de este gran filólogo y poeta. Un ejemplar del mismo retrato fue colocado en la pared central de la sala de sesiones de esta Academia Costarricense, en un buen marco; otras copias del mismo se han enviado a colegios de enseñanza superior para ser colocados de igual manera, en un lugar visible y cimero.

Una oportunidad muy grata en este año para nuestra Academia, fue la de tener el honor de contar con la asistencia de don Dámaso Alonso en dos juntas consecutivas de nuestra Corporación. Eminente humanista, filólogo y poeta de renombre universal, es don Dámaso Alonso. El es miembro destacado de la Real Academia Española e integrante de la Comisión Permanente de la Asociación de Academias de la Lengua Española, en Madrid.

En esa oportunidad se trajo de nuevo a discusión en nuestra junta el importante proyecto de ley en defensa del idioma, el cual proyecto se está perfeccionado antes de presentarlo a la Asamblea Legislativa. Se deliberó entonces, posteriormente, acerca de la intrusión de vocablos extranjeros en nuestro idioma y de lo inevitable del hecho en muchos casos. Don Dámaso disertó ampliamente sobre la materia. Agregó que numerosas palabras españolas han entrado en las lenguas, inglesa, francesa e italiana. Lo importante, apuntó, es que se logre en todos los países de habla española que sea aceptada y puesta en uso una misma traducción, para el nuevo término que se introduzca en nuestro vocabulario. Generalmente los extranjerismos son aceptables si son necesarios, terminó explicando don Dámaso.

El eminente humanista partió de nuestro país al terminar el año natural, cuando a la vez entraba nuestra Institución en su receso anual reglamentario.

A continuación se da el cuadro de asistencias de los señores académicos:



# *Academia Costarricense de la Lengua*

Asistencia de los socios hasta el 10 de enero de 1966  
(Un informe del Secretario)

## A C T A S

	161	162	163	164	165	166	167	168	169	170	171	Asistencias
	III	IV	V	VI	VII	VIII	IX	X	XI	XII	I	
D. Julián Marchena	128	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	139
D. Juan Trejos	123	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	134
D. Hernán G. Peralta	118	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	129
D. Carlos Orozco Castro	92	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	102
D. Arturo Agüero	88	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	99
D. Luis Felipe González	63	1	1	1	1	1						67
D. Hernán Zamora Elizondo	42	1	1		1	1						46
D. José María Cañas	40	1	1	1								43
D. Abelardo Bonilla B.	37	1	1		1	1	1		1			42
D. Luis Demetrio Tinoco	36	1	1								1	38
D. Alejandro Aguilar Machado	22	1	1	1	1	1						27
D. Cristián Rodríguez	8	1	1	1	1	1		1	1			15
D. León Pacheco	9	1	1	1	1	1		1	1			15
D. José María Arce	11	1	1									13
D. Enrique Macaya	3	1	1					1		1		8
D. Samuel Arguedas	3	1	1									5
D. Otilio Ulate	2	1	1									4
D. Alberto F. Cañas	0	1	1		1				1		1	4



- Sr. D. Hernán G. Peralta - *Director*
- Sr. D. Juan Trejos Quirós - *Secretario*
- Sr. D. José Marín Cañas - *Tesorero*
- Sr. D. Otilio Ulate
- Sr. D. Julián Marchena
- Sr. D. Samuel Arguedas
- Sr. D. Luis Demetrio Tinoco
- Sr. D. Carlos Orozco Castro
- Sr. D. Luis Felipe González
- Sr. D. Alejandro Aguilar Machado
- Sr. D. Enrique Macaya Lahmann
- Sr. D. Abelardo Bonilla
- Sr. D. Arturo Agüero Chaves
- Sr. D. Hernán Zamora Elizondo
- Sr. D. León Pacheco Solano
- Sr. D. José María Arce Bartolini - *electo*
- Sr. D. Cristián Rodríguez - *electo*
- Sr. D. Alberto Cañas Escalante - *electo*